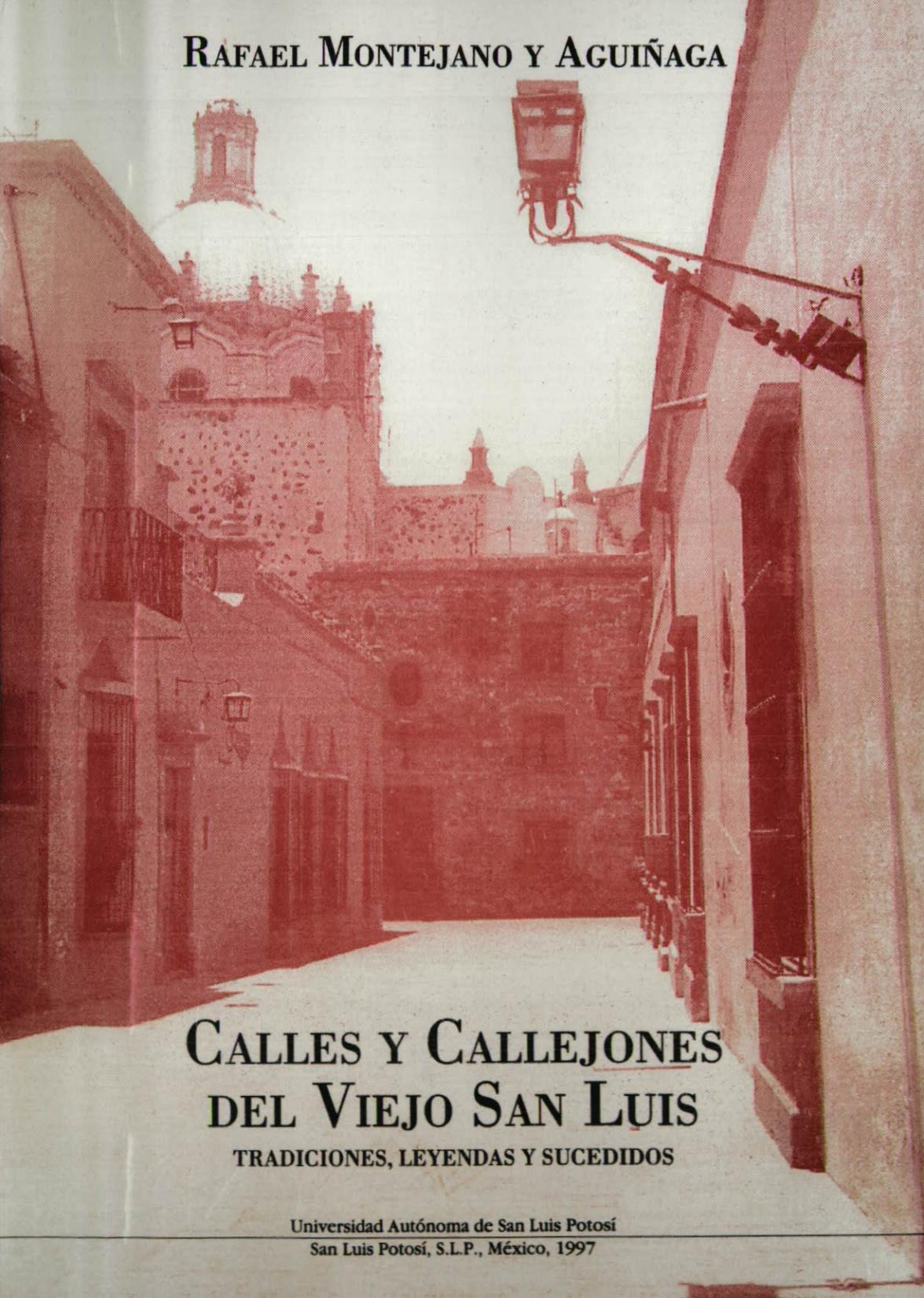


RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA



**CALLES Y CALLEJONES
DEL VIEJO SAN LUIS**

TRADICIONES, LEYENDAS Y SUCEDIDOS

Universidad Autónoma de San Luis Potosí
San Luis Potosí, S.L.P., México, 1997

CALLES Y CALLEJONES DEL VIEJO SAN LUIS

RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA

**CALLES Y CALLEJONES DEL
VIEJO SAN LUIS**

**TRADICIONES, LEYENDAS Y
SUCEDIDOS**

Segunda edición aumentada

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S. L. P., México

Primera edición 1992
Segunda edición 1997

ISBN-908-7674-19-9

0531-97021-A0123

Derechos reservados conforme a la ley
© *Copyright by* Rafael Montejano y Aguiñaga
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico
por
EDITORIAL UNIVERSITARIA POTOSINA
San Luis Potosí, S. L. P., México.

—¿A dónde vamos?

—Cállate... ya lo sabrás

—¡Camina!

León Felipe

Los planos que ilustran el texto están tomados del Plano de la Ciudad de San Luis Potosí, por Juan B. Laurent, Sargento del 62 de línea. Año de 1864. Im. y Lit. de M. Gómez, San Luis Potosí. Esc.: 1:5,000. En la mayoría de los casos este plano es anterior al tiempo de lo descrito en los capítulos del libro.

S O P O R T A L

*Yo no voy como cualquiera
por la calle caminando:
Yo me voy enamorando
de la calle, a mi manera.*

No fue un albañil o alarife a sueldo, no, el que, con cuerda y estaca en mano, tiró la traza del primitivo San Luis; tampoco fue el apego a las pragmáticas de las Leyes de Indias; ni siquiera don Juan de Oñate, el primer repartidor de solares, ya que solamente registró en un papel los cuadros de tierra que mercedaba. El que delineó estas calles y callejones, con sus respectivas plazas, de la Muy Noble y Leal San Luis Minas del Potosí, hoy tan mistificados por el urbanismo inabecedario y utilitario; el que delineó estas calles señeras, procerosas, que le dan esa fisonomía y encantos únicos; calles que no dejan que la vista se pierda en inalcanzables y vagas lejanías; calles que van encauzando la mirada o al corazón de una plaza o a la fascinante plástica del imafrente de una iglesia o que se contonean, angostan y ensanchan, picando curiosidades de saber qué hay más allá; estas viejas calles del Viejo San Luis las trazaron el alma y los pies de los primeros pobladores.

En 1592 la tierra era llana y ancha, y aunque arenosa, un cierto lugar entre los dos ríos llamados de Españita y de Santiago, abundaba en agua. Generosos manantiales, que luego apellidaron "Los Ojos de Agua del Rey", "Los Ojos de Agua de la Magdalena", "Los Ojos de Agua del Bosque", los últimos en enjutarse, y las aguas broncas descendidas de la Sierra de San Miguelito, que se sosegaban plácidamente al tocar lo llano para resumirse muy despa-

ciosamente en La Lagunita y en La Ciénega, mantenían la verde trama del zacate, de los mezquites y de los palmares.

Algo de este valle virgen, del que se habían huído hacía siglos los animales grandes y aun los medianos, triscado tan sólo por los indios nómadas y por aves y animales menores; algo de este valle inculto había sido declavado por los primeros guachichiles que se dieron de paz después de guerrear ferozmente por años y años y con los cuales, en 1588, el capitán Caldera y fray Diego, después de hacer las paces, formaron el "Puesto" inestable de San Luis.

En 1592, al fundarse el Pueblo de San Luis Mesquitique, al resonar el bramo dado al descubrirse las minas del Cerro de San Pedro, únicamente los que recibieron mercedes alrededor de la Plaza cuidaron las apariencias. Los demás tomaron la tierra que necesitaron o que les gustó ya para abrir huertas ya para formar haciendas de beneficiar metales.

Los mentados ojos de agua y las corrientillas que éstos labraban para que se deslizara ella, las haciendas de beneficio con sus jales, La Lagunita y La Ciénega y la enorme extensión de algunos predios, como los de los conventos de San Francisco y de San Agustín, como los de la huerta de Gonzalo Patiño, que el tiempo andando sirvió para integrar la llamada de "Maltos" o como la de Juan de Andrade, condicionaron la forma definitiva de la ciudad. En unas calles respetaron el cauce de las corrientes y a su vera pararon las bardas de sus casas; en otras, fueron los jales desbalagados los que las angostaron y las torcieron; en otras más, los magueyes y nopales orilleros. Pero, sobre todo, las mansiones de los religiosos, como auténticos polos de desarrollo urbano, religioso y social, abrían y atrapaban calles.

San Luis Potosí obedeció en su trazo — escribió muy bien el perfructuoso doctor don Francisco de la Maza —, por ser pueblo llanero, al principio renacentista de Plaza Mayor al centro, manzanas ligeramente rectangulares de oriente a poniente y calles tiradas a cordel, cuando menos en el centro. Los conventos variaron las dimensiones y no permitieron la se-

cuencia del tamaño inicial de las manzanas, Y en general, con razón, pues una ciudad no es un desenvolvimiento puramente racional y lógico, sino humano, efectivo, cordial, variable, con sentido más allá de lo comercial y con necesidades sociales, religiosas y estéticas.

La calle de La Concepción, hoy de Zaragoza, la de más alta calidad y alcurnia en el San Luis de la dominación española, encontraba su orilla frente a la fábrica de San Laurencio o de La Merced; del costado de San Francisco salía otra en derechura al Colegio de Jesuitas y acababa allí; de allí, pero hacia levante, partía otra al Hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, y allí moría, al topar con el costado de esta iglesia; de la plaza homónima arrancaba otra que paraba frente al atrio de San Agustín. Hay que recordar que, originalmente, la hoy calle de Allende, de la de Obregón al norte, no existían; como tampoco el Callejón de los Gallos o de Lozada; y que la calle de Galeana sólo corría de la Plaza de San Francisco al costado de San Agustín, y que ya muy tarde fue cuando partió el convento franciscano, como las de Iturbide y Guerrero, el carmelitano.

Fueron estos trazos los que, al distribuir tan desordenada y humanamente los espacios habitables, determinaron la urbanística de San Luis.

El desorden —¡y qué bien! (añade el citado crítico del arte)— comenzó con los franciscanos al erigir toda una ciudadela religiosa con el enorme convento y sus tres iglesias, obstruyendo tres calles de oriente a poniente. Estas mismas calles se detenían ante el costado poniente del convento de San Agustín, por lo cual se formaba un conjunto urbanístico autónomo dentro de la urbanística general, que tenía sentido entre los dos más grandes monasterios de la ciudad.

Pero hay más todavía: esas calles no sólo enmarcan el aspecto físico de nuestra ciudad, son el asiento, la cuna, de sus tradiciones y de su historia. Porque en la cuenca de sus calles y sus plazas, el hombre le fue dando ser y forma a la vida. Allí se desarrolló la vida de San Luis: en las plazas y en las calles, más que en los palacios y en los campos de batalla.

Las calles son las venas y las arterias de una ciudad, por eso, a través de las puertas y ventanas, se unen a los hogares y a las instituciones para inyectarles la sangre y la vida.

Cada hombre, de acuerdo con su estructura síquica y somática vive una vida que le es exclusiva y única. La ciudad también. Esa vida exclusiva, distinta de cualquier otra, la van moldeando las gentes que la habitan, los sucesos, las costumbres y las plazas, las calles y los callejones.

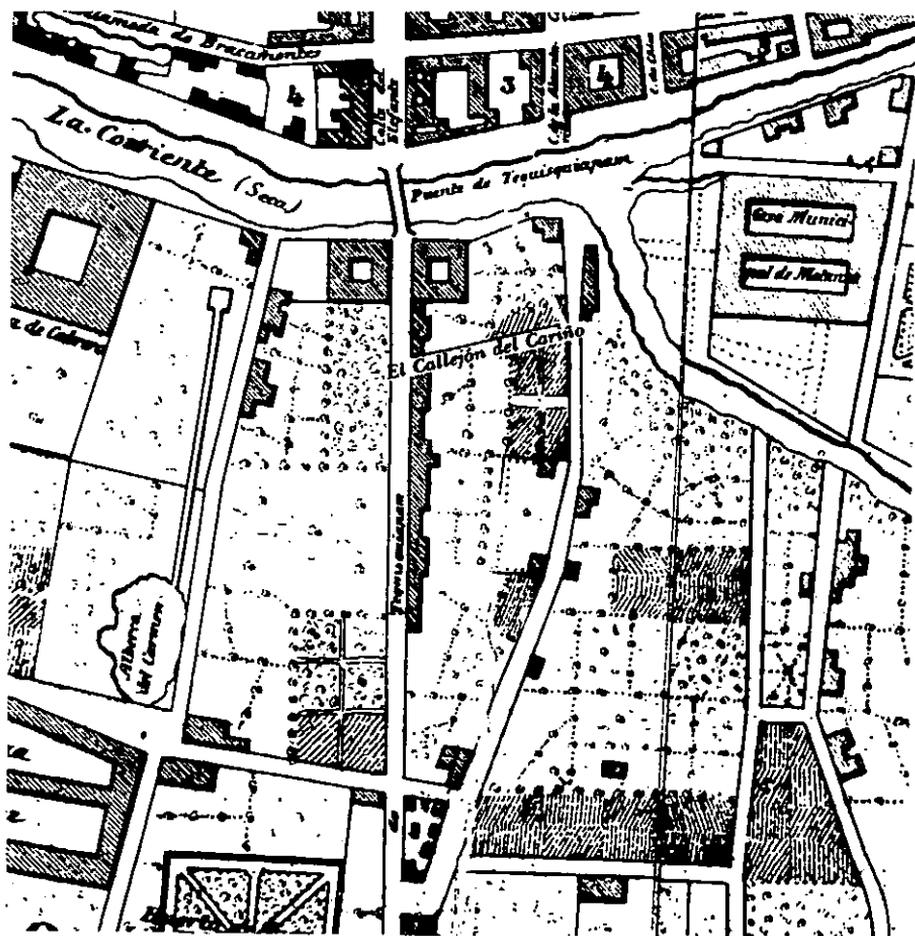
A estas calles del Viejo San Luis, que después se fueron alongando libérrimamente, como al potosino le dio su gana, también el hombre, no un acuerdo cabildero movido por bastardos intereses de facción, les dio sus respectivos nombres; nombres honestos, sinceros, espontáneos y evocadores que siempre recordaban algo exclusivo, feliz o infeliz, que estrujó la vida de la recoleta y apacible ciudad; nombres brotados quién sabe cuándo de la misma alma popular; nombres expresivos y simbólicos, inteligibles a todos y pronunciables por todos: del Apartado, de La Sacristía, de Los Burros, del Colegio de Niñas, del Santo Entierro, de La Concepción, del Bragado, de La Cruz, del Valiente, de La Alhondiguilla, del Sol, de la Cocolmeca, del Arenal, del Beso, de la Duda, de La Pastora, de Trancas, del Moro, de la Perlita, de los Gallos Viejos. . .

Los nombres de las calles, callejones y plazas de las viejas ciudades son como relicarios que rememoran tradiciones, hechos, personajes y cosas que un día fueron populares. A eso respondían los antiguos nombres. Había una relación íntima, especial, intrínseca, entre el signo y el significado. Hoy, los nombres ya no brotan de la calle misma, del alma del pueblo: son — en el peor sentido de la palabra — impuestos. Y como le impusieron éste, que a su vez fue impuesto a otras muchas ciudades pudieron haberle impuesto cualquier otro, igualmente vano e inexpresivo, que no guarda absolutamente ninguna relación con la calle en cuestión. Lo cual es como deshacer su historia y su esencia misma.

En las páginas que siguen traigo a colación los nombres

idos, pero legítimos, de algunas calles de El Viejo San Luis y las causales por las que los recibieron. Al fin del cuento son gajos de la tradición, páginas de la historia y pedazos de su alma y de su vida.

Pascua de Navidad de 1978.



CALLEJON DEL CARIÑO

Aunque geométricamente muy bien delineado, en realidad no era así. Ni forma tenía.

EL CALLEJON DEL CARIÑO

La propecta y desaparecida Corriente — hoy calle de Reforma — que el buen alcalde mayor don Bernardo Iñiguez del Vayo mandó abrir a su costa en 1688, sirvió no sólo para atapar los caminos de las aguas que, cuando se despeñaban broncas por la sierra, tenían en perenne medror a la ciudad, sino también para fijar los lindes, por la banda del poniente, entre el Viejo San Luis y la villa de Nuestra Señora de los Remedios de Tequisquiapan. Del lado de adentro, vinieron a quedar las muchas haciendas de beneficiar metales; y del de afuera, las huertas de los indígenas de la susodicha villa y las de los de Santiago del Río y de Nuestra Señora de la Asunción de Tlaxcalilla.

Entre las primeras, las de los tequisquiapanecos, hubo una, a la que orillaban, además de La Corriente por el lado de levante, la Calle Real de Tequisquiapan, por el norte, y por el sur una corrientilla que descendía del Camino Real de Jalisco. Era una labranza vieja que cada día bajaba de más a menos por la incuria de su dueño y la mala calidad de las tierras, a tal grado que llegó la hora en que aquello, más que un huerto, paró en un triste solar yermo, en un baldío lagartijero sin más cobertura que mezquites, nopales, magueyes y chaparrales de la tierra.

Con estar tan cerca de la ciudad — corriente de por medio — y colindante con su traza, estaba también en las haldefueras de la villa de Tequisquiapan. De no ser porque por un lado pasaba la Calle Real, angostada a partir de la arriba memorada Corriente, arbolada y terrosa, esta huerta que fue, no sería más que un retirado y desierto eriazo. Pero el hecho de yacer entre dos caminos, el uno, tran triscado por los naturales del barrio y por toda laya de

gente que hacía gala de asociarse con la horrura más degradada, arriscada y maleante, y el otro, por arrieros, viandantes y trajineros, la convertían en un paraje muy cortado a la medida para abrigadero de embriagos, gallofos, trapaceros y sujetos salaces y enamoriscados.

Hasta allí, por estar de aquel lado del Viejo San Luis, no llegaba la recia y celante mano de los alcaldes de la ciudad ni, mucho menos, la de las autoridades de la villa. Nadie tenía cuenta de ese suburbial. De suerte es que, por lo abandonado, en sus adentros podían estarse, plácidamente, sin riesgo ninguno, a todo su amor, tanto los arrieros cargando o descargando o pastureando sus largas recuas, como las vaguillos de la ciudad holgando sin temores y jugando al empújote el haba o a la chita o a la coxcojilla o a la rayuela y demás solaces de muchachos, que como jugadores empedernidos corriendo los naipes en el chilindrón, en la pechigonga, en el tresillo, que perdularios ejecutando fáciles placenterías y otras cosas que no se pueden decir.

Así, sin que nadie, ni su dueño, se diera cata, cobró forma y fama de empecatado divertidero aquella desbaratada huerta, sita entre los términos de dos caminos, al abrigo discreto y eficaz de los órganos, mezquites y nopales, más uno que otro árbol pirulero que la ceñían; y donde, a la sordina de las justicias, podía soltarse la rienda de todos los sentidos y de todos los placeres, por damnables que fuesen.

De estas disfamadas cualidades se dio cuenta una mentada Isabel, de nombre, y Bedoya, de cognomento, a quien decían *La China*, por remoque, y *La Cariñosa*, por irrisión. De la tal se contaba de cierto que no era buena de su cuerpo, y que por eso su marido, al comprobarlo con hechos fiables, la largó después de darle una memorable mano de azotes. El burlado y vengador consorte, de pura tristura por tamaño fracaso, se alineó en las huestes del rechinante don Félix María Calleja del Rey; con el que, para desencono y desenojo, guerreó con dura sañeza, hasta que los insur-

gentes, el tiempo andando, acabaron su penar con feroz lanzazo que le entró por las costillas mendozas y le partió el corazón.

La tal *China*, o *Cariñosa* — tanto monta —, puso ojo sesgo en el abandonado solar, lo tomó en arriendo por una nonadilla y abrió en el centro de él, en lo más recóndito, una tienda de mal vivir, bien guarecida por las enmarañadas cercas que daban a los caminos. Para su aposentamiento, levantó un mísero jacal; varios semejantes para los deleites y gozos de eso que llaman el enardecimiento de la carne; y a la sombra de un esponjado árbol del Perú escanceaba las botas, en cochambrosas jícaras deslacadas y en medios guajes, a la inllenable clientela. Esta provenía, copiosa y consumidora, tanto de la villa de Tequisquiapan como de la ciudad, a la que se sumaban los arrieros y viandantes que entraban o salían por el Camino Real de Jalisco. Los mezquites servían de acogedoras umbrellas a los bebedores, acomodados placenteramente en chaparros banquillos de tres patas o en el vivo suelo. Nadie extrañaba, menos requería, el mostrador. Y cuando las demasías del pulque les anublaba el entendimiento, enajenándoles las propiedades de las fuerzas, no tenían más que desplomarse a orear su borrachera al cobijo del mismo mezquite.

Bien pronto se hizo esta pulquería — mal famoso negocio que no era mas que encubierta de los otros — de mucha y muy algarrera parroquia. Como ninguna de las pulquerías del Viejo San Luis, brindaba a manos llenas todas las comodidades precisas para cualquier bureo desaforado y pecaminoso: nautle de Milpillas o de los llanos de Peñasco, recio, saporoso y efectivo, del que siempre estaba muy bien abastada, ya natural, ya curado con variedad de mixturas que le daban más sazón y reciedumbre; apetitosas y godibles mozas, de esas que creo que dicen del revuelco, muy ágiles de manos, lo mismo para complacer a los embriagos salaces que para aligerarles el peso de las víboras hinchadas de onzas pelucanas; amplio campo entre los árboles y chaparrales tanto para los paliques fantasiosos como para dirimir cuestiones litigiosas a hierro de daga, sin temor de habérselas con la justicia.

Sus muchas huideras por los cuatro vientos, amén de las dos entradas principales, infundía cierta indubitable confianza en el ánimo de los parroquianos. Y siempre había allí, empezando con La Cariñosa, gente muy discreta y comprensiva, de corazón blando y boca sellada, bien dispuesta a ocultar o a poner a salvo a cualquiera que, aún inopinadamente, se viese en calzas prietas por alguna acción nefanda. De suerte que la pulquería de La Cariñosa era el más fiable abrigadero de matantes, salteadores, ganzueros, gurristas y de cuantos ejercían vida hampesca y baldía, sin Dios ni ley.

Pero no solo se daban cita allí perdularios y vagabundos para menos. Entre las féminas del trato había ciertas viejas cobijeras o celestinas, utilísimas demandaderas para concertar relaciones de amor y alcahuetas, como también se les nomina. Graduadas con honores en la facultad de la experiencia, reunían donosamente en sí los altos y singulares requisitos que exigía el ingenioso señor don Quijote cuando, puesto en plática con aquel galeote quintañón, de venerable faz y barba emblanquecida, aseveraba sentencioso:

Por solamente el alcahuete limpio no merecía él ir a galera, sino a mandarlas y a ser general de ellas. Porque no es aquí como quiera el oficio de alcahuete: que es oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada y que no lo debía ejercer sino gente muy bien nacida; y aún había de haber veedor y examinador de los tales, con número deputado y conocido, como corredores de lonja. Deste modo se escusarían muchos males que se causan por andar este oficio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más o menos, paje-cillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que a la más necesaria ocasión y cuando es menester dar una traza que importe se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante y dar las razones por qué convenía hacer elección de los que en la República habían de tener tan necesario oficio. . . .

En la mentada pulquería había quienes ejercían diestramente este necesario y delicado oficio. No sólo regían con preciada destreza cualquier encomienda atañadera a intercambiar billetes de amor, sin que se dieran cata de nada ni padres ni maridos, sino

que, dado el caso, empleaban todos sus ingenios con mucho despejo y elegancia para doblar voluntades con muy galana y conceptuosa dialéctica. Las había, también, que a más de las antes dichas calidades, tenían la de fabricar filtros, amuletos y toda suerte de medios para encender, avivar, torcer o extinguir pasiones amorosas. Así, entre tantos daños, la pulquería de La Cariñosa rendía algunas apreciables utilidades.

El tiempo andando, a la mordaz y mofante clientela de esta grosera y mal fachada pulquería, sin pared testera, ni mostrador ni bancos, escondida en lo más recóndito de la desbaratada huerta, le pareció necesario y conveniente designarla de algún modo. Fue así como, hincando clavos de malicia, de la mala burla que hacían de la señora al llamarla La Cariñosa, tomaron el nombre de El Cariño; por ella y porque también de eso había tienda allí, sin que pusieran cartel, la tal pulquería empezó a ser conocida de entonces en adelante, como la "Pulquería del Cariño".

Pero éste, en su buena y natural significación, no existía en la tal. De continuo se armaban ahí desde rifirrafes intrascendentes, en los que no pasaban de mostrarse algunas malas señales y decirse hi. . . de esto o de lo otro, hasta cuentas y apretadas sanfrancias cuyas resultas eran sinnúmero de contusos, heridos y occisos. El pulque en demasía, lo cual era lo corriente, les desbarataba el natural equilibrio de los humores gruesos, y ya sin este regulador del genio, quedaban desgobernadas todas las fuerzas broncas. Así, los que llegaban comedidos y amorosos, vinculados entre sí por amistades muy intrínsecas o por parentescos muy finítimos, salían por gracia de una altercación violenta o con los pies por delante, implorando mortuorio, o con el bandullo colgando urgidos de curación o raudos y veloces poniendo tierra entre ellos y la justicia o la vindicta.

Para mover guerra, no era menester muchas condiciones: bastaba y sobraba con que la maritornes que ayer le sirvió a éste, hoy le insinuara sus buenos quererres a ése; o que a uno le pareciera que aquél otro le veía con mirar torcido; o que, en medio de una movida charla, cualquiera pusiera en duda sus afirmares, para que

brincara incontenible y fogoso tratando al interruptor de bellaco y de mientes. Por cualquier nonada, cuando el pulque ya los había tomado por sí, brincaban incontenibles de la estrecha y serena apacibilidad tertuliana a las sinrazones valentonescas y desaforadas, muy engestados y rebufantes, buscándole el pelo al huevo, como suele decirse.

Puestos en tan riguroso trance, no cabía otro remedio para darle riguroso acabamiento a la súbita litispendencia, que el pleito a punto o a filo de hierro. Para lo cual no tenían que caminar mucho: allí mismo, al canto de las botas pulqueras se formaba el palenque, circundado por los mirones. Y empezaban, tras dos o tres reniegos horriblos e incitantes, las sanguinosas hostilidades.

De seguido, o porque alguno de los pleiteantes echaba mano de recursos mañosos o porque siempre, al choque de los aceros, al atronar de las maldiciones, a la vista de la sangre y con el enervamiento de la gritería, a todos los agarraba un ansia irreprimitible de guerrear, uno o más se descostaban de los circundantes y reforzaban la pendencia aventando por su cuenta y sin otro motivo, furiosos tajos y reveses. Se formaba así, en menos de nada, una descomunal herrería, que venía a desvanecerse cuando los contendientes caían desatinados por los golpes o sin sentido por las heridas. Entonces, los que se consentían pasables, tomaban calzas de villadiego; a los lazrados y estragados por los metisacas o cuchilladas, en volandas los ponían a buen recaudo en las manos de curanderos y yerberos; y a los difuntos, los hacían perdedizos entre los breñales que orillaban el Camino Real.

De esta impunidad con que se arropaban tantas y tamañas zacapelas sangrientas acaecidas en la "Pulquería del Cariño" da fe el curioso don Ramón F. Gamarra en su inédita *Historia contemporánea de San Luis Potosí, julio de 1856 - marzo 1881*, escrita en 1885, cuando asienta que, en 1857:

Reciën tomada la plaza y después de dictadas por Aguirre las providencias más apremiantes para restablecer la tranquilidad pública, andaba

una noche el señor Manuel Colorado, jefe municipal de la Villa de Tequisquiapan, cuando encontró en este lado de la Corriente a tres fronterizos en estado de ebriedad escandalosa que acababan de salir de la "Pulquería del Cariño", y llevaban a empellones a una pobre mujer (de las daifas que allí laboraban y sacada de allí). Llamarlos al orden y hacerle ellos fuego con sus pistolas, fue todo uno. Muerto aquel potosino honrado y patriota, la ronda se dispersó y el crimen quedó sin castigo. Así han quedado otros muchos, cometidos no después del trastorno que ocasiona un sitio, sino en plena libertad. . .

A fuer de discreto, don Ramón no dice cuáles, pero en su ánimo estaba la clara referencia a los cometidos en la "Pulquería del Cariño", como él la conoció.

Don Manuel Muro también la mienta. Y no para hacer buenos recuerdos. Según cuenta, el 4 de julio de 1865 estaban unos mexicanos —"Pasaban de cien", de donde se ve lo anchuroso y acogedor de ella— cuando acertaron a meterse allí ciertos soldados franceses —"cerca de igual número"—, y al poco rato, cuando en unos y otros el nivel del pulque estaba al par del de los sesos, por una cosa así, tan insignificante que no se supo, salieron a relucir los aceros. Marrazos, verduguillos, tranchetes, toda clase de fierros en adementado bailoteo o chocaban entre sí o se clavaban en las carnes, entre ayes, pujidos y denuestos. "La alarma cundió hasta la ciudad —añade Muro—, cerrándose los comercios y recogándose las gentes que transitaban por las calles a sus respectivas habitaciones". El jefe de la plaza ordenó que salieran patrullas de tropa francesa y mexicana a poner paz y a aprehender a los rijosos. De doscientos que eran, y además los mirones, a ninguno encontraron en la pulquería.

Con las guerras de Reforma y de la Intervención, la suerte de la tan por mí memorada pulquería torció su rumbo. No que se haya anegado de apacibilidad y armonía; tampoco que haya sido clausurada. No. Sino que entonces, con las frecuentes entradas de los liberales, que traían en sus tropas gentuza de la peor calaña, mayormente los mentados "fronterizos", buenos sólo para cosas terribles de medror y de infamia, los pleitos al calor del pulque quedaron escuetos de valentía y arrojando pundonor. La soldadesca esa no sabía del manejo airoso y caballeresco de la daga y el bal-

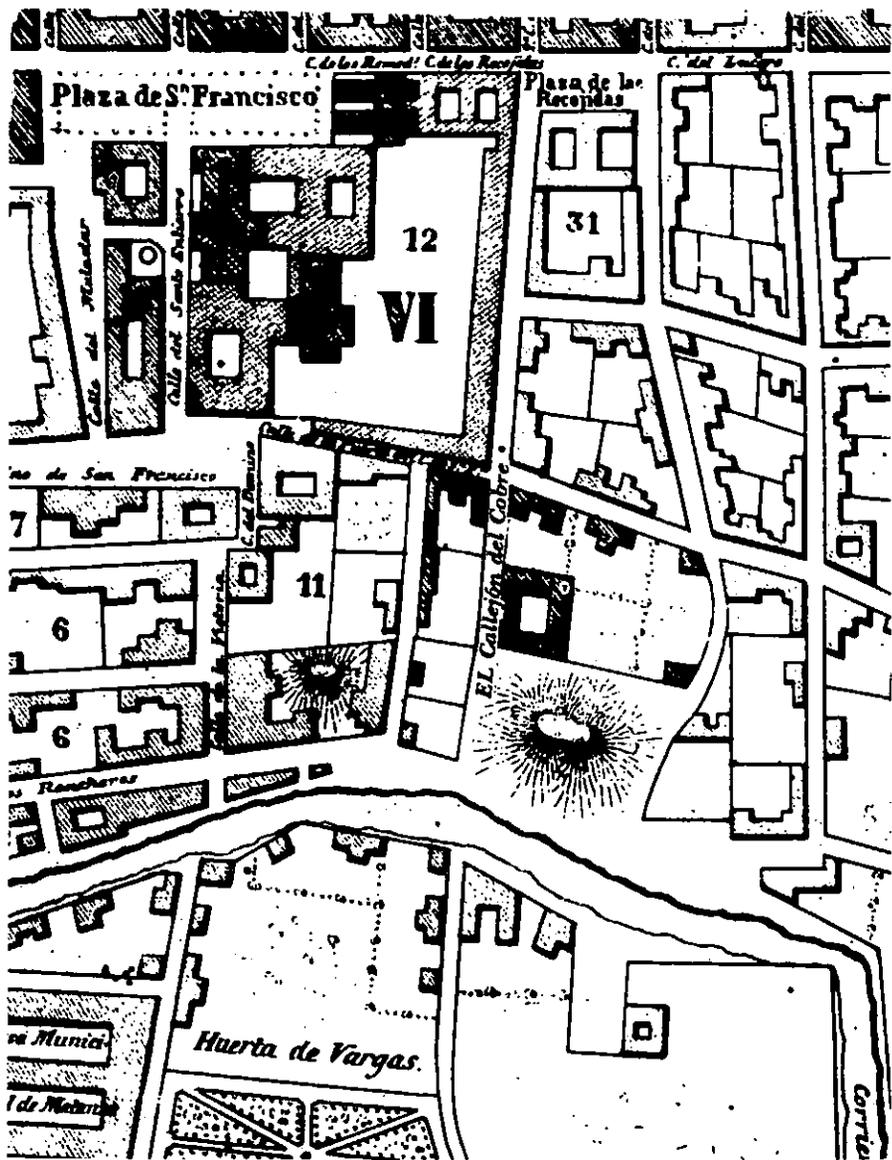
duque. Como ruines prepotentes, con ademán aleve y ventajoso, sin hacer rostro, huyendo la cara, disparaban sus pistolas a boca-jarro o, agavillados en cobarde y vil asociamiento, asestaban tiros arteros para apoyar sus caprichos.

Así llegó a una mala muerte La Cariñosa. Esta tuvo una hija, pedrada de tumulto, se decía; la cual, a su vez, por obra de otra pedrada semejante, engendró también otra hija, nieta, por consiguiente, de aquélla. Y en 1858, cuando el energúmeno ése que se nombraba Zuazua y que bebía la maldad como agua, entró a saco al Viejo San Luis, matando y robando como nunca en jamás antes nadie había secuestrado, matado y robado, en uno de los aciagos días — el mes era de junio — de los horrendos saqueos, seis fronterizos, ya la noche encima, dieron con la “Pulquería del Cariño”. Pistola en mano, obligaron a la señora a que les diera ronda tras ronda de jícaras de nautle, sin pagar los costos, ante el azoro de los parroquianos. Añadiendo agravios, uno de ellos osó propasarse con la susodicha nieta, buena moza a la sazón, y la arrastró a lo oscuro con intenciones que no son para decirse. Tal desafuero, y en sus propias barbas, no lo podía consentir La Cariñosa, que no le conocía la cara al miedo. Llena de vehemencia y audacia, de golpe y zumbido arremetió contra el villano, y fue cuando éste le descerrajó un tiro a la par del pecho. Los otros fronterizos, al fin bellacos, quintaesencia de la horrura más apodrecida, le dieron cabal remate vaciando sobre ella sus pistoletes. Con tanta bala adentro, por fuerza hubo de fenecer La Cariñosa. Ya era vieja entonces, como de sesenta y cinco años.

La clientela, que hasta allí, por temor de los fronterizos, se había mantenido queda, se puso toda corajosa y encendida al ver a la mujer entintada de su sangre y finada sin remedio. Rompió bárbaramente entre los viles, asaeteándolos y hendiéndolos, de no dejar cosa sana, con sus dagas y cuchillos. La herida más chica resultó ser de diez puntos cirujanos.

Después del trágico acabar de su madre, la hija reabrió la pulquería, pero ya no como antes. Sofrenó los pleitos. Las autori-

dades, por otra parte, con la cruenta ejecutoria del malfamado negocio que acabo de nombrar, mandaron abrir calle, entre el Camino Real de Tequisquiapan y el de Jalisco, partiendo el solar en dos, con lo que le quitaron lo recóndito a la pulquería; ordenaron, también talar los abrigaderos y excluir a las damas; construir un socucho, con su respectivo mostrador de adobe y sus alacenas para jícaras, guajes y jarros y cercarla con una barda. Al quedar patente y mutilada, decayó su atracción. De nada valió que la dueña la adornarse, como a toda pulquería que se respeta, con banderas, gallardetes, grímpolas y flores de papel de la China; de nada que músicas ratoneras la alegraran con canciones de liviandas y tonadillas de amor; de nada que curara exquisitamente el pulque con mixturas que lo hacían más apetitoso. Perdida la prístina discreción al abrirse la calleja, destruido el palenque para pleitos, idas las señoras que dijimos, también la misma pulquería se fue. No sé cuándo. Sólo la memora la estrecha y parva rúa, intransitada y soledosa, que va de la hoy Avenida Carranza a la de Madero, a poco andar de La Reforma, y que tomó nombre de la primitiva dueña, Isabel Bedoya, alias La China, alias La Cariñosa, o sea, El Callejón del Cariño.



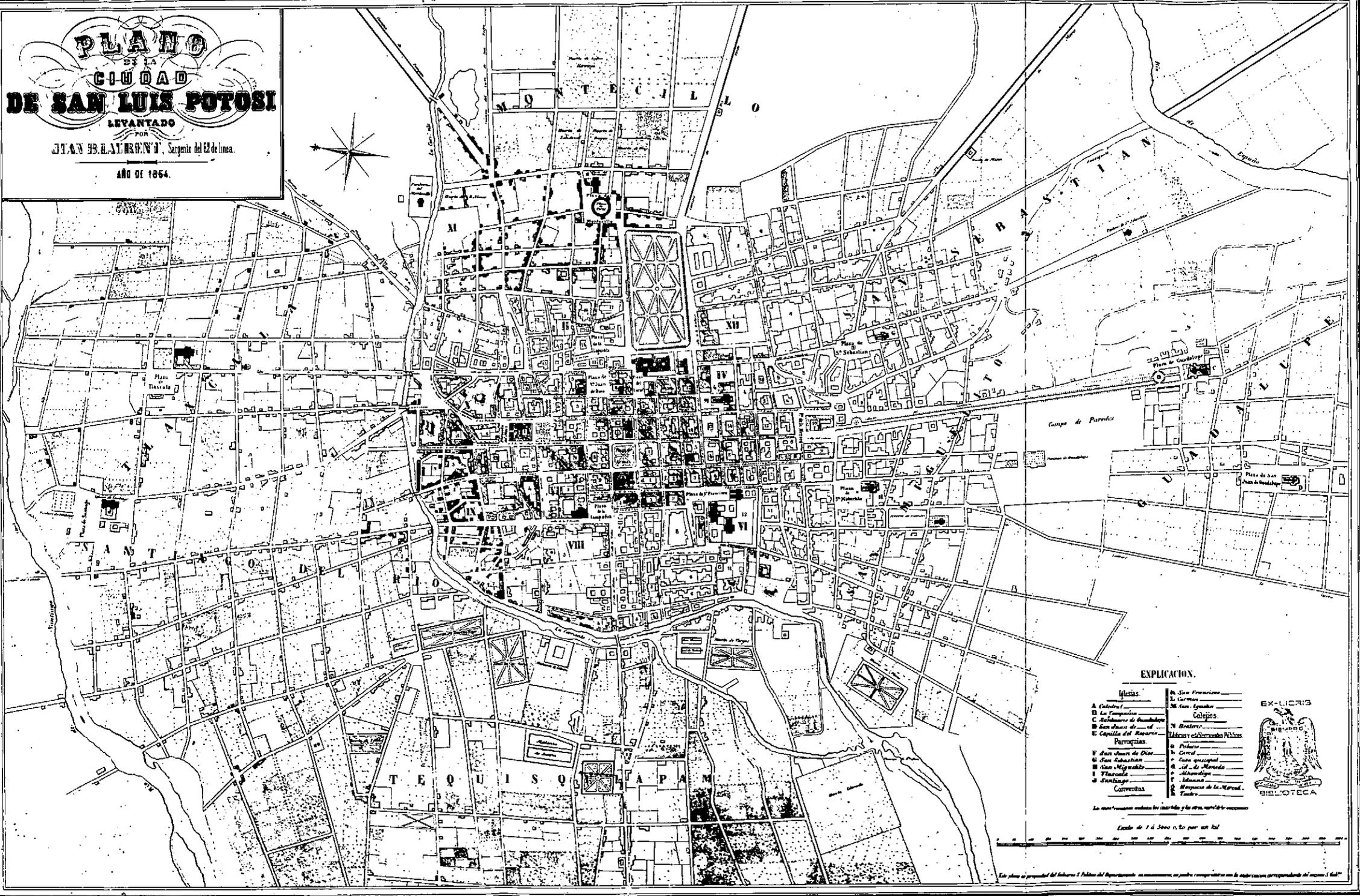
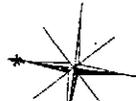
CALLEJON DEL SANTO ENTIERRO

Su nombre lo ubica en el plano. Perpendicular a él, el Callejón de los Gallos. En la esquina un pequeño círculo indica el palenque de la Plaza de Gallos.

PLANO DE LA CIUDAD DE SAN LUIS POTOSI

LEVANTADO POR
JUAN B. STUBBINS, Sargento del 62 de linea.

AÑO DE 1864.



EXPLICACION.

Iglesias:	A. Catedral	B. La Compañia	C. Retablero de Anandago	D. San Juan de los Rios	E. Capilla del Rosario	Parroquias	F. San Juan de Dios	G. San Sebastian	H. San Agustin	I. Trinidad	J. Santiago	Conventos	K. San Francisco	L. Carmen	M. San Agustin	Colegios	N. Estudios	O. Alcazar y Almacenes Pibicos	P. Prisiones	Q. Ceres	R. Casa consular	S. Alameda	T. Alameda	U. Hospicio de la Virreina	V. Tambor
------------------	-------------	----------------	--------------------------	-------------------------	------------------------	-------------------	---------------------	------------------	----------------	-------------	-------------	------------------	------------------	-----------	----------------	-----------------	-------------	--------------------------------	--------------	----------	------------------	------------	------------	----------------------------	-----------



Las numeraciones indican las cuadras y las direcciones correspondientes.

Escala de 1 a 3000 o 20 por un kil.

Este plano es propiedad del Gobierno Federal del Departamento de San Luis Potosi, no se permite su reproducción sin la autorización correspondiente del mismo.

EL CALLEJON DEL SANTO ENTIERRO

Nadie se explica cómo, por más que ataree el entendimiento, tan bella y donairosa dama se ha embaulado en ese caserón tan simple; ni por amor de qué, tan alhajada de encantos y todavía en lo mejor de su edad, conlleva apaciblemente esa existencia hermética que amustia los primeros de su serena hermosura; ni para qué se ha embozado en ese halo de misterio, toda recogida a su interior, sin más compañía que un don otáñez y una arcaica dueña de venerables tocas y luengas faldas negras; ni cuál es el motivo que la constriñe a cerrar su corazón al mundo y abrir tan sin mesura sus entrañas y sus manos a la piedad.

La hermosa, la recoleta, la caritativa, la enlutada doña Mirta, viuda de aquél opulento ricohome que fue don Gaspar Suárez de Barbosa, de muy alto nacimiento, criada con cuchara de plata en la boca y crecida en mansiones llenas de atuendo, mora en esa derrubida finca, y tan mal enjalbegada y maldolada, con sus ventanas de viejo montante y robustas y apretadas rejas y toscas puertas de mezquite, del terroso y triste Callejón de la Sacristía de San Francisco, tan triste y tan terroso y tan lleno de casote, que no desputa en él ni un mísero matojo.

Si la pared testera de esta susodicha casa mira a los fornidos y nuevos muros del convento seráfico, por el costado y el espaldar sus términos sirven de ataharre a los muladares formados todos ellos por basuras trasañejas y desperdicios de la reciente fábrica que apenas acaban de sacar de cimientos los reverendos franciscanos.

Doña Mirta lleva años de vivir en el Viejo San Luis. Un

buen día, sin más corte que el otáñez y la quintañona dueña de sus dichos, llegó a esa casa adquirida de trasmano, proveniente del Real de San Matías de Pinos. Allá, después de dar tierra a su marido, de tapadillo abandonó inopinadamente hogar, minas, comercio, hacienda y fámulos, y enfiló sus pasos a San Luis. Desde entonces mora en este callejón silente de paz inalterada. Quieta, muy quieta es esta apartada rúa, tan al margen del tráfico cotidiano. Nadie discurre por ella, como que por ese rudimento de calle de no ser a las cenegosas haciendas de beneficiar metales que se tienen por atrás del convento, por donde está la puerta falsa, no se va a ninguna parte. Allí están ya las haldefueras de San Luis y por allí corren sus alindes. Remecen feblemente esta mansa quietud las voces graves, acompasadas, armoniosas que efluyen a pausas de las campanas del seráfico templo.

A empuñar el ferrado llamador de las macizas puertas de este simple caserón, nadie se allega; ni nadie, de no ser la acuitada doña Mirta, el amomajado otáñez y la senecta dueña, las ha traspasado; ni siquiera los reverendos frates del convento de enfrente. Anchas caridades, es cierto, prodiga la generosa dama, pero al amparo de la tenue claridad de las amanecidas o de la creciente obscuridad de las anochecidas, cuando ni la una mano percibe los desempeños de la otra. Si noramala alguien, debajo de la luminosidad del día, llama a la puerta, sus aldabazos, por más tercios y reacios que sean, como si fueran dados en casa vacía, se enclavan en la nada.

En el escampado patio, que circundan cuatro andanas de aposentos, se derrama también la silente y plácida quietud del callejón, amustiada por la falta de vida interior. Tampoco allí nada la quiebra. Sus habitantes cruzan el patio, van de una sala a otra, caminan con apagados pasos. Es un patio opaco al que no alcanzan a restaurarle el brillo las rojas bugambilias, antes bien lo hacen exhalar un humor doliente. Su frío pavimento, más que de baldosas parece hecho de muelle alfombra de lana que embebe los andares. Nada de voces altas, ni de ruidos. Mucho menos la gozosa carcajada estruendosa y tonificante o la suave melodía de alguna

letrilla o de un romance o el alegre sonar de una vihuela, de un laúd, de un clavicímbalo. Es como si allí durmiera, tras de pasar por debajo de muchas fatigas, un ogro, de genio fosfórico y tonante, cuyo sueño no es dable interrumpir. Reina en toda esta mansión un silencio reverente, infrangible, acartonado.

En frente, donde se está dando cabal fin a la nueva iglesia y convento franciscanos, fray Luis Atanasio, sobrestante de la fábrica, recorre la parte susana del edificio. A punto —según el cronista Arlegui— se debe a “su eficacia la feliz y pronta conclusión de ella”. Solázase el buen fraile, ahora que ya lo mayor y mejor alcanzó su término, en los frutos de sus atareos. Deambula con ojo inquisidor por los pretils, toca y golpea los aplanados para confirmar su consistencia, mira y remira la airosa linternilla de la cúpula, su grácil y ondulante perfil, se acerca a las ventanillas que dan a su interior. Hasta allí llega la robusta voz de fray Juan de Otaola, uno de los mejores picos de oro de la Provincia de Nuestro Seráfico Padre San Francisco de los Zacatecas, que con su verba ponderosa y brava y con sus muy lucidas razones tunde las conciencias y hace que los pechos rebosen de sentimientos buenos. En este domingo, en que alarifes, obradores y peones de mano reparan cansancios, y solas, muy solas y calladas se encuentran las azoteas, fray Luis, con embobado arrobo, regusta la consumación de la obra. Rebutido el pecho de un regocijo interior que le hace temblorar las más hondas telillas del alma, tiende sus largos mirares al uno y al otro punto, laudando al Señor que le permitió y dio alientos para concluir la iglesia; sus ojos, blandos, mansos, se van hasta más allá de la puerta falsa, por donde se derraman, inacabables, los escoriales de las haciendas de beneficio; se deslizan luego a los cerros de donde sacaron tantas y tamañas piedras; y a seguido regresan a posarse por acá, sobre los socuchos del Callejón, míseras construcciones enanas, anquiseacas, frente a los altos muros del convento; finalmente, se asientan, en abúlica contemplación, sobre la enigmática y derrubida casa de doña Mirta.

Tenues, muy tenues vuelven a ponerse en sus oídos las ardientes peroraciones de fray Juan de Otaola que talan todo

descreimiento religioso y fortifican a la plebanía hecha a la fe. Fray Luis, todavía con ese embaimiento encima, adelanta sus pasos hasta el pretil, y se apoya en él. Se cala la capucha para defenderse del inclemente asoleo y cruza luego los brazos, hundiendo las manos en las anchas mangas para recostarse a su gusto en el reborde. De allí domina la andana de los aposentos de atrás y un buen retazo de patio, en una de cuyas esquinas cierta bugambilia escuálida araña las paredes. Pensamientos e ideas volanderas, plenas de gratitud, le trepan desde las más profundas socuevas del pecho. Versan sobre la generosidad de doña Mirta que se adelantó siempre, con más de lo que se podía esperar, a cualquier cuestación para esta obra. Con esas buenas y santas cogitaciones volanderas, ahora que divisa una porción del asoleado patio, se cruzan otras, salpimentando curiosos y ansias indagatorias, sobre lo vacío que está ese caserón y el enigma que lo arreboza. . . ; la señora que elude con fija terquedad visitas, conversaciones, amistades. . . ; sobre sus moradores, todos tres embaulados en su cerrado mundo interior. . .

Acodado en el pretil, fray Luis Atanasio, ya con este curioso físgador en los ánimos, a la par que ojea lo visible del hogar de doña Mirta, cuestiona y emplea todos sus ingenios sobre cuáles pueden ser los infrangibles secretos de esa mujer que la tienen tan apartada de todo y de todos, en esa casa muda, estíptica, descarnada, donde hasta los vapores que emanan los humeros salen quietos y cautelosos.

Por eso no da importancia a lo que parece oír. Oye regocijados gritos femeninos, aunque discretos y mesurados, a su vez, llenos de maternal amor, tiernos arrumacos, cancioncillas de cuna, voces onduladas por mil cadencias afectuosas, y un sinfín de alborozadas expresiones que sólo puede hacer la que mece en sus brazos y alimenta con sus propios pechos al fruto de sus entrañas. Fray Luis las percibe, mas no repara en ellas; cree que salen de las casuchillas vecinas; pero caen en su oído tan claras, tan finas, nada cascajosos ni burdas, que bien pronto comprende que no pueden salir de allá sino de acá.

Doña Mirta, empero, no tiene hijos, ni ha dado señas de te-

ner el entendimiento desconcertado. En lo intrínseco de fray Luis suben más y más de nivel el curioso y la perplejidad. Afina vista y oído. Aquélla, por más que se alonga, no percibe nada; éste alcanza a percibir más nítidas, más sonoras, más efusivas, esas manifestaciones de incontenible afecto maternal. Y él, que ha dialogado muchas veces con doña Mirta, no puede menos de comprobar en el riguroso cotejo, que es ella la que, allá abajo, en el patio quizá, a hurto de cualquier ojo indiscreto, desahoga sus sentimientos de madre. Y no como jugarreta, sino real, sincera, veraz, espontáneamente, con un ser de carne y hueso.

A las curiosas cogitaciones volanderas les copan las salidas muy donosas argumentaciones: la hermosa, la recoleta, la enlutada señora no tiene hijos ni nunca ha dado muestras de haberse visto en estado de buena esperanza; de tener trabucado el juicio, tampoco; siempre encasillada, nunca en travesuras amorosas. Varios le han recuestado y tratado de amores, pero sin ningún suceso. Mucho menos la dueña, tan arcaica y acecinada. Las maternas explosiones, discretas, cantarinas, vehementes, prosiguen allá abajo, y por primera vez el desolado y silente patio aparece irradiando vida.

Fray Luis columbra, entonces, un tenue, vago, porqué doña Mirta y sus fámulos han hecho corro aparte y llevan esa vida claustrera: quizás un hijo mal habido. . . , o disforme. . . , o con el entendimiento entre las nieblas de la demencia desde su natividad. . . , o con algún achaque desdoloroso. . . Y por eso, para que el vulgo parlero no saque a la plaza lo que de fijo es ignominia, conllevan todos esa existencia eremítica, sin firmar amistad con nadie.

Desde el punto y hora en que el buen fraile infiere estas posibilidades, présagos de un penar muy grande, se le huye el sosiego. Dudas, ocurrencias, ora temerarias ora compasivas, perplejidades sin cuento, le desecan los sesos y vacían su consueta tranquilidad. Y como sólo hay un modo de recuperar la serenidad perdida y de cortar de cuajo cuanto haya de malo y manchoso en ese misterio, con dura pertinencia se propone hacer rutilar la verdad y la buena obra

de volver a doña Mirta a una vida llevadera, apañándole el penar que la esclaviza tan reciamente.

Desde ese día, afilando todos los aceros de la discreción, por las mañanas, en las noches, a deshora, cuando las alturas de la nueva fábrica están limpias de albañiles y obradores, se da a deambular por ellas, muy cautelado, vigilando el patio de esa casa misteriosa, con ánimo de invenir algo que quiebre la incógnita y ponga cabal fin a todas sus curiosas y dudas desasosegantes. Andan los días y no le es dable comprobar nada: la casa siempre igual, muda y sola, sin algo que rompa el tullido y quietud. Con larga espera apacienciada continúa en acecho, y la frustración de sus sospechas marca otro derrotero a sus dudas. ¿Por qué no, en vez de un cuarto personaje, de cuya existencia no han vuelto a aparecer indicios, el porqué de la clausura en una demencia intermitente de la señora, demencia prohibada por su maternidad fallida, y es cuando se imagina tener de bulto en sus brazos lo que no pudo tener en su vientre? Con lo que los pechos del buen fraile se ven anegados por grandes riadas de congoja, y no da con qué es peor: si un accidente en el corazón de la señora por un hijo traspasado por cualquier desbarato o un achaque en el entendimiento de ella por la razón desatada a veces.

Pretextando necesidades que doña Mirta puede remediar, fray Luis la procura, le habla, la visita. En las visitas, por tratarse de él, le dan por primera vez puerta franca, pero lo pasan luego a la sala; una sala ombrajosa, fría, austera, que las tacañas lucernas no dejan abarcar en toda su dimensión. En las pláticas, la dama no sabe decir más que bellezas, demostranza de que tiene el juicio muy bien concertado. Fray Luis se queda en las mismas. Vuelve a deambular por las azoteas. El insuceso no lo arredra. Ya que la señora no da pie a ninguna suspicacia, no queda mas que tirar la zarpa a la obra.

Un buen día, a prima noche, cuando la azogada claror de la luna repuja el perfil de la ciudad dormida, fray Luis torna al pertinaz acecho. El Callejón de la Sacristía de San Francisco, las ca-

suchas, la casa de doña Mirta destacan en las argentadas haldas de la noche. El silente sosiego se desenvuelve a su gusto. Las campanas están quedas. Cuando el fraile lleva rato acodado en el pretil con sus ojos fijos en el patio, melodiosas, débiles, preñadas de maternal ternura, las esperadas cadencias ascienden ingravidas, imperceptibles, casi. Es una canción de arrullo. Mientras todo el vecindario tiene los sentidos clausurados por el descanso, fray Luis las distingue cabalmente. Distingue, también, plácidos y fingidos reproches a un párvulo que no quiere entregarse al sueño; mimos y caricias a un niño que es arquetipo de encantos y hermosura.

Se le acaban las dudas. Es doña Mirta. Una doña Mirta en pleno ejercicio de la maternidad. Y no se cansa. Andan las horas, cobra nuevos bríos, la luna trepa más y más en los peldaños del cielo, demediando la jornada, y chorrea su luz platinada más a plomo, hasta llenar de ella el patio. Fray Luis no la ve a la señora, pero la percibe por las voces, las exclamaciones de artificial impaciencia, los jadeos y demás artificios de la presunta madre, que mece la cuna, carga al niño, lo pasea y juega con él, lo brinca y dice ternuras.

En el amplio remanso de la noche, a su abrigo, y defendida de toda violación de su secreto, doña Mirta goza de su maternidad sin inhibición ninguna. Brincando a la criatura, llega a hacerlo, sin darse cata de que fray Luis la vigila, en el fondo del patio, junto a la andana de los aposentos posteriores. Allí torna a arrullarlo, a levantarlo, a mecerlo en sus brazos al son de tiernas melodías y mil mimos endulcorados por el amor. El fraile la ve ahora muy clara, muy definidamente. Doña Mirta sostiene al niño en el brazo izquierdo y con la derecha le toca la naricilla, le cierra los párpados para abrir las puertas al sueño, le acomoda el gorro y las alfamares, lo remece, le canta de nuevo, torna a brincarle y, mesurada, discreta, canta y ríe. Finas coberturas arropan al párvulo y forman revuelo cuando la señora, embebida de maternal júbilo, gira sobre sí misma, en acompasados vaivenes.

Fray Luis, con los ojos llenos de asombro, contempla aque-

llo, que tan bien ilumina la claror de la luna. Pero se llena de conturbaciones. La certidumbre de que ese minúsculo personaje es el secreto sello del misterio de doña Mirta, le nubla los humores más que la larga duda. Para ser un niño, no más crecido que uno de pecho, son muchos los años de encierro. Sólo que esté encanijado. De ser así, es demencia manifiesta vestirlo y tratarlo como a recién nacido. . . Con todos los años del vivir de doña Mirta en esa casona, la criatura debería ya tener dientes, y sentarse por sí mismo, y caminar. . . Aún encanijado. . .

Fray Luis sutiliza su entendimiento y afila su vista para poder desentrañar ese extraño e insólito comportamiento. Luego la señora, siempre con el regocijo efluyéndole copiosamente del pecho, entre cancioncillas y mimos, escapa de su vista; a seguido, también las melodiosas cadencias desaparecen, y nuevamente la quietud sorda e inalterable ya, se cierne sobre la casa. Unicamente el fraile prosigue acodado en el pretil, con el pecho embutido de intrigantes suspicacias que lo reempujan hasta pensar en brujerías, en nigromancias, en algún tenebroso crimen o en una apacible manía finísima a la locura o ya en los alindes de ella.

Con estas imaginaciones tan dificultosas percudiéndole la molondra, cargado de mil tristezas, casi en desmayo, sorprende la amanecida a fray Luis. Las del alba y las de la primera misa lo retornan a la realidad. Y baja al templo con el indesviable propósito de poner en este mismo día las cosas en claro, por lo que, cuando empieza a dispersarse la parroquia que asiste a misa, va a buscar a la dueña, que bien sabe dónde suele acomodarse en la iglesia, la llama y la conduce al locutorio, sin que se aperciban ni doña Mirta ni el otáñez.

Con muy sutil y amorosa retórica, el buen fraile se explica ante la atónita anciana, muy desprevenida para el caso. Azorada ya por el llamamiento, su embarazo sube más altos grados cuando fray Luis le habla de lo que se ruge por la ciudad acerca de doña Mirta y de ellos, de lo que oyó la vez primera, de lo que vio entre la noche del ante día y en esa madrugada, de lo que él supone. Con la

faz empalidecía, temblorantes las arrugas, ido el ejercicio de la voz, sin huelgo, incapaz de restaurar la serenidad perdida ni de emitir razón alguna, la asustada dueña baja más y más a las profundidades del desconcierto, con lo que arrastra a fray Luis a más tenebrosas suposiciones. Redobra éste sus asedios, calientásele la boca, hinca clavos de malicia en cada palabra, habla ya de los grandes castigos divinos, de la intervención de la justicia, de que doña Mirta ejecuta atrocidades innominables con una criatura desvalida, del garrote y difamia a que se exponen todos, la una, por actora, los otros dos, por receptadores.

A pesar de las bravas razones de su interlocutor, de las fieras amenazas con que la agobia, de que su miedo y mutismo la traicionan, la dueña no se da a partido. Ni cesa un punto en su callada pertinacia, ni suelta la lengua. Inconforme fray Luis, fatigado por la larga espera, apareja la última razón: o rompe la dueña el sello del secreto o, *incontinenti*, manda al hermano Onorato por el señor Alcalde mayor y sus alguaciles para que ellos, a nombre del Rey, lo rompan. Si habla, le promete desplegar toda su caridad y discreción en valerlos a todos, si no, sumará su rigor al de la justicia en el desentrañamiento de ese misterio, que muy desdoloroso y asaz negro debe ser, puesto que lo esconde con empecinada terquedad.

La dueña está que no cabe en la estrechez de los dos graves riesgos en que se encuentra emparedada: el peligro cierto para todos y la fidelidad a su ama. Muy fríos y abundantes trasudores la bañan, se le almidonan y agarrotan los miembros, le entra hoguío y el miedo le vence la voluntad. Se suelta en copioso llanto, efluyen de su boca dolorosos válesmes y, al cabo, se acoge a la paternal caridad de fray Luis, implorando clemencia para sí y para doña Mirta, y entre una gran avenida de hipos y lloros, tumbándose a los pies del religioso, quiebra la concha que guarda la perla del secreto.

Con él en las manos, lacerado el pecho por hondas tristuras, armándose de mucha prudencia, discreción y aviso, toma en los

pies el camino de doña Mirta, seguido de la llorosa dueña. Responde el don otáñez al llamado, abriendo dos ojos como espuelas al ver al fraile y a la mujer preguntando por la señora. Acude ésta, presa de inenarrables preocupaciones desde que vio que aquélla no venía y hace pasar a fray Luis a la sala. Ella, calla que te callarás; él, sin encontrar cómo sacar la voz del pecho; ella, pensando en que cuando la desgracia ha de venir, es por demás la diligencia; él, aparejando esa virtud que llaman consideración, llave maestra que todas las puertas abre y a todas cerraduras hace. Durante largo rato, con estas especulaciones contrastadas en sus interiores, se quedan entrambos a buenas noches.

Al cabo fray Luis, alquitarando su caridad y entendimiento, con argumentos muy cornutos, dícele a la señora que ya es sabedor de su secreto, que debe poner fin a ese falaz ensueño, que entre los dos pueden acabarlo muy secretamente y a satisfacción. Con lo que doña Mirta viéndose perdida, con habla trémula y entrepajada, derrumba la mampara que por tantos años mantuvo enhiesta, rompe las nemas con que lacró el secreto y declara al reverendo su adementada pasión de tanto y tanto tiempo.

Dícele que mucho ha, cosa de quince años, llegaron a su pueblo terroso y triste de Molinuevo, del Valle de Angulo, del Corregimiento de Laredo, de las Montañas de Burgos, letras misivas de don Gaspar Suárez de Barbosa en son de desposorio. Se había fijado en ella, mozuela aún, por lo que la pedía en esposa a su señor padre. Portaba las letras doña Antona, la dueña, hermana del dicho Suárez de Barbosa.

También a éste le había dado la luz en el mismo lugar. Era hidalgo, pero abandonó la susodicha puebla para venirse a la Nueva España con ánimo de acrecentar riquezas, las que logró en el Real de San Matías de Pinos. Frisaba en los cuarenta años de su edad cuando determinó tomar estado, para lo cual comisionó a la hermana Antona, que fue la portadora del pliego petitorio a sus señores padres. Tan bien rigió el negocio la mujer, que la boda se concertó en menos de tres credos, y se hizo por poder. Así doña

Mirta, a los veinte años de nacida, pasó a mujer de don Gaspar y a estos reinos, yéndose a vivir a Pinos, en una mansión llena de principalidad y servida por numerosos criados.

Colmada de regalos y atenciones, que su consorte no hacía otra cosa que remirarse en ella y adivinar sus gustos para adelantarse a cumplirlos, pasó los primeros meses de maridaje, sin saber si estaba enamorada o no de don Gaspar; ni alcanzó a saberlo, porque en lo mejor de esa existencia conyugal, cuando ella advirtió en sí las señales claras de que no se había casado en vano, una congoja grande de estómago abajó a su esposo de las nubes de tanta felicidad y salud a la rigurosa pena de la enfermedad, que presto cobró mayores fuerzas hasta darle entrada en la muerte. De manera que a poco de casada y antes de ser madre, ya era viuda. Viéndola desamparada, recias nostalgias y saudades la asieron por su cuenta, y también ella cayó en desmedro, de ponerse al cabo de la vida.

En este trance doña Antona, su cuñada, sirvióle de madre, y fue una sedancia para sus penas, como que entrambas se consentían sin más en este mundo. La necesidad y el luto las amarró fuertemente con las ansias de salvar al niño nonato aún y que iba a alongar la progenie de don Gaspar. Ya no les cupo otro pensamiento ni las atrajo otro querer. Las dos, con mucho afinamiento, no hacían sino pedir la reposición de la desmendada salud de doña Mirta y un buen parto. Se llamó a los mejores facultativos de los alrededores; se echó mano de los curanderos y curanderas mejor acreditados; se multiplicaron las promesas de anchas limosnas y legados a los santos más milagrosos; nada dejó por hacerse. Ambas señoras habían fijado los hilos de su vida en esa criatura tan incierta. De continuo ardían en la alcoba de la doliente doña Mirta velas de Nostramo y de La Candelaria y de Nuestra Señora de la Expectación; de continuo se rezaban trisagios, duenarios, triduos y novenarios.

Cuando parecía que todos los artificios curativos devolvían el recobro, a dos meses ya para el feliz suceso, un fuerte dolor cólico quebró todas las esperanzas, poniendo a doña Mirta a punto de fe-

necer. De resultas de esto entró a la luz y a los padecimientos de este mundo pecador un niño, con lo que se dieron por bien pagadas las dos de tan recios trabajos casi imposibles de llevar. Recularon las penas, y tomaron asiento las alegrías. Doña Mirta y doña Antona no cabían en sí por tamaño alborozo, para el que era estrecha la arquitectura de sus pechos. Más a poco, con tiempo apenas para echarle las aguas, el parvulito aquel que las había hecho pasar por debajo de fieras angustias y zozobras, finó inopinadamente.

Se les acongojó toda el alma a las dos, cayeron en repetidos y larguísimos desmayos, se hundieron en mares de lágrimas inacabables, y ya que no pudieron detenerle la vida al niño, determinaron de consumo defenderlo de la pudrición a que estaba indefectiblemente sentenciado. El don otáñez, que había sido fiel sirviente de don Gaspar y hombre de fiar muy mucho, dióse al arduo desempeño de pescudar entre las negras esclavas del Real a la más capaz en el manejo de las hierbas, de las ilutaciones, de los aijos y de los atamientos. Fue así como muy de ocultis y por un buen tahalí de oro, una de esas morenas, la más consumada maestra en el arte, embalsamó muy lindamente al niño, sin que se le fuera la color, que quedó como de cera pintada, viva copia del natural, con los párpados suavemente arrimados uno junto al otro, que no parecía sino que dormía el angelito a sueño suelto. Así adobado, cientes nada más de los hechos doña Mirta, doña Antona y el don otáñez, clausurado el pico de la negra con esa inviolable cerradura que es el oro, volvieron a Gasparico a su cunita, y en la mesa del mortuorio substituyeron al difunto con un muñeco de trapo, vestido con las más finas ropas, bien encubierto con velos y flores.

Nadie se apercibió del trueque. A su hora, con los plañidos del ritual, el don otáñez solo, porque las señoras dizque no tuvieron corazón para dar al niño a la tierra, encabezó el cortejo, cargando el arcacito, sin dejar que nadie lo tocara, a la iglesia parroquial, donde fue el falso enterramiento. Cubrieron la huesa con una lápida muy bien tallada y escopleada.

Para las dos mujeres el niño no era muerto. Amén de ellas,

nadie volvió a pisar jamás la alcoba de doña Mirta. Allí, en la cunita, entre lienzos de fino encaje y almohadones, yacía el angelito amomajado. En el corazón de las mujeres estaba escrito que dormía, y no otra cosa. De solapo, cuando no había riesgo de que ninguna alma trafagase por el patio, doña Mirta sacábala a que le diera el sol; cuidando las corrientes de aire maléficas, lo bañaba y ungía con polvos de arroz y aguas aromáticas y renovaba las hierbas preservativas que tomaron el lugar del bandullo, lo fajaba y lo mudaba de ropas.

Por ser mucha la servidumbre y muy anchuroso el caserón doña Mirta y doña Antona vivían con los temores pegados a los pechos. Para no dar un paso falso, bien pronto sentenciaron abandonar el Real de Pinos y, vendidas todas las pertenencias, enrumbaron los pasos a San Luis, donde ya el don otáñez había comprado casa y donde, por no conocerlos nadie, esperaban pasar una vida llevadera, sin susultos ni temores, consagradas ambas a dos al amor y cuidado del niño.

Aquí les renacieron las alegrías. A sus anchas, sin turbamientos, muy sobre sí, lo adormían cantándole, lo acostaban al sol, lo bañaban, lo brincaban en el patio, lo paseaban a solas, le prodigaban mil caricias. Y todo como si estuviera todavía con el alma en el cuerpo y en ejercicio de cabal resuello. Esa quietud silente, esa paz inalterada, ese retraimiento, esa privación de amistad con alguien, era para no turbar el sueño de la criatura dormida y para no dar pie a un falaz descubrimiento. Noramala los padres franciscanos renovaron la fábrica. Desde entonces se les anubló el humor, y sólo muy a la chita callando, a deshora, cuando ningún cristiano era cierto que estaba en la parte susana de la obra, doña Mirta soltaba las riendas a su maternidad.

En este punto la señora no puede dar más paso en su triste declaración. Después de haber discurrido tanto tiempo con tantos recios dolores encima, este último la pone en estado de fenecer. Fray Luis transvena en ella los efluvios sedantes de su caridad; háblala sobre la fe, que debe ser dócil y fornida para soportar las

pruebas, por más onerosas que sean; háblala sobre la paz que deben gozar los muertos; háblala sobre los peligros de continuar alucinada por ese riesgoso engaño; háblala sobre las suspicacias que ya están poniendo su buena fama en la falaz balanza de las lenguas maldicientes. Háblala suavemente, esforzándose por hacer rutilar la cordura y el buen seso en ese corazón agobiado por una tristura trasañeja. Esparce en la ánima de doña Mirta reconfortante retórica que da causa a muy proficuas especulaciones, hasta desalmenarle la porfía. Prométele, en fin, un santo entierro a Gasparico, a hurto de todos y en sagrado, sin que nadie en jamás de los jamases lo descubra.

Enflaquecida su voluntad, la señora pone su suerte y la del cuerpecillo de su hijo en las piadosas manos de fray Luis. Sólo pide una merced, que ya que es ineludible el que lo despeguen de sus brazos, le den tierra cerca, lo más cerca de su casa, a ser posible enfrente, en el atrio baldío que está entre la torre y el crucero; que ella pagará esta merced levantando allí mismo una capilla a la Madre Perdolente, con quien se consiente hecha una; y otro sí, que en conmemoración de este santo entierro de su hijuelo, ella dará uno de bulto, obrado por la hábil maestría del mejor escultor queretano.

De allí a poco, a la par de la fábrica de la iglesia, fray Luis empezó a sacar de cimientos la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, paredaña al templo y con puerta al crucero. Sacó, también, otra capilla, o mejor diciendo, pasadizo en la puerta lateral, entre la torre y el espaldar de aquélla, a fin de emparejar el lienzo que va del crucero a la torre dándole forma a la capilla. Fue en ese mentado pasadizo donde, a su tiempo, se colocó una urna para conservar la imagen del Santo Entierro, tallada y donada en memoria del entierro de Gasparico, en el atrio donde luego se alzó La capilla de La Dolorosa.

Fray Luis procedió con tanta discreción y sigilo que, en el "Libro donde se asientan los entierros de españoles de esta Parroquia del Pueblo de San Luis", sólo se dice que el susodicho inhumó

“a un infante, de calidad español, de tres días de nacido, que murió de mal parto”, sin especificación de padre ni madre.

No se sabe, al menos yo no lo sé, qué fue después de doña Mirta y de sus gentes. El tiempo andando, donde estuvo su casa se formó una Plaza de Gallos, que también sirvió para comedias. Allí, en las muchas veces que el funesto y engreído Santa Anna, alias Su Alteza Serenísimá, pasó por San Luis, malrotó fuertes cantidades de dinero en alocadas apuestas. En los dieces del siglo de hoy, desapareció ese palenque y en su lugar se fabricaron varias casas, de donde se colige que tenía muy buenas proporciones la antañona mansión de doña Mirta. Afirma quien la conoció, que la dicha Plaza donde topaban gallos tenía una amplitud de más de cincuenta varas. Todo eso daba, en lo testero, al convento de San Francisco, calle de por medio, precisamente la del Santo Entierro; al Callejón de los Gallos, hoy de Fray Alipio Lozada, por el costado; y por la parte de atrás cogía un buen retazo de la hoy calle de Guerrero y entonces del Muladar de San Francisco. Muy tarde se hizo, y no existía por entonces, la manzana que en nuestros días se irgue frente a la desembocadura de la calle de Díaz de León y va del callejón de Lozada al jardín.

La Plaza de Gallos, que sólo ocupaba la mitad de lo que fue la casa de doña Mirta, allá por la mitad del siglo pasado era del hispano Rafael Urtétegui. Este, en mayo de 1869, la dio “en venta real y enagenación perpetua” al célebre empresario matehualense don Diego González Lavín. El cual, en 1885 la hipotecó en favor de don Felipe Muriedas como apoderado de don Federico Gresser, francés, uno de los dueños del afamado establecimiento “Al Fiel Pastor”, para garantizar cierto préstamo. Después, en 1907, la volvió a hipotecar a don Adolfo González Uzieta. La testamentaría del señor González Lavín la liberó en 1917 y la vendió en \$6,100.00. En el negocio andaba el arriscado señor Joaquín Arguinzóniz. Lo cual fue el fin de la susodicha Plaza de Gallos.

De fray Luis Atanasio refiere el cronista Arlegui que, en

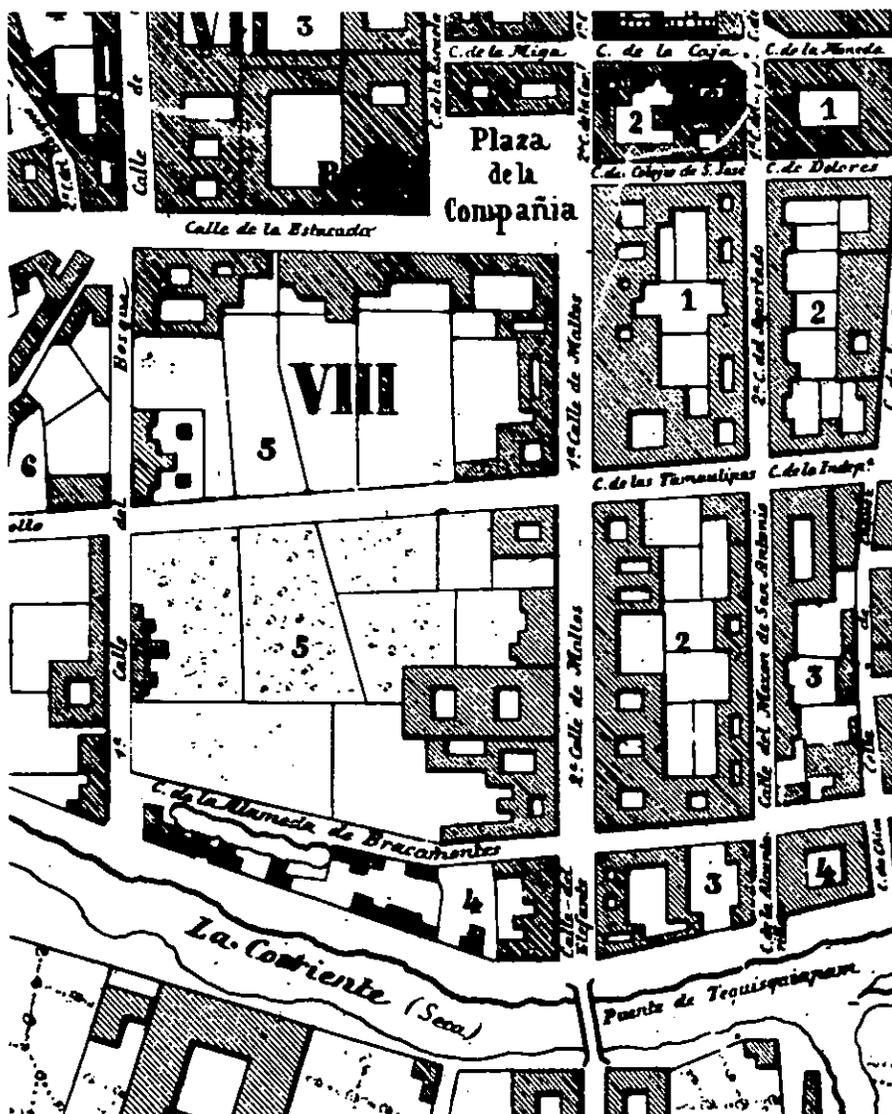
1707, en cuatro de julio, fue electo provincial el M.R.P. Fr. Luis Atanasio, de la provincia de los Angeles, calificador por la suprema. Era muy religioso y celoso del culto divino; pero de natural tan violento e intrépido, que dio mucho en que merecer a todos; debiendo advertir el prelado que la afabilidad y prudencia con los súbditos los lleva como con la mano al obedienciamiento rendido de sus preceptos. Hizo la capilla de Nuestra Señora de los Dolores del convento de San Luis, con todo su adorno, y fue sobrestante de la iglesia de su convento, debiéndose a su eficacia la feliz y pronta conclusión de ella, como de otras muchas obras — una de ellas, la capilla del Santo Entierro, digo yo—. En esta iglesia yace sepultado su cuerpo.

Desde las remotas fechas del triste acaecimiento de suso, a esa calle, actualmente primera de la Avenida Universidad, se le llamó del Santo Entierro. El vulgo indocto la nominó así por la homónima imagen del Señor que por allí sacaban en procesión y que se conservaba en el pasadizo o capilla de la puerta lateral. A fray Luis le plació el apelativo y lo propaló cuanto pudo. El lo afincó en la opinión. Porque bien sabía para sus adentros que no podía tocarle ni atañerle mejor nombre, como que allí se había hecho, de verdad, un santo entierro, el del disecado Gasparico, el hijo póstumo del ricohome don Gaspar Suárez de Barbosa y de la doliente doña Mirta, quien por tantos años lo mantuvo insepulto, remeciéndolo con sus caricias, entre finos lienzos y almozalas.



CALLE DE MALTOS

La tercera casa a la izquierda, con tres nobles ventanas a un lado, en el centro el solemne portón y en seguida otras tres ventanas, era la famosa "Casa Maltos", demolida en los setentas y en cuya área se levantó la insulsa finca —estacionamiento y negocios— de la Plaza Centro.



CALLE DE MALTOS

Iba de la hoy de Carmona o "Plaza de la Compañia" a la actualmente de Bolívar. Partida la manzana a fines de 1858, resultaron las 1a. y 2a. cuadras de la "Calle de Maltos".

LA CALLE DE MALTOS

Apelativo, que no apodo — como terquean en repetir los que no saben —, era lo que portaba con galana ostentación don Rafael de Maltos. Provenía, en línea recta e indesviada, de uno de aquellos rijosos y ariscos capitanes guachichiles, de los más hoscos y dañinos, que no sólo se resistían con dura contumeliosa pertinacia a ponerse de paz, sino que con extremosas e inapagables llamara-das de furor avivaban por este lado del Tunal Grande la famosa, cruenta y prolongada Guerra de los Chichimecas. Era el tal capitán gran señor de mucha gente, y aunque esos bárbaros vivían aparta-dos y divisos entre sí, le tenían mucho acato y mucha cuenta todos los indios que vagueaban, a fuer de salvajes insumisos y guerrean-tes, desde las sierras del Xale y Bernal hasta los Bocas de Maticoya.

En su habla guachichil respondía al áspero nombre de *Mo-quamalto*, y fue digno sucesor en la fiereza y encono de aquellos otros capitanes *Guazqualo*, *Moquimahal* y *Macolia*, el viejo, que menciona Gonzalo de las Casas, y que con irritada saña y furor aso-laban la tierra, ejecutando espeluznantes demasías. El memorado las Casas cuenta que:

es la mayor señal de su brutalidad a la persona que prenden, ora sea hombre o mujer, lo primero que hacen es hacerlos de corona, quitán-do-les todo el cuero y dejando el casco mondo, tanto como una corona de un fraile, y estando vivos. Y yo ví un español, sin él, a quien ellos se lo quitaron; y a la mujer del Copoz, también se lo quitaron. Y hasta han vivido sin él muchos días y aún creo que viven hoy.

Quítanles así mismo los nervios para con ellos atar los pedernales en sus flechas; sácanles las canillas, así de las piernas como de los brazos, vi-vos; y aún a las veces las costillas; y otras cien crueldades, hasta que el

misero entre ellos despide el ánima. Traen colgadas por detrás las cabelleras de las coronas que quitan, y algunas han sido de mujeres, con cabellos rubios y bien largos; y así mismo traen los huesos de las canillas para mostrarles como insignias de trofeos; y aún no perdonan a los cuerpos muertos, porque todas cuantas crueldades pueden o se pueden imaginar, hacen ellos, colgándoles de árboles, quitándoles la lengua, sin perdonar las partes vergonzosas, como no ha muchos días que un capitán que yo envié, halló un cuerpo colgado de una encina con todas estas crueldades y un brazo menos, el cual se entendió ser español. Por nuestros pecados y justicia de Dios han padecido hartos cristianos estas crueldades”.

Es su manera de pelear con arco y flecha, desnudos, y pelean con harta destreza y osadía; y si acaso están vestidos, se desnudan para el efecto. Traen su aljaba siempre llena de flechas y cuatro o cinco en la mano del arco para aprovecharse más presto dellas; y con ellas y el arco rebatir las que les tiran sus enemigos, hurtando el cuerpo. Y a esta causa pelean apartados unos de otros, y ninguno se pone atrás del otro, sino exento, por ver mejor venir la flecha y guardarse della; o metidos entre matas, arcabucos espesos o peñas, donde no los pueden ver y ellos tirar a su salvo. Los más acometimientos que hacen es de sobresalto, estando escondidos, y salen de repente, y así los toman desapercibidos y descuidados o a prima noche o de madrugada, cuando ellos entienden los hallarán más descuidados. . . Son, como tengo dicho, por todo extremo crueles en la guerra, que no perdonan sexo ni edad, que al niño que mama le achuecan en una piedra y a la madre desuellan la cabeza y matan, y a los demás hacen todo lo que está dicho. . . .

Estos apelligrados bárbaros pintaron una raya muy larga, que se tendía por donde ahora están los límites con Querétaro y Guanajuato, y que los españoles, empleando todas las bélicas ocurrencias de su ingenio, de ningún modo podían desbaratar ni dar un paso adelante. Hubo de emprenderse una guerra formal, muy dura y afanosa. En esta guerra tomó parte un afamado otomite. *Conin*, de nombre, que en castilla significa “ruido”, o Hernando de Tapia, al hacerse cristiano; con un tupido enjambre de indios flecheros, abrió camino desde el centro hasta Querétaro, donde se aposentó y trabó amistad con los chichimecas sus vecinos como cacique y gobernador que era de ese nuevo descubrimiento y fundación.

Este don Hernando o *Conin*, en su gentilidad, fue casado y velado con doña Magdalena, la cual le dio varios hijos, uno de ellos, don Diego, que sucedió a su padre en el cacicazgo y en los riesgosos atareos pacificadores. Descubrió algunas minas y, lo que es más y fue lo que levantó su nombre a muy alta estimación, desde Querétaro hizo varias y recias entradas por tierras chichimecas, ganando a filo de hierro y haciendo que se sujetaran como leales vasallos al rey nuestro señor, todo el Valle de San Francisco — hoy Villa de Reyes, por mal nombre— y Los Bledos.

Moquamalto, con estas incursiones pacificadoras de don Diego, vio acortados sus dominios. Se volvió más hosco e inconforme, más rechinoso y más afierado en sus reencuentros con los conquistadores. Su sañeza tomó más vuelo cuando por el viento de Mexquitic asomó don Miguel Caldera, estrechando el cerco y haciéndolo pasar tragos muy acedos. Las terribles rotas que venía sufriendo, en vez de asentarle el genio, lo emberrinchinaban más, y redobló sus asedios y multiplicó sus horrendas demasías en los asaltos a los presidios y convoyes de Zacatecas.

Fue cuando apareció por estas tierras invioladas que malamente apodan Tangamanga, arrastrando con heroico desnudo muertes, soles, caminatas, pedreas y todas incomodidades, fray Diego de la Magdalena, cristianando la barbarie. Dice Arlegui que fray Diego y un compañero sacerdote “entraron en los términos y territorios de los guachichiles como corderos entre lobos”.

Fray Diego, ardido de caridad, sin más cobijo que la ruin estameña del hábito y sin ser ordenado de misa sino simple lego doctrinero, dióse del todo a derramar los efluvios de su amor apostólico sobre los zahareños bárbaros. A pie vivo recorrió toda la tierra adentro, en pos de *Moquamalto* para abajarle lo indómito y ponerlo en sosiego. En este afán, los guachichiles porción de veces “le dieron de palos y mojicones y hacían otros malos tratamientos”, sin que por eso cejara su misionera pertinacia, antes se le recrecían los ímpetus.

La parola blanda, paternal, persuasiva del lego doctrinero pudo más que el filoso y curtido acero del capitán, y *Moquamalto* se rindió a fray Diego. Después de meses de tenaz e indesviado asedio, el misionero enlazó la voluntad del guachichil haciéndolo todo suyo. Y como era gran señor de muchas gentes, todas éstas, igualmente se fueron rindiendo al fraile, un grupo aquí, otro allá y otro más allá.

En el lugar donde el fiero capitán de chichimecas se entregó vencido a fray Diego, éste levantó una tosca cruz fabricada con ramas de mezquite. Con el tiempo esa cruz fue reemplazada por otra, de correcta factura, y ésta por otra y después por otra, hasta que labraron la de piedra que hoy se encuentra adosada a la pared testera de la Parroquia del Sagrario o templo de La Compañía, en la Plaza de Los Fundadores.

Rendido *Moquamalto*, cambió del todo sus manchosos proceder de bárbaro y se hizo uno de los pilhuanes de fray Diego, "que son indios mozos y doctrinados" según apostilla de Gonzalo de las Casas. Con su compañía, reforzó los parlamentos del fraile y le fue de gran ayuda para poner toda la tierra en paz y dar fin a la sangrienta Guerra de los Chichimecas. Y así como antes dio rienda suelta a las extremosas intransigencias de su furor, acosando con terribles emboscadas a los cristianos, así, ya hecho a la fe, dio buen sabor a su condición fogosa, cristianando guachichiles y otomites.

Cuando fray Diego, coronando sus amorosos afanes, congregó a los nómadas, asentó el principal aduar en el sitio donde doméñó a *Moquamalto* y le dio al lugar el nombre de San Luis. Esto fue hacia 1588, y aquél lo dejó como gobernador y cacique de la nueva fundación. En 1590, firmada ya la paz con los mecos bárbaros, fray Diego de la Magdalena concertó un viaje a México y, con el nunca bien ponderado capitán Miguel Caldera, medio hermano de sangre de *Moquamalto*, llevó a los capitanes de toda la nación cuachichil a dar la obediencia al rey ante don Luis de Velasco y a conseguir favores y regalos de paz. Entre los cuachichiles, dicho está, iba *Moquamalto*. Caído un par de años, en 1592, al descubrirse

las minas de San Pedro, los españoles necesitaron agua para el laboreo de los metales, y como no la había en el Cerro, se bajaron al valle, a instalarse en donde existía en abundancia, o sea, en el pueblo indígena de San Luis. Para esto, removieron a los cuachichiles a Santiago del Río, fundándose entonces este barrio o villa extramuros.

Pero no de balde. Semejante transacción le rindió a *Moquamalto* crecidas ganancias en tierras y honores, como paga de sus buenos servicios en la pacificación de sus congéneres y en la cesión de los solares para la nueva congregación. Don Juan de Oñate, primer alcalde mayor de San Luis, le dio a escoger las mejores tierras por el rumbo de Las Terceras y lo nombró gobernador perpetuo de Santiago. Al bautizarse, tomó el nombre de Diego, por amor al fraile que lo sacó de la gentilidad, y de la denominación primitiva sólo conservó el Malto, pues el *Moqua* le recordaba acciones muy desdorosas que no quería memorar. Y entre los dos interpuso el “de”, como correspondía a los grandes señores. Así fue como, de 1592 para acá, fue conocido como don Diego de Malto.

Tuvo varios hijos, a quienes dieron en nombrar “los Maltos”, de modo que así tomó forma definitiva el apellido. Todos heredaron la arrogancia fachendosa del genearca o fundador del apelativo y el mismo barroco engreimiento por la vida hazañosa de *Moquamalto*. Amaban los primeros lugares, estimaban las consideraciones y estaban siempre con la voluntad muy aparejada para cualquiera buena acción.

Cuando la gran rebelión tepehuana de 1616-1618 puso en recia crisis medrosa a la Nueva Vizcaya y a las fronteras Chichimecas — una de ellas, San Luis —, apenas, el 25 de noviembre, recibió Pedro de Salazar, viejo y curtido milite, que había guerreado en la Armada Invencible y en Italia, y a la sazón teniente de capitán general del pueblo de San Luis Minas del Potosí, la noticia de la rebelión del suso, prestamente dio la alarma, y en menos de dos días tuvo el primer alarde, y para el día 30 ya tenía una tropa de varios

cientos de hombres, entre los cuales los afamados caciques Juan Tenso y don Diego de Maltos o *Moquamalto*.

Este, ya viejo, acompañado de su hijo Diego, el mozo, fue hasta Durango a combatir a los tepehuanes, a las órdenes del célebre Urdiñola. Volvió, como había de volver, victorioso y con derecho a más premios, que recibió en honores concedidos en la fundación de una especie de mayorazgo indígena sobre su feudo de Las Terceras.

Fue cuando se le anubló el humor y se le pudrieron sus alegrías.

A poco de regresar de los tepehuanes y de fundado su mayorazgo cuachichil, Diego, el mozo, natural heredero del mismo y del puesto de gobernador, vino a finar por obra de unas viruelas malignas que no admitieron curabilidad ni compostura. Y sólo le quedó un hijo, el ultimogénito, porque los que intermediaban entre éste y el difunto, eran hembras, inútiles para alongar sus ambiciones. El mismo Maltos murió sin ver embarbecido al párvulo.

Los malos quererres de la fortuna se cebaron en los Maltos. Desde Miguel, el mentado ultimogénito, todos ellos no engendraron más que un varón cada uno, y todos los demás resultaron del género femenino. No había modo de que robusteciera el apellido, menos de que se multiplicara; y así muy dificultosamente se conservaba el apelativo y el mayorazgo chichimeca de Las Terceras.

Miguel engendró a Juan, único varón entre los varios retoños de su matrimonio. Este mentado Juan fue el que — como lo asienta el minucioso don Julio Betancourt —, en 1699, “compró a Miguel Márquez las casas y tenería en la que se fundó la conocida casa de Maltos”, que vino a ser como la casa solariega en esta ciudad y, en su tiempo, la propiedad más extensa, descontando la de los Carmelitas, del centro de San Luis o, lo que es lo mismo, de todo el Viejo San Luis.

De generación en generación, un único hombre por vez, lle-

gamos hasta don Rafael de Maltos. Como ya lo he dicho antes, éste portaba con galana ostentación su apelativo, y en él arreciaron los engreimientos de sus antepasados. Rigiendo con destreza la heredad, acrecentó la fortuna adquiriendo minas muy fructíferas en San Pedro y una hacienda de beneficiar aquí en la ciudad. Pero también en él hincó sus clavos el disfavor. Aunque era el vecino más conspicuo de Santiago del Río y su republicano perpetuo, no pudo dar vida más que a un varón y a dos hembras, que todos fueron don Juan Antonio, doña Ana Petra y doña Luisa.

Don Rafael educó a su hijo en la escuela de los más ásperos rigores para ver si la rudeza le fortalecía la condición, y de este modo, a su tiempo, procreando varones, cortara el sino maleficioso que conlleva el apellido. Desde muy niño le templó el cuerpo con las onerosas faenas campiranas; lo asabientó en el riesgoso manejo de todas las armas y cabalgaduras; lo hizo madrugero, a fin de que, ganando horas, pudiera cumplir con los atareos físicos de casa y los escolares en el Colegio de los Reverendos Jesuitas, donde lo inscribió para la doctrinanza en alguna carrera liberal. El muchacho respondió con creces, obrando una conducta arrojada, sesuda y conceptuosa. Sólo que, en lo mejor de su edad y cuando abundaba en prometimientos, un acre desamor metió sus pasos por otros rumbos; y así, descostándose de todo, se fue al Colegio de San Nicolás de Valladolid, donde se ordenó de misa. Llegó a ser, en propiedad, cura y juez eclesiástico del Real de San Francisco de los Pozos de 1757 a 1779; y en 1771, cuando el pomposo y muy magnífico juramento guadalupano emitido por la Ciudad, fue uno de los tres principales que asistieron con capa pluvial.

Fallido en sus propósitos, viendo cercenado de cuajo la proge, don Rafael de Maltos en lo adelante, después de renunciar a sus cargos en el Ayuntamiento y cofradías de Santiago, se arrinconó en su caserón, como resignado sufridor de sus penas. Así pasó de esta miserable vida para la eterna.

Doña Ana Petra y doña Luisa, habiéndose quedado con las tierras, las haciendas y demás tenencias, por cesión que les hizo su

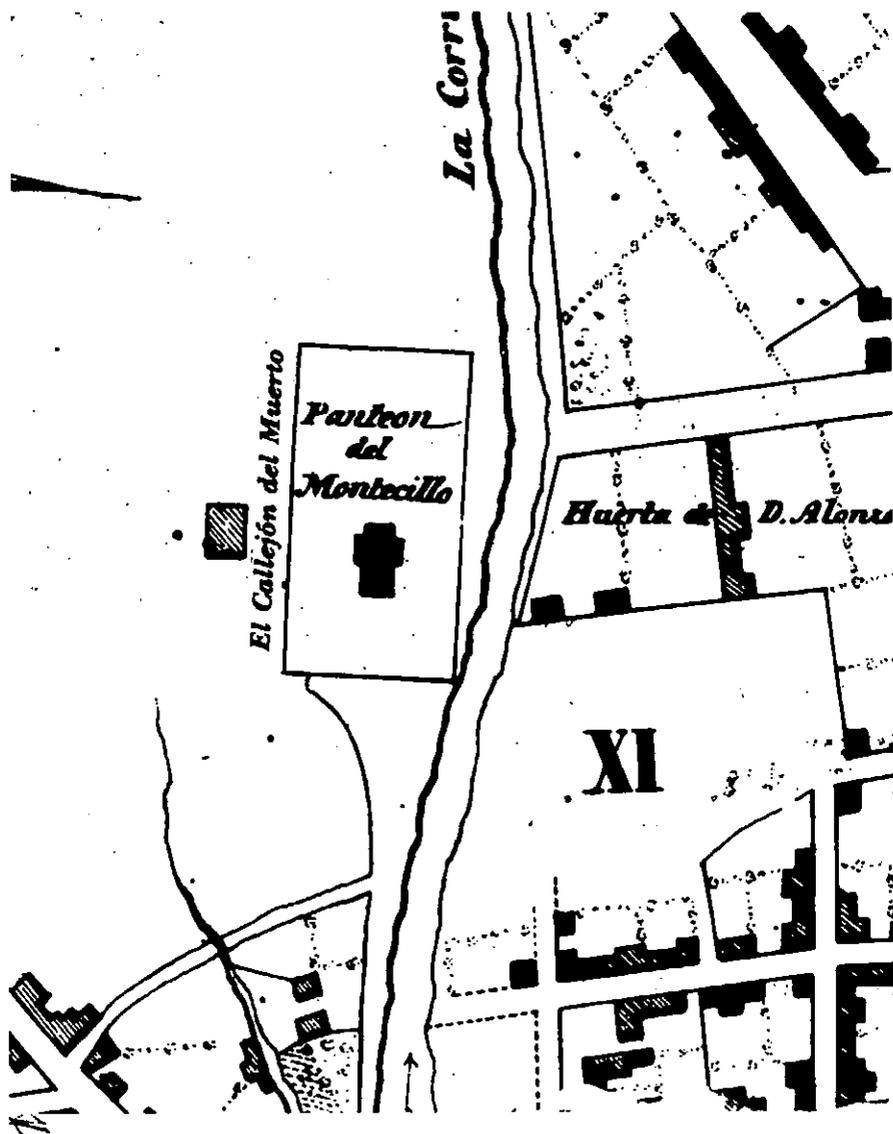
hermano el bachiller don Juan Antonio, al faltar su padre abandonaron el barrio nativo, donde hasta entonces habían morado todos los Maltos, y se vinieron a habitar la amplia construcción donde hacían laboreo de los metales y de los cueros. La orfandad les trajo apetitosa herencia, y aunque muchos conqueredores ambiciosos las veían con largos ojos, mayormente los iberos que andaban a caza de desposorios para allegar riquezas, y algunos diciéndose despulsados por su amor, les hicieron ardorosas y porfiadas recuestas que parecían muy deveras, las Maltos no quisieron tomar estado. Por el contrario, clausuraron sus negocios, pero abrieron extensa huerta y sacaron de cimientos una casa con anchurosos patios, corredores y muchos aposentos. Allí, viviendo con humilde pasar, se dieron ambas a grandes e ilimitadas caridades.

El principal norte de sus beneficios lo pusieron en las mujeres perdidas o finítimas a la perdición. No hacía mucho que don Nicolás Fernando de Torres, con singular esplendidez, había fundado la primer institución femenina en San Luis, el extinto Colegio o Beaterio de Niñas Educandas de San Nicolás. A imitación, pero impelidas principalmente por el acedo recuerdo de aquella mala hembra que, sin género de medida y comedimiento, ya hechos los esponsales con el hermano Juan Antonio, maculó su cuerpo con torpes relaciones, malrotando su vida, las Maltos abrieron asilo para todas las que, ya sea por la mano de la justicia, para enderezamiento de sus intenciones, o por la propia, con ánimos de echar pasos atrás de sus desviamientos, se veían urgidas de un seno abrigadero. Para unas y otras siempre estaban francas las alabeadas puertas. Allí les daban amorosamente la mano, diciéndoles gran copia de cosas santas, sapientes y bien habladas que les servían de saludable ejemplaridad y las ejercitaban en el cultivo de hortalizas y en la cría de cerdos, cóconos, gallinas y vacas, en el sutil arte del deshilado, del tejido y del bolillo, en la manufactura de exquisitas viandas y en todos los desempeños femeniles.

Por luengos años las Maltos estuvieron derramando las avenidas de sus caridades en el enorme caserón, manteniendo a su costa a todas las pupilas. Primero murió doña Petra, después, muy

tarde, doña Ana Luisa. El acto de su enterramiento — que obra en los libros de la Parroquia del Sagrario— dice que, el 7 de diciembre de 1810, dieron sepultura en el camposanto de la Capilla del Rosario, a doña Luisa Maltos, india soltera. Fallecidas estas caritativas señoras, la amplia vivienda y la huerta pasaron a poder de la Ciudad. Por los reveses de la independencia y la mala administración, llegó a mucha rotura el edificio. De hogar que fue para descarriadas, le convirtieron en cárcel y fábrica de tormentos. El redomado bellaco advenedizo aquel que fue Vicente Romero y que hizo su próspero agostillo como gobernador del Estado, cuando finaban los veintes del siglo de ayer, mandó dar en la casa de las Maltos un banco de palos a sus enemigos políticos, hasta saltarles el alma. Por mucho tiempo, para sempiterna difamia, perduraron —al decir de Muro— en paredes y pisos grandes manchas de sangre, testimoniando las alevnes occisiones.

Con esto, la ruinosa hosquedad del caserón infundía medror en los transeúntes. Apartábanse de sus banquetas, nadie lo quiso tomar en arriendo y con el descuido desbaratáronse sus paredes. Como ya no era más que ruinas mostrencas las tasajearon y de su área inhabitada sacaron muchos lotes y calles. Originalmente abarcaba la susodicha casa, con su hacienda de beneficiar plata y tenería, una descomunal manzana delimitada por las hoy calles de Reforma, Julián de los Reyes, Damián Carmona y Alvaro Obregón. Esta última, en sus cinco primeras cuadras, de la Plaza a la Corriente, fue conocida en el Viejo San Luis, desde el tiempo de don Juan hasta 1915, como la Calle de Maltos.



CALLEJON DEL MUERTO

Al lado norte del "Panteón del Montecillo" se tendía este pedazo de callejón, delimitado por este cementerio y una troje vieja. Todo lo destruyó el ferrocarril.

EL CALLEJON DEL MUERTO

Como aquel taimado viejo carlanguento no había otro en toda la ciudad. Los olía, por más lejos que estuvieran. Y no se perdía uno. Nada remilgoso, había puesto de lado las preferencias. De arriba, de en medio o de abajo, le importaba poco. Eran, eso le bastaba, y como saeta se clavaba en ellos. Ya dentro, conseguía fácil acomodo haciéndose útil, necesario, indispensable.

Así vivía. O mejor, de eso vivía. Habiendo siempre a mano una casa ajena, hospitalaria y cómoda, no tenía necesidad de una, sino de muebles; de sustento, menos, como que allí se hartaba y aún hacía acopio para cualquier famélica eventualidad; y de vestido, mucho menos, porque de cuando en cuando o apañaba algo, si nada le ofrecían, o hacía méritos para que lo premiaran, muy agradecidos, con cualquier ropa en desuso.

Era feliz. Sin sudar ni gota, lo tenía todo: casa, vestido, sustento y bebida. Porque ya se sabe: no hay muerto sin velorio ni velorio sin bebida. Y si las penas con pan son buenas, las amargas penas fúnebres se almibaran y engullen fácilmente con el vino y lo que después de él se viene. Las aguas licorosas tienen esa virtud, lo que es grato, lo agigantan, y lo que no lo es, lo vuelven nada.

El viejo aquel, como muy consumado en esos luctuosos menesteres, tenía sus sabias mañas. No se metía así nomás en el velorio. Se arrimaba, primero, a las puertas a amaitinar el panorama, a mirar quien entraba y quien salía; sin prontos, con tantito que escuchaba aquí y otro tantito que indagaba allá, fabricaba aquel conjunto de conocimientos requeridos para entrar, como quien entra a su casa y se codea entre amigos. Si el fenecido era de la alta,

ya con todos los santos y señas desplegados en la memoria, se allegaba a los principales deudos con una timidez que parecía de veras, con un aire de profunda pena que se veía muy cierto, y entre pujos y suspiros entregaba sus respetuosas condolencias, recordando que el finado lo había querido tanto, lo había protegido mucho, lo había amparado y consolado en sus desventuras. Luego escogía, con muy estudiada discreción, un lugar dónde no estorbar y donde, simultáneamente, fueran advertidos sus reprimidos y fingidos llantos. Después, se iba arrimando a la cocina, al café con piquete, a las bebidas; en seguida, ya en confianza, iba y venía por toda la casa con diligente solicitud haciendo mandados. A su tiempo, se iba, bien comido, bien bebido y bien socorrido.

Si el difunto era de la baja, el negocio se volvía más fácil. Previa las averiguaciones de rigor, se hacía pasar como compadre o como viejo amigo de la infancia o de infortunio. Allí se desenvolvía con seguro aplomo, sugería las rondas de café, las cantidades de chinguere por servir, advertía lo que hacía falta. Si los dolientes estaban muy atareados por la pena y no atinaban una, él se ofrecía o se encaramaba a tomar las riendas de la casa y a componerlo todo.

Esto le daba más derechos a la cena o al almuerzo o a la comida o a un recuerdo del finado o a pasar en la casa enlutada los días siguientes, consolando a los tristes y viviendo a sus expensas. Pero devengaba la manutención. En ausencia de los padrinos, coronaba a la criatura, si se trataba de un "angelito", o echaba el primer puño de tierra si no estaban los compadres, o entonaba las alabanzas, de las que tenía inagotable repertorio, o dirigía los rezos, o recogía la sombra al final del novenario póstumo.

Con tantos años en estas cosas, conocía todas las reglas exequiales. Era una enciclopedia funeraria bípeda. Tenía su clientela, que en veces lo procuraba. Los hermanos de Las Benditas Animas, muy solícitos y cumplidores en la devoción de ayudar a bien morir, de amortajar y de enterrar a los que carecían de parientes y familia, de darles la caja, la misa y los responsos, eran sus clientes más asiduos. Por este quehacer no cobraba nada. Se conformaba con

un jarro de café con mucho espíritu, a fin de soportar él solo la desvelada con el muerto, y con la cena y el almuerzo.

Unos calvatruenos, conociendo la maña del viejo éste, de zanganear de velorio en velorio comiendo y bebiendo, urdieron darle un escarmiento para que le sirviera de ejemplaridad. Uno de ellos se haría pasar por un despreocupado forastero, conocido y amigo de los demás que, a su paso por aquí, tuvo la nada apetecible suerte de rendir la vida lejos de los suyos.

Sin nadie en esta ciudad que le diera enterramiento, ellos muy compasivamente, se lo darían. Y el velorio, que sería en una apartada callejuela, extra muros, colindante con el panteón de El Montecillo.

Tan sola y tan dejada se encontraba esa callejuela, que no había nada por ahí, únicamente una troje vieja que nunca habitó nadie y las espeluznantes bardas, cacarizas y ensalitradas, del cementerio. En esa troje se tendería el fingido muerto y, en lo mejor de la noche, se levantaría, prorrumpiendo en ademanes y palabras feas, para asustar al viejo, y con una ferocidad y bríos suficientes como para hacer que se le apeara el alma.

Todo bien concertado, aquellos hombres sin juicio fueron a ver al viejo. Le explicaron la falsa desgracia y le rogaron muy ahincadamente que les hiciera a ellos y al fingido muerto la caridad de velarlo. Únicamente serían unas horas, de la media noche al clarear el día; y para evitarle mortificaciones, lo llevarían en carretela al lugar del velorio.

Prosiguiendo el escarmiento, antes de la media noche recogieron al viejo en la Plazuela de San Juan de Dios y lo llevaron a la deshabitada troje, donde le presentaron al falso muerto, que allí estaba, a media pieza con las cuatro velas de rigor por toda luz; le encarecieron el cuidado del amigo, lo proveyeron de la bebida necesaria para superar la soledad, lo dejaron con el seudofinado y se alejaron, para esconderse en la noche, a la espera de los frutos de la perversa lección.

Rodó el tiempo, y nada. Ni gritos de espanto, ni carreras despavoridas. Ni ruidos siquiera. “Se durmió aquél”, pensaron. Y siguieron en espera, hasta que ellos también cayeron en el sueño. Pasó la noche, y fueron las primeras claridades las que los sacaron a la memoria. Despertaron pesarosos por no haber gozado el espectáculo, y decidieron regresar a la troje donde, de seguro, estarían el viejo zángano con el alma en los pies.

Encontraron todo tal cual, a la luz modorra de las candelas, el viejo acurrucado en un rincón, adormilado, en el centro la caja, medio abierta, con el yacente más tranquilo, más descolorido y más frío de como lo dejaron.

Un temor vago, informe, les pellizcó el alma, retacándolos de sobresalto. Se les fue el gozo. Olvidaron la picardía. Con impulsos de tullido acercáronse al féretro. Despertó el viejo.

— Buenos días les dé Dios, ¿ya volvieron?, bostezó.

— ¿Nuestro amigo?, susurró uno.

— Allí está. . . Como que se están acabando las velas.

Las mechas carbonizadas, una a una, resbalaban flojerasas en los charcos de cera. Mientras, renacía el silencio y se hinchaba la oscuridad.

De veras que lo querían — pensó el viejo —. Se ven muy tristes.

Lúgubres certidumbres, que no presentimientos, aplastaban a los sobresaltados. Desfallecían por saber lo sucedido y tenían miedo de saberlo.

¿Nuestro amigo? — repitieron al rato — ¿Qué pasó con nuestro amigo?

—Lo que pasa con algunos. Ha de haber muerto de empacho o ya tenía mucho de difunto, y los gases los levantan. A veces me sucede, pero ya sé lo que se hace, con un candelerazo en la nuca se vuelven a tender. . . Y si escupen sangre, es mejor.

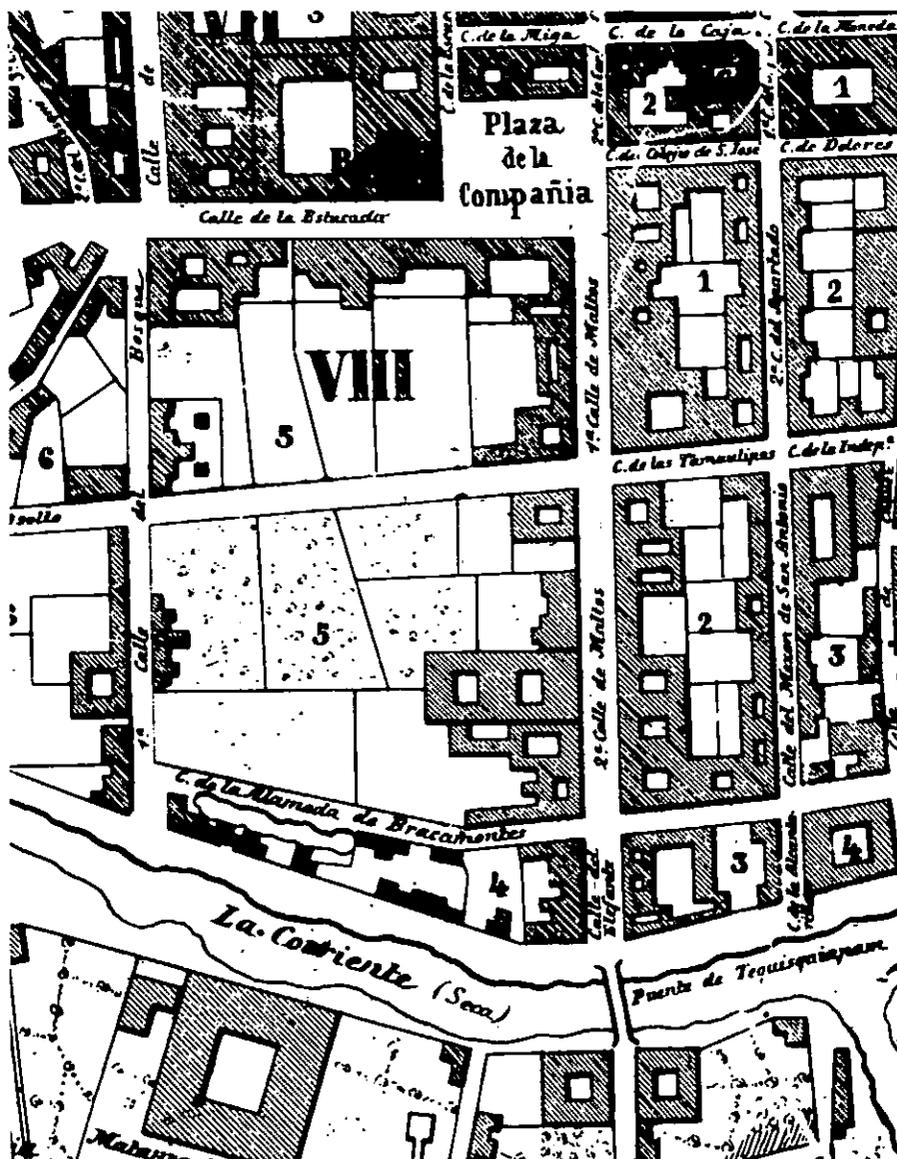
Desde entonces esa abandonada callejuela, en la que nunca nadie había fallecido, porque nunca nadie había vivido en ella, la llamaron “Callejón del Muerto”.

Corría al lado norte del antiguo cementerio de la ciudad, empezando en una esquina y concluyendo en la otra. Todavía en el plano de San Luis que el sargento del ejército francés J. B. Laurent levantó en 1864, y que don Florencio Cabrera alegaba que era vil plagio del suyo, se ve, aislada, solitaria, lejana, la dicha troje.

El ferrocarril acabó con ella, con el cementerio y con el callejón.



Un circo de finales del siglo XIX desfila frente al Cuartel de "La Estacada". En primer plano se ven los rieles del tranvía de mulas. Como tenía un contrafuerte que partía en tres porciones el paramento de la fachada, se puede ver en una de las puertas del contrafuerte el letrero "Comandancia" y soldados en las azoteas admirando el desfile.



CALLE DE LA ESTACADA

Contiguo a la sacristía de la hoy Parroquia del Sagrario o de "La Compañía", estuvo el "Cuartel de La Estacada". No se abrieron aun las calles de Alvaro Obregón ni la de Arista.

LA CALLE DE LA ESTACADA

En el supuesto plano del Nuevo Real de Minas de San Luis que delineó su primer alcalde don Juan de Oñate, simplemente no existía. En la banda poniente de las dos primeras cuadras de la actual Avenida de Damián Carmona se ayuntaban los lindes de la huerta de Gonzalo Patiño y los de un solar pardo, llano y limpio de árboles, que había sido de los franciscanos. En éste, cuando era un monte breñoso, había asentado fray Diego, en el remoto año de 1588, a los cuachichiles nómadas, hécholes una ermita de vahareque — donde ahora es el patio grande de la Universidad — y dádole a ese parvo y desbaratado aduar el nombre de San Luis. De ahí a poco, andados unos cuantos años, traspuesta la fundación de la ciudad y removidos los cuachichiles y tlaxcaltecos a sus sitios definitivos, los frailes franciscos dejaron este solar bajo y lodoso a los recién llegados padres ignacianos. De este modo el Colegio de La Compañía vino a quedar entre la huerta del mentado Patiño y la de Juan de Andrada, inmundada y estrecha callejuela de por medio. La cual “no se avenía con la vecindad de un monasterio y de las escuelas a él anexas”, por lo que los rectores del Colegio hicieron cuanto pudieron por ataparla. Como de facto, aunque no — como era de ley en aquellos tiempos — sin algunas contradicciones. Mas para ello hicieron un trueque: al oriente cogieron para sí la indeseada calleja y al poniente recogieron los límites de su fábrica para darle el ser a una nueva calle, la actual de Damián Carmona, conocida en aquellos remotos ayeres como “Calle Real de Santiago” o “Camino de Santiago”.

A esa calle la triscaban innúmeras gentes. Todas las que tomaban en sus pies los caminos para Mexquitic, Ahualulco, Zacatecas, Las Charcas y demás poblaciones del Norte. Ni era muy larga.

Empezaba al canto de la iglesia de La Compañía; en seguida se metía entre los carcaveros y terrosos terrenos de las haciendas de beneficio para morir luego; en pasando La Corriente, hasta Santiago, todo eran palmas y mezquites socarrados por la terca lumbre del sol.

Al par que se formaba la Calle Real de Santiago, se alzaban la iglesia de La Compañía, el Colegio, el patrimonio de éste, más tarde la capilla de Loreto y las casas del lado frontero. Entre el patrimonio se contaban algunas casas, ciertas capellanías y, sobre todo, la opulenta hacienda de La Parada que prosperaba y abastaba las cátedras, pues siempre le corrió buena dicha. Como en esta amplia heredad había copia de ganado, los reverendos jesuitas, a poco de haberla adquirido en 1623, abrieron por el lado de la Calle Real de Santiago una matanza en la que los pobres y los padres tenían su agostillo con el expendio de carne todos los días, safando los viernes, que eran de abstinencia. Como esta matanza caía atrás de la iglesia y Colegio, sin mucho devanar los pensamientos se colige que todo ella se entendía por donde hoy se irgue la Biblioteca de la Universidad con parte del edificio trasero y de la segunda calle Arista.

Esta negociante y allegadora matanza perduró cosa de siglo y medio, poco menos, desde recién aquistado el susodicho fundo ganadero hasta el negro año de 1767 en que, sin género de medida y comedimiento, por torvas causas que se guardó en su fosco y real pecho Don Carlos III, los beneméritos jesuitas, de virtudes tan bien cuarteladas, sobre todo en el fatigoso arte de desasnar y adoctrinar mancebos, fueron echados de sus iglesias y colegios y patria. Fue cuando los alaraqüentos y sanguinosos "Tumultos" que el afierado Visitador Gálvez aplacó blandiendo terribles castigos de horca, degüello, destierro y ciertos edictos conminativos. Sólo así envainó sus iras.

Con esto, dicho está, quedaron desiertos y abandonados el Colegio, las dos iglesias y la matanza, en la que se fue añadiendo desmedro a desmedro, más que en las otras fincas. Al pie de algu-

nos años, la Junta de Adjudicaciones, que se dio ancho placer repartiendo a manos llenas las temporalidades de los jesuitas, adjudicó la ruinosa matanza a la Intendencia de San Luis Potosí y ésta la convirtió en cuartel. Lo demás, lo partió en solares que puso en venta. Uno de ellos, al norte de la dicha matanza y pegado a ella, lo compró el Teniente Coronel de Dragones Don Pedro Arista. En él sacó de cimientos una casa habitación; misma que recibió a su hijo Mariano cuando, en 1802, entró a este valle que tantas penas y glorias le habría de dar: una vida trabajosa, la Presidencia de la República (1851-1853), destierros y el irremediable fin a bordo del vapor inglés "Tagus", cuando iba a reparar quebrantos corporales, de Sevilla a Francia, en 1855.

Muy derrubada ya la dicha matanza la ocuparon como cuartel de las fuerzas virreinales. Por 1814 se llamaba Cuartel de Provinciales o Cuartel de Dragones, tanto monta. El hecho es que servía para aposentamiento de la soldadesca y era una de las plazas fuertes de la ciudad. Para hacerla más fuerte aún, a los primeros rugidos de la independencia, mientras el Intendente Don Manuel Jacinto de Acevedo, boquiflojo, pusilánime y gotoso incurable se metía al Hospital de San Juan de Dios a reparar sus perennes alifafes con emplastos, clisterios y ciertos elixires confortativos y medicamentos, el Comandante Don Toribio Cortina hacía aprestos para el caso (¡Dios nos tengal) de que la llamarada insurrecta flameara por acá.

Uno de esos aprestos, allende de los que aparte tomó Calleja, como los de arrestar a ciertos sospechosos, como el de degollar a Fray Antonio de Otahegui, como el de "suicidar" al Padre Vargas, amén de otras menudencias, fue el de rodear de estacas toda la calle testera del dicho Cuartel. De fijo, para aquella fatídica noche del 10 de noviembre de 1810, ya estaban enclavadas allí las tales estacas, según consta por la deposición verbal que hizo don Benito Campero en la causa que, por infidencia, les substanciaron a José Esparza y a su hijo adoptivo Diego.

Atestó como puntual testigo el supranominado Campero:

Que la tarde de ese día (las víspera de que Villerías y socios hicieran armas contra el gobierno virreinal), yendo el que habla para su huerta, se encontró hacia el zapote con don José Esparza y su hijo Diego; que luego que se saludaron, trabaron conversación, y se fueron ya los tres reunidos para su huerta; que allí le dijo Esparza que fuesen a ver el cerco o *estacada* que había hecho don Toribio; que, en efecto, fueron los tres a la ver; que estando dentro della trataron de con los pasos medirla, y entraron en discusión de qué número de gentes cabrían, pues aseguraba Esparza que tres mil, y el deponente que más. Acabada esta conversación, se salieron; y ya viniéndose, le dijo Esparza que se decía que aquella estacada se había hecho para encerrar criollos; que de allí se volvieron a la huerta, de donde como a las horas de la noche se salieron, y ya viniéndose le dijo Esparza: "Mañana es el día del Patrocinio". . . . ; y habiendo andado como veinte pasos le repitió lo mismo, añadiéndole que era el día grande. . . .

Queda, pues, con cartel de bien averiguada verdad, que hubo allí, hecha, y muy bien hecha, por Don Toribio Cortina, Comandante de la plaza, una cerca o estacada, de cierto grandor en su amplitud como que podrían caber dentro de ella "tres mil gentes o más". Muro niega la existencia de la tal estacada, pero no hay que hacerle caso. En éste, y en otros muchos asuntos de su *Historia de San Luis Potosí*, como no era investigador ni hurgó con sabia minuciosidad sino que escribió copiando, resbaló en hartos y grandes desatinos.

A la hora de la verdad, que no tardó ni tantito así en llegar, el memorado cerco o estacada sirvió para maldita la cosa, porque no allí sino enfrente de la casa del Comandante Cortina — donde estuvo el horroroso Cine Othón — fueron las bregas y enojos. Los insurrectos, habiéndose apoderado del Cuartel de Artillería — donde se encontraba, por Madero, la Tesorería del Estado —, con arrabiada furia y ardimiento empezaron a dar batalla al dicho Comandante, y no cesaron en sus hostilidades y estragos hasta tener a Don Toribio, rojeados rostro y pecho con su sangre, en sus perinquinas manos.

De modo que la estacada resultó inútil. Pero siguió allí,

frente al Cuartel. Y más valía que no hubiera seguido o que los insurgentes la hubieran hecho brasas, como que a poco andar sirvió de filosa arma para un sangriento sucedido.

A la que nominaban Bernabea le bullía en los pechos una como llama desasosegada que la despeñaba sin freno en todo género de liviandades. No era de aquí. Le dio la luz en Bocas. Allí, desde niña, daba cara a todos los pelandrines de la contorna. Y como sus favores pasaban la raya y llegaban a lo vedado, un día, sin más, encontróse de repente en muy cabal y visible estado de buena esperanza. Notáronlo los padres, pasáronlo a los oídos del rectísimo administrador de la hacienda Don Juan Nepomuceno Oviedo, y éste, sin muchos atareos, dio presto con el autor de lo que Bernabea llevaba en cierne. En pago y trueco lo hizo que tomara estado con ella. La mujer, y más teniendo junto a sí quien la gobernara muy de veras, quedó escarmentada, muy señora de sus pasiones, muy apegada a su marido y no volvió a ser causa de malhablares.

En eso llegó el bando de Calleja, quien tenía en muy mucho a "El Amo Oviedo", instándole para que lo valiera con gente armada a fin de hacer frente a la insurrección. No se lo dijo a tonto ni a sordo sino a quien más ganas tenía, como que ya desde antes su padrino, el célebre Doctor Cos, le había dado la voz de alerta. Hernández y Dávalos publicó la epístola. "El Amo Oviedo" acudió de los primeros a la formación del ejército de Calleja con ciento ochenta de sus criados, los celebérrimos cuanto bravos "Tamarindos", por la color de la gamuza de su atuendo. Y entre ellos iba el esposo de la Bernabea.

Los "Tamarindos", con "El Amo" a la cabeza, fueron la flor y nata del ejército realista. Con ímpetu y braveza, muy alzadas las crestas y los bríos, hicieron gala de los filos y aceros de su valor en Aculco; en la reconquista de Guanajuato, donde las pringosas chusmas de Hidalgo "les echaron harta vara y mucha flecha" y donde Calleja hizo especial mención honorífica del Teniente Coronel Oviedo y de sus "Tamarindos"; en el Puente de Calderón, donde, según el parte del mismo Calleja "el elogio del honor, valor y

pericia de los jefes y oficiales, lo hace la misma acción"; en la toma de Zitácuaro y en el memorable Sitio de Cuautla. Allí encontraron el fin de su hazañoso guerrear, al cabo de tanto buscarle la cara a la muerte, "El Amo" Oviedo, cuatro capitanes y once oficiales de los "Tamarindos", uno de ellos el marido de la Bernabea.

Con la triste nueva de que su cónyuge había rendido la vida en el Sitio de Cuautla, todo el ánimo se le amustió a la Bernabea. Como que se le trabucó el juicio, como que lo arrastraba entre nieblas. Dióse de lleno a vagar por entre las calles de la hacienda; después alongó sus pasos y ya no hacía otra cosa más que recorrer los montes. Traía la vista divagada, con un mirar plomizo y melancólico sin curarse de nada, ni de las piedras filosas, ni de los breñosos matojos, ni de las víboras. Fiados en su demencia, los zarzales le hincaban con zaña la dolorosa agudeza de sus pinchos bravísimos. Y ella, que antes vestía tan arreada, acabó con las vestes y las carnes laceradas.

Una curandera del vecino Valle Umbroso la amparó y la cogió por su cuenta. Dictaminó que el corrimiento de los humores por el fatal acaecimiento le había carcomido el seso y la había hecho resbalar a aquella apasible locura. Para recoger esos humores y volverlos a su punto, le suministró constantes jarabes confortativos y tlalchichinole, de hojasén, de suelda, de orejuela de ratón, de romero, de tabardillo, de manzanilla y de mala mujer; para purificarle la sangre, la hacía beber julepes imbebibles, de esos que llaman cordiales, a base de estafiate, aguas de rosa, de limón y de canela, de las de nueve infusiones al sereno y con pringuitas de hierba sin raíz; le aplicaba por todas partes continuas ventosas; la santiguaba de seguido con la vela de Nostramo y la asperjaba con sangre tibia de chuparrosa a fin de desbaratar las malas sombras que le anublaban el entendimiento; le plantaba ardientes cataplasmas de boñiga tanto en la nunca como en la frente para templarle las humedades flemáticas y se le asentara el juicio. En fin, la bruja apuró toda su sapiencia para enderezarle el sentido. Y aunque —dice, y dice bien— una fable vieja que "mujeres atrevidas, quitan las vidas", esta vieja no se la quitó a la Bernabea, al contra-

rio, de allí a poco se vio que ya comía, que ya no le daba por vagu-
ear entre lo breñoso, que ya hablaba en razón, que había recupera-
do todas las potencias, que ya no tenía tanto sus lánguidos ojos a
donde decían que estaba Cuautla.

Las incesantes correrías y los largos ayunos habían dejado a
Bernabea con el cuerpo tan lleno de cicatrices como vacío de car-
nes. Era un puro esqueleto erguido y lanzal. Con bebedizos sustan-
ciales y platos nutritivos, todo en una subsiguiente operación, la
vieja curandera le repuso las prístinas formas y la color.

Si el áspero tratamiento le disolvió las malas natas que le tra-
bucaron la razón, le desató, en cambio, las adormidas pasiones de
la muchachez. No se supo si por uno de los remedios o por otro o
por todos juntos, el caso es que la llama aquella tornó a flamear en
su ánima con renovado y brioso desasiego. Dióse de nueva cuenta a
disolutas disipaciones y hubo, por sus damnables bureos escandalo-
sos, de perder la tierra. Se vino a San Luis.

Le atraían los milites. Buscó dares y tomares con los inter-
nos del Cuartel de Dragones Provinciales, como les decían, aunque
no eran tales, sino de las nuevas milicias creadas por Calleja cuan-
do, con los auténticos Dragones provinciales, los Fieles del Potosí y
los "Tamarindos" (entre los que iba el marido de Bernabea), se fue
a mover guerra contra los insurgentes. Se ve que en las más soterra-
das telillas de su ánima y sin el juicio del todo acabalado, la infeliz
mujer procuraba en los milites vivos a su "Tamarindo" muerto.

Bernabea tuvo amistades placenteras con uno y con otro y
con otros, con muchos. Pero no faltó quien se le aficionara de pie.
Este la quiso para él, sólo para él con frenesí goloso. No consentía
socios. También a él le parpadeó el entendimiento, hasta que
quedó en lo oscuro por la pasión. Hubo entre él y ella, por las
irrefrenadas generosidades de la mujer, inacabables contradic-
ciones rijosas, mamporros y amenazas. Mas no por eso se aplacó la
Bernabea. Seguía en sus malas andanzas, y con los propios milites
del mismo Cuartel.

Por fuerza hubo de llegar el día en que al burlado amante ya no le pareció conveniente ni necesario tolerar tantas y tan constantes infidelidades que tan cruel batería le daban. Por lo que determinó acabar con ellas o, si no se enmendaba, con ella. Y así se lo hizo saber. Mas esta prohibición tan conminativa sólo fue añadir llama a llama y deseo en el ardiente cuerpo de Bernabea. Más todavía, tomó la amenaza a fisga. Con lo que los rencores del hombre se afieraron en demasía.

Esa noche, todo él corajoso y encendido, se dio a espiar los pasos de Bernabea. A hurto se escapó del Cuartel de Dragones y se apostó cerca de la casuchilla donde vivía su coima, al otro lado de La Corriente, por la misma Calle Real de Santiago. Oyó tocar las ánimas. Las campanadas lo cogieron aparejando el daño que le tenía destinado a Bernabea. Un daño tal, no a látigo ni a belduque, ni a simple mamporro o a pedrea; un daño tal que, a la par que le sirviera de castigo y ejemplaridad a la loca esa, le sosegara definitivamente sus adementadas ansias vindicativas a él. Acabó de pasar la última campanada y prosiguió aguardando a que saliera Bernabea.

A boca noche apareció ella. Muy segura y confiada en el embozo de lo oscuro, enrumbó sus pasos hacia el cuartel. La Calle Real de Santiago estaba tan llena de tinieblas como vacía de ruidos. Por ventura el rozar de algún rucio o el ladrido desvalagado de algún perro. Sin darse cata de la seguía, Bernabea cruzó La Corriente; más acá, con andar cauteloso, se allegó al Cuartel. Ya cerca, lanzó un silbido, que era como el santo y seña, al que contestó el de guardia, en forma de contraseña, como diciéndole que sí, que el campo estaba franco, que se arrimara, que no había ninguno afuera.

La Bernabea se aproximó al de guardia y los dos cortaron placentemente las correas que sofrenaban las pasiones que hervían en sus pechos.

Según estaban, no se dieron cuenta ni de como sí ni de como

no. El caso es que el otro, después de tantear despacio las cosas, con táticos y atentados pasos, les saltó encima embestiadamente y los derribó a los dos. De caídos, al uno, con una patada burreña, le enajenó el sentido; a la otra, que era el motivo de sus furentes enojos, como traía en sí desatada la razón y esto le ciendoblaba las fuerzas, sin darle tregua para un grito, un quejido o un simple suspiro, la acogotó hasta exprimirle toda la vida. Luego, tal como lo había lucubrado para dar cabal cumplimiento a su ira y al castigo, cargó a la mujer, la levantó tan alto como pudo y la clavó en una de las estacas, en una de las más chaparras, más filosas y más próximas al Cuartel.

Dios amaneciendo encontraron a Bernabea plácidamente acuclillada, envuelta con recato en su rebozo, con el cuerpo atravesado por la estaca.

De la mala muerte de Bernabea retomó nombre esta calle. De entonces para acá la apellidaron "La Calle de La Estacada", como también al Cuartel, cuyo nombre pasó a ser "Cuartel de La Estacada".

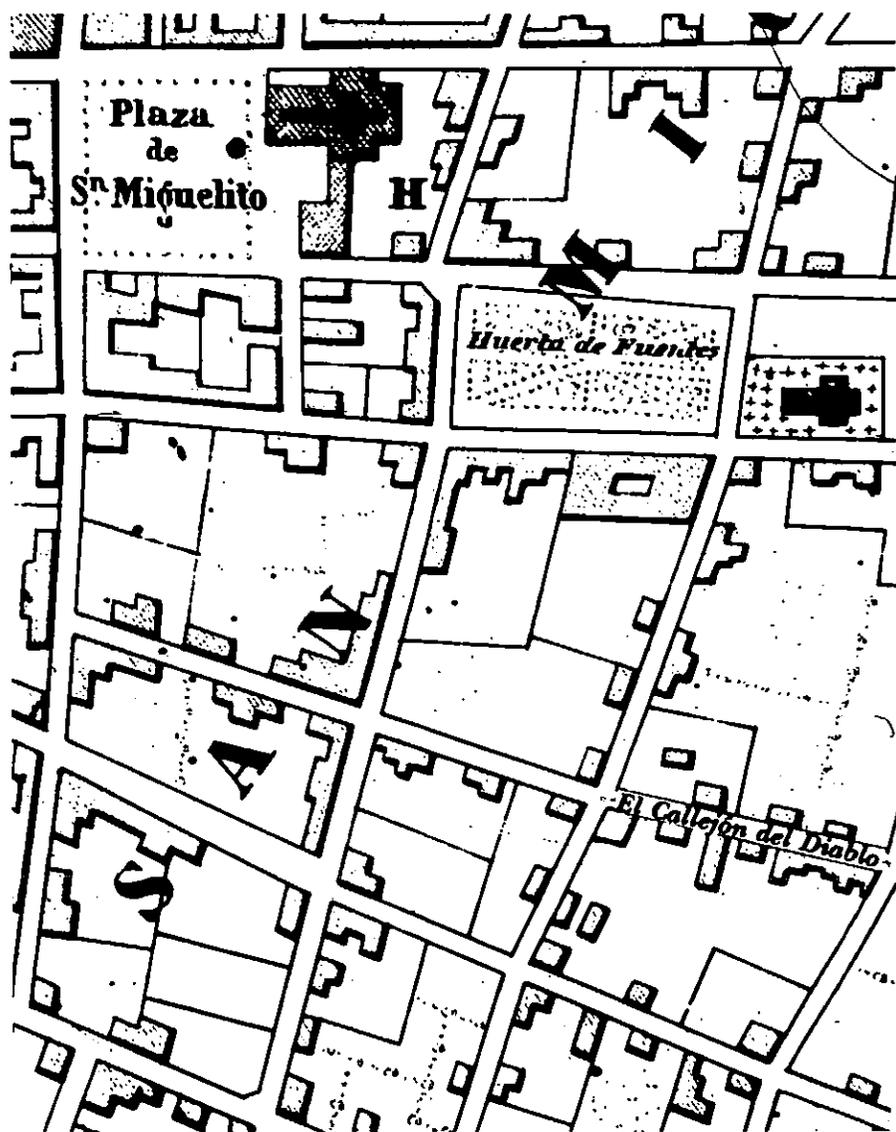
Demediando el siglo, cuando aquellas cruentas sanfrancias entre los dos credos, toda la patria era campo de guerra, los generales Vidaurri, que venía del Norte, y Miramón, que salió de México a recibirlo, tuvieron un memorable reencuentro en Ahualulco, el 29 de septiembre de 1858. Miramón le infligió a Vidaurri tan colosal derrota, que alas les faltaron a los liberales en los pies para correr. "A las cuatro de la tarde pasaron a todo escape por La Parada como cuatro mil dispersos entre los que iba el gobernador de Guanajuato Sr. Francisco Verduzco, Evaristo Madero, Ignacio Zaragoza. . . y mi humilde persona", escribió don Francisco Gamarra en su *Historia contemporánea de San Luis Potosí*, inédita. Para memorar tal hecho, el victorioso general determinó convertir la Calle de La Estacada en monumento de tamaño triunfo, y así, el 11 de octubre dio el decreto respectivo, ordenando se rectificase, ampliase y se le impusiera el glorioso nombre de Ahualulco.

La dicha calle, hasta entonces, de "Real" sólo tenía el nombre. Como una simple calleja, estrecha, torcida y polvosa, empezaba en la Plazuela de La Compañía; a poco andar, pasado el Cuartel, la estrechaba más la informe mole de "El Mesón del Refugio", natural aposentamiento de todos los que entraban a San Luis por ese rumbo. Más allá de La Corriente, que era donde caían los límites de la ciudad y de la calle, todo no era mas que un camino sin gracia ninguna.

Se derrumbó el Mesón. Su dueño, Don Hilario Delgado, removió cielo y tierra para impedirlo. No pudo. Después levantó una grito terca reclamando las perlas de la Virgen como indemnización. Exigía, nada menos, que cien mil pesos, y de aquéllos, en rigurosa compensación. Muy tarde, caídos ya como veinte años, al cabo de ir y venir entre justicias, alcanzó la mísera retribución de veinte pesos por todo.

Los liberales, que en Ahualulco tuvieron que soportar una de las más negras afrentas, ya gananciosos no podían consentir recuerdo tan ingrato. Durante las dictaduras juarista y porfirista, le echaron encima el insincero y vacío nombre de "La Libertad". "Avenida de la Libertad", así le pusieron. Pero la costumbre era terca. Cuartel y calle siguieron siendo de "La Estacada"; y éste siguió al cobijo de tal nombre hasta su demolición, en 1923, cuando el doctor Juan H. Sánchez dio con él por tierra para levantar en su lugar el edificio de la Biblioteca de la Universidad.

Por las mismas fechas, el capricho convenenciero de la facción en turno, escogió otro nombre para esta antigua rúa. En vez del nombre de una matada le impusieron el nombre de un matón. Pero este arbitrario bautizo no prosperó. El pueblo, cuando a ella le ponía en su boca, hacía referencia o de la Calle de La Estacada o de la Avenida Libertad, rara vez de la calle de Maclovio Herrera. Hoy se llama de Damián Carmona, el Cuauhtémoc cuachichil que dejó el ombligo en el rancho de San Marcos, pertenencia de San Miguel de Mexquitic Tepetipacque, San Luis Potosí, que no en un inencontrado lugar sino en el Sitio de Querétaro, sacó a relucir la impavidez indígena.



CALLEJON DEL DIABLO

A dos cuadras al poniente de la "Plaza de San Miguelito" y con su inicio en la hoy de Miguel Barragán, se tendía "El Callejón del Diablo", hoy de Zamarripa. Un siglo antes, en los tiempos de Fray Joaquín de Bocanegra, ni linderos tenía.

EL CALLEJON DEL DIABLO

Para la ingenua y religiosa alma indígena, un mitote, una conmemoración, un acaecimiento de cierto pro, resonaba hueco, fofo, insípido, si dentro y fuera de él no había, y copiosamente, funciones de iglesia, perorando, con muy pulida retórica gerundiana, los mejores picos de oro del Viejo San Luis, tranquidazos de cohetes, maromear de campanas, ostentativas procesiones, con flamantes pendones, estandartes, hachas y candelas, chinguiritos, brebajes y toda clase de tragonía vernácula. Por eso, apenas tomó forma el pueblo o república de San Miguel, San Francisquito y la Santísima Trinidad — hoy San Miguelito, sin ningún otro aditivo — sus habitantes, los tarascos y tlaxcaltecas, compelieron a los frailes franciscos, sus doctrineros, para que les erigiesen una cofradía. No querían, ni podían ser menos que los españoles, los guachichiles, los otros traxcaltecas y que los mismos negros, que ya tenían su piadosa asociación de “Los Morenos”.

De este modo, en 1631, gobernando la Mitra de Valladolid don fray Francisco de Rivera, y con su episcopal venia, se fundó en el citado barrio, aliñada con estatutos propios, la Venerable Cofradía de la Santísima Trinidad, a quien estaba dedicada una párvula ermita, la primera que allí se levantó, en la actual calle de Vallejo, antes de llegar al jardín; ermita de la que no se conserva ni memoria.

Desde entonces, al arrimo y devoción de la Santísima Trinidad, los naturales del nominado pueblo organizaron su vida religiosa y social. Artesanos, y muy buenos, llenos de habilidades indecibles, diestrísimos en majar el oro y la plata, que por eso los trajeron, y en escoplear madera y en taracearla y embarnizarla; y en

moldear toda clase de vasijas, eran los tarascos; no se quedaban nada atrás los tlaxcaltecas, también ellos habilidosísimos obradores en las diversas menestralías. Unos y otros, a fuer de cristianos viejos que eran, urdían muy rumbosas fiestas y ceremonias en su ermita, y pronto las celebraciones de la Santísima Trinidad, del flamífero Arcángel San Miguel y del Seráfico Padre San Francisco alcanzaron alto predicamento en el santoral del Viejo San Luis.

Por los conmedios del XVIII, un siglo después, ya estaban matriculados en el "Libro Bezerro" de la Cofradía muchas de las gentes de viso de la ciudad, de los pueblos circunvecinos y aún de otros lejanos; y tenía ella en legítima propiedad, amén de algunas casuchillas para rentar a familias de pocos o ningunos posibles, bastantes cabezas de ganado grande y chico y uno que otro capitulito a censo redimible. La prístina ermita había caído, por primitiva y por pobre, en desuso, y los franciscanos habían levantado otra, más capaz, en el ángulo sureste de la escampada plazuela, casa a la actual iglesia, con un precioso retablo "sobredorado, con dos cuerpos y medio, y en él un nicho en que está la imagen de la Santísima Trinidad" y muy abastecida de paramentos, vasos, ropa y platería. Todo a expensas de los cofrades trinitarios, cuyos propietarios eran.

Por entonces llegó al Viejo San Luis el Reverendo Padre Fray Joaquín de Bocanegra "ex-Definidor de la Santa Provincia de Zacatecas y Cura Ministro por su Magestad (que Dios guarde) de la Doctrina del Convento de N.S.P.S. Francisco", a derramar sus apostólicos sudores en la supradicha república de la Santísima Trinidad. Tomó muy a pecho su comisión y dióse con fogoso celo a poner muy en alto pueblo y capilla y cofradía.

El afamado fray José de Arlegui, a quien debe San Luis las primeras amplias informaciones históricas conocidas, interpoladas por aquí y por allá en su "Crónica de la Provincia de N.S.P.S. Francisco de Zacatecas", y la construcción de la capilla de Nuestra Señora de los Remedios — hoy del Sagrado Corazón —, puso además las primeras piedras del actual templo de San Miguelito. Este

benemérito fraile vistió también las ropas de los cofrades de la Santísima Trinidad. En la nómina de los hermanos, una apostilla a su nombre asienta que fue “especial bienhechor de la obra, quien la comenzó siendo cura Su Paternidad Muy Reverenda” o sea, por 1725 y 1728.

Años andados, fray Joaquín de Bocanegra continuó la fábrica, cuando pusieron en sus manos, como ya lo dije antes, el pueblo de San Miguelito, pero, más que todo, afanóse en la reorganización de la Cofradía de la Santísima Trinidad y en la depuración del culto. Lo cual fue como provocar al diablo.

De luengos años era Mayordomo de la fábrica material de la nueva iglesia y Hermano Mayor o Tenanche de la susodicha Cofradía, Juan Macario, indio tarasco, y gobernador o cacique muchas veces del pueblo. Este mentado Juan Macario era muy bien quisto por sus íntegros y eficaces procederes y mostróse siempre muy actuoso y capaz en sus cometidos políticos y religiosos; por sus incontenibles diligencias había perenne orden y sosiego en la república, y en lo tocante a la Cofradía, las casuchillas de la misma lucían muy repintadas y sin deterioro ninguno, el ganado crecía y los capitales a censo aumentaban, el nuevo templo tendía sus bóvedas y todo iba tan bien, que mejor no podía ir.

Pero el dicho Juan Macario, por cuidar lo ajeno descuidó lo propio. Sus muchos y variados quehaceres de tenanche, cuidando el culto y devociones, de mayordomo, atendiendo la construcción, y de cacique, velando por el bien público, sisaban la atención que reclamaba su hacienda: una milpa en las tierras comunales que, por la incuria de su dueño, se transformó en un secadal requemado por el largo asoleo, y varias cabezas de ganado que acabaron por volverse nada. Al consentirse inopinadamente en quiebra, acudió muy de tapadillo a los prestamistas de huarache, que lo acabaron de hacer más pobre todavía. Entonces, constreñido por la implacable necesidad, empezó a meter la mano en las arcas de la Cofradía y a disponer de los ganados de la misma. Más aún, volteando la espalda a sus añejas y católicas costumbres, se enredó en bureos alegres y travesuras amorosas.

En los suburbiales del barrio, que entonces no estaban muy lejos, a dos calles de la actual plazuela de San Miguelito, del lado de donde se mete el sol, había una calleja, pegada por un extremo a la corriente de San Miguelito y por el otro, sin ninguna salida, que no es otra que la actual calle de Zamarripa, cuyo principio estaba —en aquellos lejanos ayerés— en la hoy llamada de Miguel Barragán, sin que tuviera puerta a otro rumbo, porque, a la altura de la hoy calle de Fernando Rosas, la obstruían milpas y solares.

En ese ombroso callejón, flanqueado por pequeñas huertas, corrales y puertas falsas, con unas cuantas casuchas escayagadas a todo su largor, sentó sus reales cierta brava y loquesca mujer. Traía muy negra ejecutoria. A su tiempo, la habían corrido de otros barrios, del de Santiago, del de Tlaxcala, del de Tequisquiapan. En su aposentamiento se ejecutaban cosas que no se pueden escribir, además de que se enfoscaban allí las malas pasiones. La hembra ésta, como fiel servidora del demonio y de la carne, cometía nefarias acciones en perjuicio del prójimo, practicando la astrolatría, la nigromancia o geomancia y las cerradas artes divinatorias, haciendo por encargo de malquerientes o resentidos, eficaces salaciones y ojos que no admitían curabilidad ninguna. Con esta perniciosa fémica se amigó Juan Macario.

Esa parte del barrio, de suyo tan recoleta y pacífica era la más a propósito para cualquier saturnal. Siempre sola, siempre intransitada. Diríase que por allí jamás pasó el ruido. Más, poco a poco, se empezó a saber que la dicha dama vendía remedios para cualquier mal o apuración, que adivinaba, que echaba suertes; otra cosa, que algunos mozos apeligrados, de esos que nunca faltan, habían hecho allí su abrigadero, porque la mentada mujer además de infernales remedios, vendía amores.

No faltó quien pusiera en los oídos de Juan Macario los desórdenes que se ejecutaban en el domicilio de la ninfa aquella. A él, como a primer republicano, le competía hacer una inquisición sobre los desmanes que allí había y acordar las provincias relativas. En esto era, siempre había sido, muy celoso y estricto guardián del

orden público; y a las pecadrices, sobre todo, las acosaba con indesviable y furioso denuedo.

Fue, entró de rondón y encontró suficientes causas para condenar a la mujer. No pudo aprehender a un mozo con el que solazaba, porque éste huyó veloz saltando las tapias, pero encontró muchos cuerpos de delito: monos de trapo pespunteados con espigas de nopal, numerosas pelotas de cabello, plumas y picos de búhos, cueros de víbora, polvos de todos colores, brebajes amarguísimos, jarros que despedían pestíferas tufaradas y muchísimos hechizos más. Con semejantes pruebas a la vista, Juan Macario dio por presa a la mujer y la llevó a la cárcel del pueblo para entregarla luego al Capitán de la terrible Acordada, por idólatra, bruja y hechicera.

En la sonochada, viéndose en las apretadas estrecheces de la mazmorra, la cautiva pidió hablar con Juan Macario. Acudió el cacique. Con sus endiantradas mañas, aplicóse la brava mujer a ablandar el rigor y la voluntad de su captor; con muy persuasivas razones le fue enmollecendo el ánimo, derrengando sus buenos principios, aficionándolo a ella, ganándoselo. Hasta que lo hizo del todo suyo. Muy de madrugada, Juan Macario, perdida ya su libertad, le devolvió a ella la que le había quitado la noche antes. Así como juntos habían llegado el antedía, juntos salieron y juntos volvieron a los aposentos del ombrajoso callejón. Dicho está que Juan Macario ya era otro. Abandonó sus altos quehaceres, a su mujer y a sus hijos y sus prácticas religiosas y políticas. Y todo por aquella comadre de Belcebú. Ya se sabe, porque lo asienta un dicho decidero muy antiguo: el que de santo resbala, hasta demonio no para.

En el punto y hora en que fray Joaquín de Bocanegra toma posesión de la doctrina de la Santísima Trinidad y en que Juan Macario se había unido en punible e ilícito ayuntamiento con aquella fierabrás, esplendía el barroco en San Luis. Era el siglo de las más altas construcciones y de las más repompeadas ceremonias, por lo que el franciscano doctrinero dióse a engrandecer la Cofradía y a concluir la fábrica. Aquella estaba muy despachurra-

da por las malas andanzas de Macario; ésta llevaba tiempo sin que se le pusiera un ladrillo encima. Tan santos propósitos fueron causa de muy sonadas altercaciones y disensiones que sacudieron toda la plebanía.

La cosa empezó al llegar a los oídos de fray Joaquín los tristes y pecaminosos desavíos de Juan Macario. La noticia la acarrió la legítima esposa, con impacientes ansias y los pechos temblorantes de rencores. Y más le dijo, impelida por su dignidad contusa y herida, que su cristiano, de tiempo atrás, disponía a sus anchas de los dineros de la Cofradía y de los ganados de la misma, que por eso estaba parada la fábrica, de modo que el nombre y la honra de Juan Macario quedaron en muy mal predicamento en los ánimos del fraile.

Llamólo éste, y el otro no acudió; buscólo con paternal solicitud, y aquel se escondió; cuando, finalmente, pudo dar con él, reconvínolo con amor, exhortólo por las sacratísimas llagas de Cristo y de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, a desandar el mal camino que llevaba y a tornar a su católico sendero, y el tarasco le respondió con heréticos y blasfemos denuestos; entonces el misionero le exigió los libros becerros de la fábrica y Cofradía, y el otro, rebufante de ira, barbotó insolentes denuestos y amenazas. A los gritos salió la coima, muy algarera y rijosa, peor de belisona. A uno y otro, sin nada de hiel en la lengua, amonestólos con mucha benignidad el padre Bocanegra, pero en vano; y así regresó a su doctrina con el pecho embutido de amargura.

No faltó quien se diera cuenta de lo anterior y llevara la noticia a los mayordomos y a los republicanos del pueblo. Saberlo y llenárseles las entrañas de incontenible ira, fue todo uno. Profiriendo palabras mal sonantes, retumbantes votoacristos y con palos y piedras en las manos, acudieron en masa a hacerse justicia por sí mismos. Mal la hubieran pasado Juan Macario y la hechicera de no haber intervenido a tiempo el Padre Bocanegra, poniéndolos de paz.

La bruja, entonces, con tamaño peligro encima, porque los republicanos querían que el alcalde mayor de San Luis don Julián Corsanigo les substanciara la causa, al uno, por ladrón y abusivo; a la otra, por hechicera o jorquiña, idólatra y curandera; y a los dos, por adúlteros, apeló a su compadre Belcebú. Esa misma noche celebró un saturnal: sacrificó, en honor de Lucifer, un gallo prieto, y con los entresijos y sangre del animal, bien molidos y revueltos con un sinfín de hierbas maléficas, embarró de alto a bajo una imagen de San Miguel, para coparle sus arcangelicales poderes; manufacturó un mono de trapo, al que vistió de fraile, lo clavó con mil espigas a un nopal, donde hacían cruz las pencas, para quebrarle la voluntad y ánimos al padre Bocanegra; quemó palma bendita remojada en vinagre, haciendo satánicos exconjuros a las espesas humaredas que emanaba la cremación; finalmente, hizo un revolvimiento de cal, cisco, ceniza y otros polvos y con ellos, alrededor de la iglesia y de las Casas Reales del barrio, en el suelo y en las paredes, dibujó trece signos cabalísticos de los más apeligrados. Asegurada la protección de todas las potencias del infierno, la geomántica y Macario volvieron a sus pecaminosos divertimientos.

Sólo que no era fray Joaquín de Bocanegra a quien había cogido para sí la ira, sino a los republicanos y mayordomos; traían éstos los pechos rebutidos de crepitantes llamas vindicativas; en sus bocas hervían los juramentos, los porvidas, los votoacristos y los pesiatales más espantosos; hartaban su destemplada ira con retumbantes denuestos y maldiciones. Tanto le creció el enojo, que brincó la raya de la cordura y, después de una briosa sesión en las susodichas Casas Reales del barrio, se fueron, incontenibles, al aposento de la bruja para tomar cumplida justicia por su propia mano.

En tumultuaria y belfona asociación llegaron a la casa de aquélla. Con furibunda pedrea sobre la puerta, batiéndola rudamente con los palos, a la vez que profiriendo ofensivos pésetes y malsonancias, anunciaron su llegada. Como no les abrieran, redoblaron los golpes sobre la retrancada puerta y, a gritos y desafueros, juraron convertirla en pavesa. Al algarero alboroto respondieron los perros de adentro con rabiosos ladridos, replicando los

de afuera con porvidas tremendos, de muy resonante consistencia, y maldiciones espantosas. Finalmente, al ver que no salía nadie, cargando entre muchos una enorme piedra berroqueña se lanzaron como ariete contra la bien cerrada puerta.

No alcanzaron a tocarla. En el fondo del callejón retumbó la tierra, apareció de súbito una gruesa polvareda, resonó un relincho estridentísimo y volaron porción de piedras por los aires; un ruido horrísono, como de mil potros salvajes desbocados, se les vino encima, envuelto en una apretada nube de polvo que colmaba la calleja; de entre el polvo saltaban rayos y truenos, cuyas crepitan-tes chispas alumbraban con rojizo resplandor las azogadas caras de los asaltantes, las derrubiasdas tapias, los mezquites y magueyes; y, al mismo tiempo, esparcía un mefítico olor a azufre que tajaba el resuello y anublaba los entendimientos, de tan fuerte e irrespirable. Toda aquella polvareda, todo aquel ruido, todo aquel retumbante cimbramiento de tierra, toda aquella explosión de luz, toda aquella endiantrada alharaca, todo a la vez, provenía de un raudo caballo de descomunal alzada, como de percherón gigante, que, a rienda suelta, recorría todo lo largo del callejón; embistió rabioso a los hombres y los desperdigó con la sola arremetida. Todo en un santiamén.

La bestia, como apareció, desapareció. Quedaron por el suelo, yertos, unos, sin respiro y sin el ejercicio de los sentidos; acalambrados, otros, en un grito, revolcándose de dolores; otros más expeliendo dientes entre toses, pujidos, doloridos válesmes y bocanadas de sangre, a punto de fenecer; y todos, por la intempestiva acometida, hechos una pura alheña con el esqueleto desconcertado y las carnes tumefactas.

A ninguno, cuando estuvieron en condiciones de pensar, le cupo la menor duda de que aquello fue cosa del demonio. Así se lo dijeron a fray Joaquín. Con esto se le embutió más el pecho de amargura. Desde entonces, durante varios días, todo desvaído por amor de aquellas almas en el seno de la perdición, el buen fraile se dio por entero a muy afincadas plegarias, a ayunos inacabables y a

rigurosas penitencias, añadiendo dureza a dureza, sobrepasando lo llevadero.

En el barrio, mientras tanto, arraigaba más y más la convicción de que el callejón estaba endemoniado. En las noches, desde la oscurecida hasta la amanecida, el descomunal caballo hacía sus horrendas apariciones, oyéndose hasta muy lejos el desenfrenado galopeo. Con tan pavorosa fama, ni los mozos goliardos, por más que anduvieran a sus once vicios, osaban arrimarse por ahí. La jorquiña perdió clientela, y de ahí poco desapareció también ella. Sólo quedaba el diablo, que proseguía haciendo sus apariciones en forma de caballo corriendo a carrera tendida. Era cuando el callejón, de solito tan vacío y tan solo, se llenaba de polvosas nubes, de crujientes lumbraradas, de azufrosos olores y de ruidos de cascos cuyas resonancias se quedaban por largo rato pendoleando en el aire.

A fray Joaquín le despachurraban el corazón esas cosas. Las conocía de oídas, jamás pudo verlas. Día tras día, en la sonochada, o al demediar la oscuridad, o en la madrugada, se allegaba con el pecho colmado de cuitas al malfamado callejón y, o ya habían pasado o todavía no sucedían o sucedían después de haberse retirado él.

En una de tantas, alcanzó a divisar de lejos los rojizos resplandores que coloreaban las polvorosas nubes y aún alcanzó a percibir el cozcoquejo galopeante y los estrepitosos ecos. Corrió al callejón. Sólo quedaban las pestíferas emanaciones azufrosas, pero nada de diablo convertido en caballo. Luego, sin que se sosegara aún la tolvanera ni se desvanecieran los olores, paso a pasito, con el alma toda recogida a su interior, musitando exorcismos con mucha devoción y acato tomó en los pies el camino al manchoso aposentamiento de la bruja que le embebió el seso a Juan Macario y lo postró en tan vituperable descreimiento religioso.

Allí, al par de la puerta, todo él ardido de fe, redobló sus preces por las dos ánimas embutidas en la perdición. Discurrió así,

solo, muy solo en el silente callejón, por grande rato. Hasta que un quejido, un lamento a somormujo, un debilísimo grito lo vino a sacar de su embaimiento. Le pareció oír la voz del tenanche desviado. No necesitó forzar puertas ni brincar tapias, porque franca estaba la entrada de la casa desierta y oscura.

A tientas y a palpas, tomando como norte la proveniencia de aquellos desmedrados lamentos, fray Joaquín dio con el ostugo donde yacía el doliente. A la pálida claror de las estrellas, pudo ver a Juan Macario tendido en el suelo vil, con un gran desbarato del estómago que rompió en sangre, presa temblorante de arraibiadas tercianas, desecadas las carnes, en una desmayez finítima a la muerte y sin nadie que lo valiera en tan apurado trance.

Fray Joaquín comprendió que Juan Macario no podría pasar adelante con semejante carga. De la alquitara de su seráfico corazón transvenó en el agonizante toda la caridad curativa que le fue posible. Discurrió lo demás de la noche a la cabecera de Juan Macario, aparejándola el alma para el trance final que se veía inevitable. El tenanche a veces se hundía en desmedros tales, que parecía que en ese punto se le iba la vida; fatigosamente salía de ellos, pero solo para verse acosado por legiones de diablos que le tundían embestiadamente alma y cuerpo; relampagueaban sus vidriosos ojos, bañados de pavor; barbotaba espumarajos y desconciertos ininteligibles; de vez en vez hacía su aparición el infernal caballo, que se revolvió en el cuarto, sobre el muriente, moliéndolo a coces. Más de una de éstas le tocó a fray Joaquín, que en tamaña apuración blandía exorcismos y santiguos.

Al clarear el día se vio al fraile salir de aquella casa, abrigadero que fue de rufos y maleantes y fábrica de aijos y salaciones, cabizbajo y fatigado, suelto el hábito desceñido, halando con su cordón franciscano, al que iba atado el caballo percherón causa de tantos miedos. La bestia, antes tan fiera, desbocada y briosa, lo seguía mansamente, con la testuz humillada. Se vio a fray Joaquín, seguido por el animal, enrumbar sus pasos, a través de los solares,

hacia los retirados y saxosos campos, orillados de mezquites y pirules del lado de los Charcos de Santa Ana.

A poco volvió, solo, a paso cancano, todo él enclaustrado en su mundo interior, al socucho donde yacía Juan Macario esperando su fin en un sosiego inalterado, rehecho a la fe, desalmenada su alma de orgullos y pecaminosas intenciones. Redimido de las brujerías, no ansiaba más que salir de este mundo pecador, purificado y fortificado con la recepción de Nostramo.

Fray Joaquín aprovechó este singular y terrífico acaecimiento para proponerlo a la plebanía del barrio como escarmiento y ejemplaridad. Ni qué decir que en todos los pechos arraigó más la fe, y en muchos en quienes había caído en desmedro, renació con ardorosos bríos. El sobrenatural sucedido difluyó por todo el Viejo San Luis y arrastró a las gentes, lo mismo principales que pecheros, a matricularse en la Cofradía de la Santísima Trinidad que, por lo mismo, ensanchó su fama y quedó muy opinada. Fray Joaquín la rehizo entonces.

Todo ello consta en un precioso y antiguo volumen, de muy lindo frontispicio con marco acuarelado policromo, de fina y elegante caligrafía y que se conserva en el archivo de la parroquia de San Miguelito. Dice él:

Libro Bezerro en que se han de poner los Decretos que acordare la Vene. Messa de esta Santa Cofradía de la SSma. Trinidad y assí mismo de las elecciones de OficiOs para su gobierno. Comienza este presente año de M.DCC.XL.VIII (1748), en que se resucitó dicha Cofradía y se agregó a la M. Ille. Archicofradía del mismo Título de la Ciudad y Corte de México, a la solicitud del R.P. Fr. Joachín de Bocanegra. Ex-Definidor de la Sta. Prova. de Zacatecas y Cura Ministro por su Magd. (Dios le guarde) de la Doctrina del Convto. de N.S.P.S. Franco. de esta Ciudad de San Luis Potosí, como más latamente consta de los instrumentos que obtiene y guarda dicha Santa Cofradía.

En este libro vemos que, a raíz de los acontecimientos de suceso, acudió la gente de alcuña muy hermanada con los naturales del

barrio, a inscribirse en la Cofradía. Allí está, como Primiserio, el párroco de la ciudad don Antonio Cardoso; como Guardián el bachiller don José Francisco Alvarez Castellón; como cofrades, nada menos que el M.R.P. Provincial fray Antonio Rizo, fray José de Arlegui, el afamado cronista, don José de Erreparaz, capitán de infantería y síndico general del convento de San Francisco, don Joaquín de Otahegui, don Manuel Iriguez del Vayo, hijo de don Bernardo, alcalde mayor que fue, doña Ana, de la opulenta familia Maldonado Zapata; muchos de fuera, entre los cuales don José Rincón Gallardo, Mayorazgo de la Ciénega de Mata; todos en amorosa convivencia con los indígenas Juan de Santiago, rector mandatario; José Joaquín, diputado ayudante; Juan Bautista, vaquero; y con las oficiales mujeres, tenanche hermana mayor María de la Concepción; Agueda María ayudante de la tenanche mayor, y otras más.

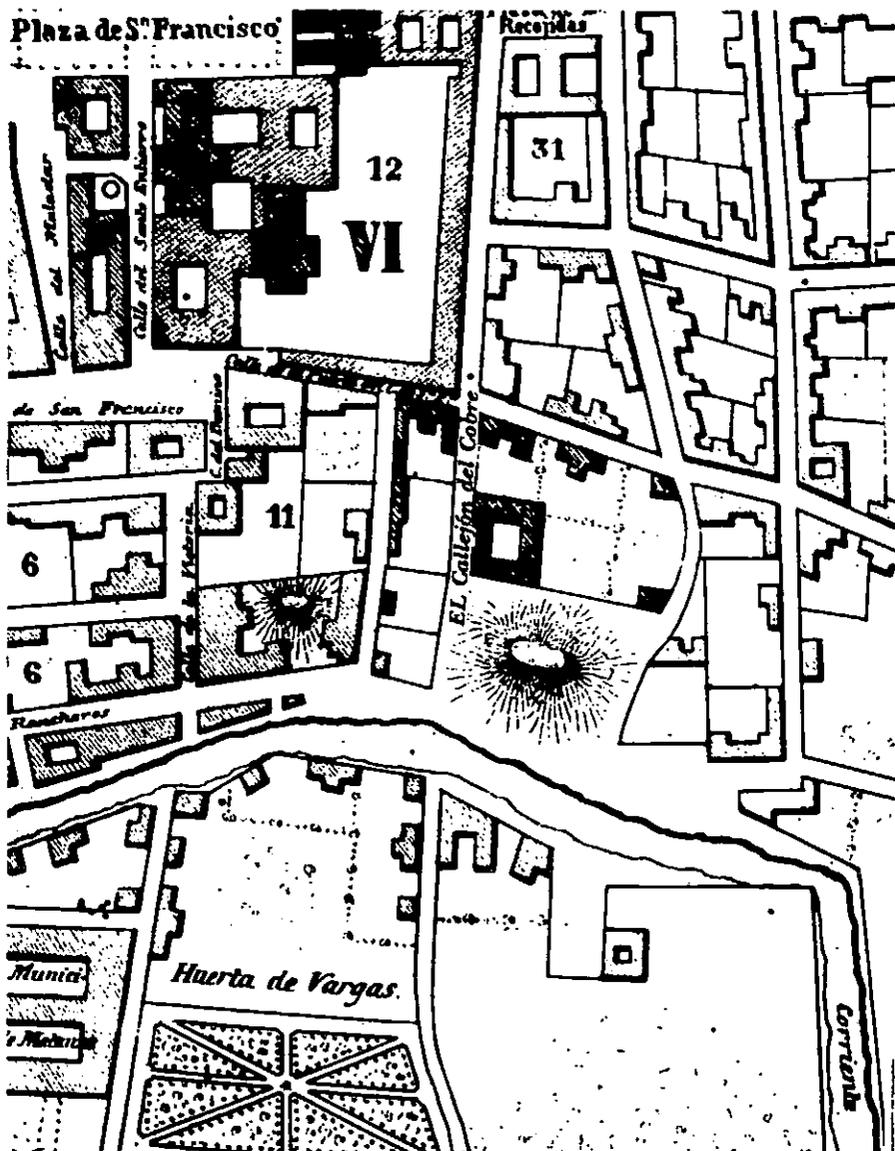
Y, para el caso (Dios nos guarde) de que se repitiere el triste suceso de Juan Macario y para evitar que se viere en el mismo abandono cuando más necesitado se es de pronta ayuda y socorro, dictó fray Joaquín muy atinadas providencias, como éstas:

Item, se ordena y manda que cuando alguno de nuestros hermanos enfermarse, lo visiten; y si estuviere a punto de muerte, tengan obligación los mayordomos de dar hermanos que lo velen, y los dichos hermanos que obedezcan, so pena de dos pesos para la cera de dicha Cofradía; que en su entierro lo acompañen todos los hermanos, los cuales lleven candelas de cera encendidas de la Cofradía. . .

Por el celo de fray Joaquín, los fondos que malrotó Juan Macario cuando era hermano tenanche mayor encargado de la fábrica del templo, se repusieron con diligencia. En 1747, a poco del fenecimiento de éste, se estaba "haciendo iglesia muy buena de bóveda", la cual vino a quedar concluida por mayo de 1752, con sus retablos de madera sobredorada.

Y desde que se le dio tierra a Juan Macario, se estableció como ley el que salieran los cofrades rezando el rosario "por las calles de este pueblo la noche del aniversario (o fiesta) por los hermanos difuntos. . ."

El Callejón del Diablo, denominación que subsistió oficialmente hasta 1915, no es otro que la primera cuadra de la actual calle de Fernando Zamarripa — el sacerdote insurgente oriundo de Soledad de los Ranchos, a quien le llegó la muerte en la mazmorras de San Juan de Ulúa—, teatro de los desdorosos embrujos, de las locas carreras del diablo convertido en caballo y del mal acabar de Juan Macario, el hermano tenanche mayor de la Cofradía de la Santísima Trinidad, que noramala sacó sus pasos del buen camino.



CALLEJON DEL COBRE

Entre la Zanja o Corriente — Reforma — e Independencia, y Comonfort y Rayón, estuvo La Casa del Cobre, que dio nombre al callejón. En el plano se ve una reliquia de los muchos graseros que se formaron por todo el poniente y norte de la ciudad, a la vera de la Zanja en aquellos remotos ayeres.

EL CALLEJON DEL COBRE

Nada lo ilustraba al infeliz. Desbaratado, yermo y polvoso, requemado siempre por los diturnos asoleos, cubierto de jales y cascotes, lo limitaban por los flancos dos largos tapiales cacarizos. Hacia la mitad de éste, se tambaleaba una vetusta vecindad toda reducida a lo postrero; y en la de aquél, la fornida Casa del Cobre, siempre sola. Una y otra, provistas de sendos portones de quijo, señalaban el único par de construcciones que en todo su largor había.

Nunca lo transitaba nadie. Si acaso, la paupérrima familia que cuidaba la ruinosa vecindad y el guarda de la Casa del Cobre, que muy temprano salía huyendo de tamaña soledad. De un lado, y a la cuadra apenas de la puerta falsa del convento de San Francisco — hoy Plazuela de Aranzazú —, estaban los andurriales del Viejo San Luis; del otro, la desolada y arenosa Corriente — hoy calle de Reforma —, orillada de nopales y magueyes entecos, celaba los límites de la Villa de Tequisquiapan.

De no haber sido por la Casa del Cobre, ni apelativo tendría. Fue por ésta, y no por ella misma, por lo que el vulgo decidó le puso a esa tripa de tierra estuchada por los tapiales susodichos "El Callejón del Cobre".

Desde que la mentada calle, en ignoradas fechas, apareció en el concierto de las rúas del Viejo San Luis, por yerma y orillera la repudiaron todos. Esa tierra parda y reseca en lejanos tiempos solo sirvió para que tiraran los jales de las vecinas haciendas de beneficio que la limitaban. Ni siquiera la rotunda y resinosa armazón de los árboles piruleros o los matojos la alegraban. Sólo largatijas y alimañas triscaban a su placer entre las insoladas carcavinas y escoriales. Por eso, cuando la Casa de la Moneda precisó de una fundi-

ción para las cuartillas y reales del cobre, se pusieron los ojos en este olvidado lugar, a fin de que las mefíticas emanaciones del dicho metal no apodrecieran los purísimos y claros aires de la ciudad. Así nació la Casa del Cobre.

Le daban el ser a la tal Casa unos amplios galerones y unos anchurosos patios y corrales. Después, muy después, abandonada la fundación, únicamente sirvió de bodega para almacenar las máquinas viejas, los telebrejcs, los carretones, la mulada y la leña de la Casa de Moneda. Extinguida ésta, la carcomió golosamente un abandono total sin estorbo ninguno. Por 1903 el jefe de la zona militar, viéndola cómo caía de menos en menos, tramitó ante la Secretaría de Guerra la adaptación de esta vieja y preterida fábrica a fin de convertirla en cuartel. De este modo se transformó en el "Cuartel del Cobre", como se dio en decirsele, y en su amplio recinto se coló el algarero 22o. Batallón.

Pero esto fue ya muy acá. Hacia los conmedios del siglo XIX, en los guerrosos años sesentas, el Callejón del Cobre, por solitario y feo, no era más que un marginado paraje riesgoso que instaba con urgentes ansias a la comisión de cualquier fechoría.

Y así fue. Llegado de no se sabe dónde — al menos yo no lo sé —, con apetitosa cantidad de oro en sus faltriqueras, se aposentó en el Viejo San Luis don José María Tenorio, peninsular de nación. A fuer del negociante allegador y echando peso sobre peso, ora por aquí ora por allá amacizó su fortuna sobre los rudos cimientos de las muchas casas y casillas que adquirió. Puestas en arriendo, le producían mes por mes bien saneadas renterías que le agrandaban su caudal y le alegraban sus ocios.

Era este don José María un sujeto frisado en los setenta años o más y poseedor legítimo de un carácter repleto de extremosas intransigencias para el cobro de sus rentillas. Como no tenía qué hacer, encaminaba todos sus desempeños dando cara cotidiana a los inquilinos para recabar con pertinaz puntualidad las rentas. Ignoraba las esperas apacenciadas. Sólo cuando le caían en la mano los redituales contantes y sonantes, envainaba esas urgencias.

Este acoso en los cobros y con ansias tan desatadas no sólo fue causa de la hosca malquerencia de sus inquilinos y de que intercambiase de continuo con ellos frases de pesadumbre y roncadas maldiciones, sino también fue causa de su propia perdición.

Esos meses de los años de la Encarnación del Señor de 1868 y 69 fueron meses de tristura y de congoja. Se vieron cosas nunca vistas jamás. Si las ebriedades, los ilícitos enredos, las rapiñas ratorneras y uno que otro rifirrafe, sin mayores, se solían ver; si las occisiones a mano aleve, los robos de cuantía, los asaltos en despoblado, se daban; más aún, si hasta las invasiones de los indios bárbaros acaecían, ese crimen manchoso, vituperable y nefando que se llamaba "plagio", no se conocía. Nunca aquí, en el viejo y recoleto San Luis, lo había sufrido nadie; ni a nadie, por bellaco, salaz y de ánima perversa que fuera, se le había ocurrido ejecutarlo.

Cierto es, y de ello hay descripción muy puntualizada, que aquel nefario perdonavidas temerón que respondía muy galano al alias de "El Amito Andrés" raptó al bueno de don Julián de los Reyes; pero el tal ni era de aquí ni se consumó el delito — urdido por Verástegui y socios del Directorio de Río Verde —, ya que como el gobernador se resistiera, le arrebataron la vida al empezar la sanguinosa acción; y desde eso habían corrido más de tres lustros cabales; cierto, igualmente, que dos pares de años antes, en 1864, unos malandrines secuestraron a don Francisco Molleda, pero tal sucedido acaeció en la lejana Hacienda de Charcas. El magnicidio aquél se había desleído ya en la memoria de los viejos potosinos y únicamente lo memoraba una columnilla en las proximidades de la Caja del Agua y lo del señor Molleda pasó casi desapercibido.

En cambio, en esos años de 1868 y 1869 (su Divinísima Majestad los borre), se vio lo no visto en jamás de los jamases. Y no una, ni dos; tres veces al hilo. En julio del 68, don José María Sousa, un señor médico, tan lleno de medida y comedimiento, con el falaz señuelo de una consulta casera, fue plagiado al precio de ciertos dineros y alhajas. En febrero del susodicho 69, el acaudalado minero del Real de San Matías de Pinos, Zac., don Ignacio

Machuca por la misma nefaria arte fue traído a esta ciudad, y sólo le desataron los nudos que lo amarraban en una huerta de Santiago del Río cuando su propio hijo fincó en las manos de los bergantes los tres mil pesos demandados. El 10 de septiembre siguiente le tocó en mala hora pasar a don José María Tenorio, muy contra su rechinoso placer, debajo de tan condenable y lacrimosa aflicción.

“En comunidad, no muestres tu habilidad”, dice una sabia parla popular. Don José María, tan exigente como era en sus cobros, nunca dio oídos a esta sesuda monición. Dejó holgar a los ojos de todos su condición tan acelerada y extremosa para recaudar sus rentas, sin permitir ni un mínimo lugarcico para la conmiseración, y sobre todo, se sabía que nadaba en los dineros. Así dio pie para la consumación del plagio.

Conocedorés de que don José María se las pelaba por cobrar puntualmente, sobre tan firme base los malhechores fabricaron el delito. Ese dicho día 10 del mes de septiembre de 1869, a la hora consueta, porque hasta en eso era inmutable don José María, acudió a recoger la rentilla de los inquilinos de una de sus casas, de la que caía atrás de Catedral, en la hoy calle de Morelos y en aquel entonces “de la Sacristía”.

Con los prontos de siempre, llegó a esa casa. Iba a dar los fuertes aldabazos en la recia puerta de mezquite, cuando un fulano, que como por mera casualidad estaba en el quicio de la puerta, le tapó el movimiento diciéndole que no se molestara, que desde hacía días la casa era sola, sin ánima que la calentara. Don José María lo interrogó sobre de dónde sacaba ese conocimiento y si era fámulo o qué. Respondióle acomendidamente el otro que no, que la hacía de zapatero remendón; que le había echado suelas a los de la sirvienta; que estaba allí para cobrarle, pero que ésta le había dicho que, como mudaron de domicilio y el nuevo estaba en la Calle del Cobre, ella se adelantaría y ellá le aguardaría para finiquitar la cuestión. Y por eso él estaba allí, haciendo tiempo; que la sirvienta se acababa de ir.

Oír tal el señor Tenorio, arrabiarse y lanzar al viento raudales de malsonancias, fue uno. El otro, como si cabalgara en ancas de la misma indignación, hízole segunda, y también él echó lo suyo. Cuando lo vio a punto, entre venablos y culebras contra los deudores mañosos, lo invitó a ir al Callejón del Cobre a reclamar cada quien lo que le ataña. El español, con rechinosas estridencias y sin darse cata del mal que le tenía aparejado, contestó sin más afirmativamente.

Con estar tan alcanzado de años, en tantito así dieron los dos con el solitario Callejón del Cobre, como que el anónimo zapatero que tan en gusto le cayó y con el cual firmó tan impetuosa amistad, lo llevó por todo el filo del jadeo, a fin de desmedrarle las fuerzas y la resistencia y ponerlo en suerte para la faena que le tenían preparada. De modo que, cuando alcanzaron el portón de la vecindad, ni alientos tuvo para impedir, desapercibido y exhausto como iba, que en menos de nada unos forzudos brazos le sellaron fuertemente la boca con un paliacate, que le cubrieran la cabeza con un costal y que le levantaran en vilo y le arrinconaran en el piso de un trotón carricoche.

Con su carga a buen recaudo, tundiéndole a puntapiés las costillas cada vez que se meneaba más de lo consentido, los maleantes hicieron la escapada por La Corriente. Atravesaron las calles Reales de Santiago y de Tlaxcala, bordearon el Cementerio del Montecillo, pasaron por enfrente de la antigua Garita de Tampico y se adentraron en las polvosas y desoladas calles del dicho Barrio, hasta llegar a la huerta, ya entonces en abandono, del médico don Joaquín López Hermosa. Don José María, en el ínter, todo emblanquecido, con la ceñida boca seca y árida, con la sangre en los zancajos, vibrándole de medror la escolaneta, se veía finísimo a la muerte, y más con aquellos vaivenes y coces, en el piso del carro.

Tan descaecido como estaba el adinerado español, ni trabajo les dio cuando lo ocultaron en las hondas penumbrosidades de un pozo seco. Allí abajo quedó el probrecito hecho un ovilla, sufriendo su malafortuna y sin un mísero jorongo para hacer cara a

las pestilentes humedades y a los fríos. Arriba se instaló la vieja, de guardiana, presta a descerrajarle adobes enteros al primer grito de socorro.

Como no fuera en la mañana, para cobrar sus rentas, o antes de la sonochada, para ir del brazo de su cónyuge a la casa de algún ibero, don José María no ponía el pie en la calle. Al mediodía, cuando ya había cobrado los rendimientos, paraba siempre en el bien abastado comercio del español don Baltasar Mayor de la Parra, a departir con las gentes de su tierra y a saborear un vaso de buen vino. Pero, muy puntual, tan puntual como para el cobro de las rentas, a la hora marcada tomaba en sus pies el regreso al hogar.

Y sucedió que ese infausto día 10 de septiembre no volvió. Empezó a caer el tiempo, y cuanto más caía, más se adentraba la señora Tenorio en una angustia medrosa por la inusitada dilación de don José María. Cuando la demora sobrepasó lo conveniente, la señora, el alma apretada con dolor inmenso, salió a buscarlo. Por primera providencia, fue a donde el señor Mayor de la Parra a vaciar sus cuitas y temores.

No hubo necesidad de largas alegaciones. Don Baltasar, frente al recuerdo de los dos plagios recientes, dio por cierto lo conjeturable: don José María, en ese punto y hora, a no dudarlo, se encontraba en manos de gente hampesca y salteadora, que no lo tornarían vivo sino a cambio de una o unas taleguillas de onzas de oro.

La señora, con los ojos llenos de asombro, oía las cornudas lucubraciones de don Baltasar. Diólas por averiguadas. Lluvióle tupida angustia en el alma, y sin tiempo ni alientos para decir "¡Jesús!", cayó en desmayo. De nada valieron los asperjes alcohólicos y las sales aromáticas para sacarla de esa sofocación de nervios. Fue menester llamar a un médico de pulso, el cual, con éteres y vinagrillos medicamentosos, la subió de nuevo al ser; pero sólo para resbalar otra y otras veces en repetidos y estruendosos "Ayes", "Vá-

lesmes" y ciertos hoguños que con sus locos vaivenes la arrimaban a las puertas de la muerte.

Con esta inopinada alharaca tormentosa, por fuerza se dieron cuenta la clientela y la plebanía de la desaparición del señor Tenorio. Hizo escapada la noticia y en un guiño corrió por todo lo ancho del Viejo San Luis. Se dio de lado a las demás parlerías y sólo ésta cabalgaba a sus anchas en todas las lenguas, embutiendo los pechos de temores, haciendo saltar encorajinados malhayas y esparidos válgames y salpimentando las pláticas con fantásticas especulaciones de medror y de infamia. Y más cuando, la noche encima de ese día 10, no se vislumbró ni una mínima noticia tanto de don José María como de los pérfidos plagiarios.

El día 11, sábado, por más señas, amaneció repleto de rumores. Los aguadores y verduleras, especialmente, haciendo cartel de sustancia, traían uno, en el que se barajaban donosamente los nombres de los presuntos plagiarios. Cinco o seis de ellos, muy rozogantes y figureros, deambulaban como era su costumbre por la Plaza de Armas y calles adyacentes.

No se supo cómo, pero del ominoso misterio trasminó a la calle la noticia, y la opinión los señalaba con índice certero. Máxime que tres de los sospechosos eran españoles, y de los tres, uno era nacido entre finas almozalas, criado con cuchara de plata en la boca y sólo trataba con pura gente de bien y distinguida. Con todo lo que se rugía, por fuerza los decires los convirtieron en imán que atrajo la atención de la autoridad. Esta creyó ineludible vigilarlos estrecha y secretamente; pero nada se vislumbró, ni de día ni de noche, que tornara ciertas y comprobables las suspicacias tan sentenciosas del vulgo parlero.

Y otra cosa también se rugía: que al Tenorio lo habían llevado los plagiarios a embaularlo en la Sierra de Barbosa. Información torcida y mañosa, soltada por los mismos bellacos con la aviesa intención de que las pesquisas se fueran por ese rumbo y así poder ellos tramitar aquí el trueque sin riesgos y apaciblemente.

Hubo de suceder que el triste caso llegó hasta la escribanía del gobernador don Carlos Tovar. Por lo damnable del negocio y por ser el tercero al hilo en unos cuantos meses, le echó todo el pecho al asunto. Llamó a sus mejores sabuesos, a las propias autoridades municipales y se personó con la misma señora Tenorio. Hizo voto de no darse a partido hasta no poder en manos del verdugo a los criminales, ya fuese plagio ya homicidio.

Pero el toque estaba en que, fuera de los rumores que iban y venían, en ese negro día 11 no se sabía más. Y, por sí o por no, ordenó que la policía apretara más sus vigilancias sobre los mentados sospechosos, que tan a su amor vagueaban por la Plaza y transitaban por las calles muy ternes y soberbiosos.

Dios anocheciendo se le tersó un poco la congoja a la señora Tenorio. Por ignoradas artes paró en sus manos el recado de ley: se le decía que, fuera de los miedos que ataraceaban a su señor esposo, lo cual le trajo unas destemplanzas y contingencias en los intestinos, todo en él era salud; que se encontraba a buen recaudo, tanto que mejor no podía estar; que a no ser que se le diera una higa la vida de don José María, debía tener prestos y puntualmente para el día 16, y no otro más, veinticinco mil pesos fuertes de oro, contantes y sonantes; que sellara todo lo ancho de su boca con el más recio silencio, porque si no, borrarían inmediatamente a su cónyuge del libro de los vivos; y, finalmente, al otro día, en esta y esta forma, aguardaban su generosa contestación. Anexo al susodicho recado de rigor, la señora recibió otro, escrito por su esposo. En él, después de muy bravas razones monitorias y conminativas, la ilustraba para que don Baltasar Mayor de la Parra le entregase los dineros que, a su vez, debería traspasar a sus captores en el punto y hora que oportunamente se diría.

Con tantas amenazas encima, por fuerza hubo de callar la señora. Tan sólo, ya que para eso sí daban su actuosa venia los plagiarios, se personó con don Baltasar. El cual, por su parte, con la premura del caso, citó a una reunión a todos los pudientes, les explicó el negocio y los instó a una suscripción general a fin de que,

en riguroso préstamo avalado por cartas pagarés, situasen lo necesario para completar el rescate. Como de facto. Al día siguiente se vio a varios corredores acopiando en trueque todo el oro posible.

Ya que los señores ladrones habían tenido la gentileza de pedirle contestación, la señora Tenorio consistió la rucuesta. El día 12, al modo convenido y al mismo tiempo que les rogaba la limosna de una prórroga, porque veinticinco mil pesos no se juntan así como así, para patentizarles su buena voluntad, les entregó un enganche de seis mil pesos en tintineantes onzas; además de encarecerles el mayor comedimiento y amor en el trato al cautivo, les rogaba de nuevo la esperasen hasta el día 20, siquiera, y reiteraba sepulcral reserva.

El señor gobernador, alertado como estaba, era todo orejas. Nada de lo que giraba alrededor del delictuoso caso escapaba a sus pesquisas. Así supo o, desconfiado como se encontraba, malició que la señora Tenorio andaba en dares y tomares con los plagiarios. Fuéla a ver de nuevo, a solapo de indiscretos y chismosos. Habló muy persuasivamente, diciéndole que en esa negra aventura le iba la honor; que sus sabuesos estrechaban cada vez más el cerco de la sospecha y que ya se aproximaba a lo cierto; que lo que entonces era cuestión de días, podía volverse caso de horas siempre y cuando ella le contase lo que supiese. Tampoco esta vez logró nada. El medror tapió la boca de la señora. Solo le dijo que tenía constancia cierta de que en el punto y hora en que las autoridades aprehendieran a alguno de los malhechores, su esposo finiría irremediablemente traspasado por filosos aceros.

La novedad del hecho prestó más alas a la diligencia y a la compasión. Para el día 18, sobre el anticipo de los seis mil que se entregó a los plagiarios, ya se habían cambiado más de catorce mil pesos; faltaba únicamente cierta cantidad de cuatro mil y pico que se había comprometido a cambiar don Juan Oropeza. Con este pico y con lo abonado ya, se acabalarían los veinticinco mil en oro, antes del plazo fijado.

Sea porque sintió que los picudos garfios de la policía le empezaban a arañar las carnes, sea porque lo manchoso de la acción le roía ya la conciencia, sea porque también a él lo empezó a inundar el medror, el caso es que el mentado día 18, a primera hora, cayó en la casa del señor jefe político don Cipriano Martínez un sastre remendón, cuyo nombre no sé, compañero de oficio de uno de los plagiarios.

Suplicando gracia, le echó toda la pulga en la oreja a la susodicha autoridad: díjole cómo se urdió el plagio; cómo y en qué punto se ejecutó; quiénes eran los comprometidos, con todos sus pelos y señales; en dónde yacía cautivo el señor Tenorio; quién era la vieja que lo cuidaba; qué cavilaban hacer con los dineros.

No esperó más don Cipriano. Corrió a traspasarle la inopinada noticia al gobernador, y ya juntos, despacharon a los más briosos y resueltos corchetes y gendarmes, a los de más recio y macizo corazón, a rescatar al señor Tenorio y a aprehender a los arteros plagiarios.

Los guardianes éstos se desperdigaron por los puntos más estratégicos con el señor jefe político por delante. El cual se apresuró a ir a la huerta del doctor López Hermosa; sin comedimiento alguno, destrancando puertas, entró de rondón, y a la primera que apresó fue a la mujer que vigilaba a don José María. Allí estaba ella, al canto del rimero de adobes con que debería sosegar al plagiado en caso de que no lo ablandaran las razones. Los otros dos que también hacían guardia, saltando tapias habían emprendido las de Villadiego y no pudieron ser habidos por entonces.

Mientras el jefe político y su piquete de policías devolvían al señor Tenorio a su hogar, a reparar los indecibles sufrimientos de esos días, y conducían a la mujer a los calabozos, los otros piquetes aprehendían a los demás plagiarios y aún a algunos malafortunados que no lo eran. Aprisionaron a veintitrés, sin contar a los dos españoles coludidos en la nefaria acción y que habían huído a muy buen tiempo y no pararon hasta llegar a los terrenos de los sublevados bustamantistas.

Con la misma presteza que la pesquisición se dispersó la nueva de la aprehensión de los plagiarios. El Viejo San Luis salió del azoro que lo prensaba. El salvamento de don José María levantó aquella gruesa niebla de grima y tristeza que se abatía sobre él. Ya pudo resollar a su gusto.

El mismo jefe político, apenas consumadas las aprehensiones, se dio por entero a la formación de la sumaria, apegado rigurosamente a la ley general de salteadores y plagiarios del 13 de abril. A resultas de las estrechas averiguaciones quedó en claro que la culpabilidad entera recaía sobre unos tales Pedro Llanas, Juan Díez y Bibiano Espinosa y la mujer que estaba en la huerta; los españoles Larrañeta y Antonio Pérez, que también resultaron gravemente implicados, andaban prófugos. Puestos en libertad los inocentes, aquéllos y éstos fueron sentenciados a muerte, no así la mujer. Para el día 23 subsiguiente, a las cinco y media de la mañana, se fijó la ejecución de los susodichos Díez, Espinosa y Llanas.

A todos, menos a los sentenciados, les pareció que la ley había estrechado muy justicieramente sus mallas. Nadie argumentó contra la extremosa sentencia. Desde los de más arriba hasta los de más abajo efluía la emparejada y universal opinión de que el castigo estaba al nivel del delito. Una acre animosidad percutía los pechos de los potosinos. Tarde se les hacía para ver a los maleantes perforados por las balas del pelotón.

A las ocho de la noche de la víspera, los sentenciados fueron puestos en capilla. Fue como tocar a generala. La curiosidad, que había transvenado su morbo, empezó a congregarse a innúmeras gentes en la Plaza de Armas, donde iba a ser la ejecución, y frente a la cárcel —entonces en el costado del Palacio de Gobierno— para ver salir a los reos en dirección al patíbulo. A pie firme soportaron la noche entera. Hacia la madrugada llegó el pelotón de federales; a poco se retiraron éstos y llegó uno de gendarmes; luego también se apartaron éstos otros y regresó el primero. Mientras tanto, los lanzales claros de la alborada empezaban a hendir las umbras de la noche y las campanas del reloj de Catedral memoraban cada cuarto de hora la aproximación del minuto crítico.

Al llegar éste, el corneta recordó a los milites para qué estaban allí y les dio la orden de formar el cuadro. Aprestaron las armas y tomaron posiciones. Cesó la algarabía. Los mirares enrumbaron sus ávidos ojos hacia la calle de la cárcel; todos esperaban anhelantes oír el rechinido de los quijos al abrirse la puerta, oír gritos destemplados de los guardias y ver la aparición de los reos a paso lento y cancinco, con los pechos embutidos de congoja, balbuciendo a somormujo plegarias de contrición y aparejando sus ánimas para el tránsito postrero. Pero los reos no llegaban.

Las del alba serían, y los curiosos, tanto los de suposición y calidad como los de medio pelo y la algarera plebe, empezaron a atufarse consintiéndose burlados. Primero fueron los gritos chocarreros de los impacientes; luego, al saberse sin conocerse por qué, la concesión del indulto por parte de la Legislatura, la noticia del inesperado perdón tajó las ataduras que contenía la ira. Los más bravucones y osados, con ruda brusquedad se arrimaron a las puertas de la cárcel a los gritos de "Mueran" y de "Justicia". Hicieron llover piedras y cascotes sobre los maderos. Otros, en la Plaza, igualmente corajosos y encendidos, arrojaban horribles vilipendios y baldones contra las autoridades. Gritando rotamente exigían las cabezas de los plagiarios.

El sutil rumor, no infundado, de que los rebeldes bustamantistas venían a marchas forzadas desde Bocas, decididos a tomar y saquear la ciudad, bajó las crestas y los bríos del furor. El pavor le ganó el campo al enojo y todos emprendieron la escapada.

Por estar con los dificultosos atareos de aplacar a los de afuera, no hacían caso de los de adentro. Ya había corrido mucho la mañana y a los presos no les repartían su mísero almuerzo. Entonces fue la de éstos. También se alborotaron. Sólo que los ferrados calabozos les impedían la libertad de acción. Y como no fuera soltar desbocadamente la lengua, no les era dable ejecutar otras actividades ofensivas.

Si el temor del ataque de los bustamantistas empujó a los curiosos a sus respectivas casas, no por eso concluyeron los decires.

Por el contrario. En los comercios, en los despachos, en todo lo ancho de las calles, hasta en las oficinas públicas y mayormente en las alharaquientas cantinas y billares, hervían incontenibles las críticas. Se chocarreaban del gobernador, del jefe político y del alcalde de la ciudad. Al primero, sobre todo, le hicieron blanco de acres irrisiones, de burletas calumniosas y de acusaciones satíricas, difamatorias y denigrativas. Por fuerza hubo de hablar don Carlos Tovar, y el día 24, al otro de la fallida ejecución, un "Alcance" al número 272 del periódico oficial *La Sombra de Zaragoza*, explicó pormenorizadamente en qué punto se encontraba el negocio.

El dicho "Alcance" reprodujo varios documentos, con ánimo de cancelar los decires en contra del gobernador. Así se supo que el día 22 los defensores de los reos pidieron al jefe político que se difiriera la ejecución por tres días o, cuando menos, por uno; a lo que no accedió éste por no estar dentro de sus facultades. Ante esta negativa los mismos defensores voltearon sus ojos al gobernador solicitando lo mismo. El cual respondió que la ley del 13 de abril no lo autorizaba ni para suspender la ejecución ni para demorarla, antes bien le acrecía la responsabilidad si dejaba de cumplir la sentencia "cualquiera que fuese el recurso interpuesto contra ella". Pero, por sabe qué artes, los tercios defensores obtuvieron de la Legislatura que se conmutase la pena capital por la blanda de diez años de prisión.

Su trabajo, y grande les ha de haber costado semejante indulto como que lo obtuvieron el mismo día de la ejecución, en la madrugada y cuando ya el cuadro estaba formado. A las volandas se lo presentaron al gobernador, quien "no pudo devolverlo con observaciones, si no era faltando a la obligación contraída de promulgar las leyes y guardar la Constitución". Así, muy contra su agria voluntad, firmó el mentado decreto 4 y en seguida, todo encorajinado por el juego de los diputados, les envió su renuncia a la gubernatura. No se le admitió. Y a los reos, confesos y sentenciados, el día 27 siguiente se les remitió a las tinajas de San Juan de Ulúa, a donde partieron a pie vivo, bien custodiados por las fuerzas del Estado.

A los pocos días los pronunciados bustamantistas, comandados por el coronel Blas Mayagoitia, aprehendieron a los dos plagiarios prófugos, los españoles Larrañeta y Antonio Pérez. Como allí no había Legislatura que los valiera ni se contaba con abogados defensores, sin miramiento ni apelación, rápidamente fueron pasados por las armas. A modo de escarnio y mofa, para ejemplaridad y para que se viera que los pronunciados sí obraban con apego a la justicia, el coronel Mayagoitia acomodó a los difuntos, adornados con el tiro de gracia, en un carretón y los envió al gobernador; con los cadáveres remitió igualmente, para que la monición fuera completa, doscientas onzas de oro, parte del anticipo de los seis mil pesos, que les había recogido. Don Carlos Tovar, muy legal y más contrariado todavía por esta galana irrisión, las entregó al atribulado don José María Tenorio.

Hoy, ni sombras quedan tanto de la ruinoso vecindad como de la Casa del Cobre, convertida ésta en 1903 en cuartel. Por los veintes, el afamado Cuartel del Cobre no era más que tapias. Por el treinta, los cedillistas, que por doquier ejecutaban ladronerías ratoneras y todo lo vendían: vendieron un trozo de la calle de La Corriente, entre Iturbide y de los Reyes; vendieron los cementerios, el de Tequis, el de Santiago, el de los franceses, el del Santuario, el de San Sebastián; vendieron la Plazuela del Mercado Juárez; vendieron la huerta del Ilmo. Sr. Montes de Oca, colindante con la iglesia, entonces demolida ya, del barrio de Tequisquiapan; los cedillistas, digo, abrieron en canal la vetusta y anchurosa Casa del Cobre o Cuartel del Cobre, formaron la actual calle de Fuente, que va de Comonfort a Rayón, entre Independencia y Reforma, y vendieron los solares resultantes a uno y otro lado.

El nombre de "Calle o Callejón del Cobre", desapareció en 1914, al imponerse una nueva nomenclatura a las rúas potosinas. Un comercio de poco más o menos ostentaba ese nombre en la esquina de Comonfort e Independencia. Pero en aquel entonces, de La Corriente o Reforma hacia donde cae el sol, la calle de Comonfort se apellidaba de Vargas, o mejor diciendo, de Los Olivos. La formaban unas cuadras muy largas, larguísimas, que luego de flan-

quear la extinta y vetusta Huerta Colorada de cuyo seno brotó una buena parte del Fraccionamiento Alamitos, venía a desaparecer por el rumbo de Tumbacalzones.

EL CALLEJON DEL BESO

Todavía a fines del XVIII, como lo testifica de *visu* el “Plano horizontal de la Ciudad de San Luis Potosí con todos sus Pueblos y Barrios, extractado por D. Juan Mariano Vildósola del que formó D. Manuel de Burgoa. Año de 1777”, abundaban por el norte y el poniente, a partir de las hoy calles de Insurgentes, Mier y Terán e Independencia y aún más adentro, montones escayagados de graseros y jales de las muchas haciendas de beneficio. Eran tan viejas como la ciudad. Traían su origen desde recién invenido el mineral de San Pedro y, codo con codo, se tendía a partir de La Lagunita — hoy Jardín Escontría— hasta por lo que fue El Cuartel del Cobre, más allá de la llamada puerta falsa del Convento de San Francisco.

En esas haciendas de beneficio espulgaban los codiciosos mineros hasta la más pequeña piedrecilla de mineral a fin de quitarle todo el oro posible. Eran muchos los sujetos que vivían de eso. Unos, a poco de rascar las catas, doblaban y ciendoblaban las ganancias; otros, en cambio, con empedernida terquedad, tanto más empedernida cuanto mayores eran los reveses, proseguían rebuscando en los recovecos de las minas sin hallar nada consolador y sin que se les gastara nunca la esperanza.

De aquéllos hubo uno, don Alfonso Muñoz de Castiblanque, llegado a San Luis en 1690, sin fomento ninguno, que recibió un préstamo del rey por cuatrocientos pesos “con la calidad de abonar a su Majestad tres reales en cada marco de plata y lo respectivo en oro; no sólo pagó sino que dio más de un millón y medio de quintos, hasta que murió”, según decía el Alcalde Mayor don Andrés de Urbina y Eguiluz, en 1768, al Visitador Gálvez.

No fue el único. Hubo otros. En el barrio de La Lagunita, paradero natural de las aguas que descendían del rumbo del Santuario y que los mineros aprovechaban para beneficiar sus metales, existía una hacienda ociosa. La tomó en arriendo por una nonada, con la esperanza de lograr aquí lo que no logró en otros reales, un ibero, llegado muchos años antes de Ultramar al señuelo del oro. Se habilitó en la misma forma que don Alonso Muñoz de Castiblanque, con préstamos de la Real Caja y, al igual que aquél, pronto pudo dar numerosos quintales a su Majestad por el oro y la plata que rescataba sin parar.

Se hizo rico. Junto al cenegal donde tenía su hacienda de beneficiar metales, descombró la tierra, abrió una callejuela y sacó desde sus cimientos anchurosa y bien formada mansión.

Ya fueron otros los alifafes y almozalas que lo cobijaban y los ropajes que lo cubrían y los enseres de que disponía. Empezó a vivir con todo lujo y regalo, a la gran señor, pero sin desapegarse del trabajo que tanta fortuna le rendía.

Como gastó sus años jóvenes en correr afanosamente en pos del oro y para ello se soterró en minas tan dificultosas como infructíferas y en reales tan bárbaros como inclementes, cuando cazó lo que perseguía, vino a caer en cuenta que ya se estaba atollando en las arenas movedizas de la ancianidad. Si las ganancias de sus laboríos le sosegaron unos deseos, le alborotaron, en cambio, otros. Don Alonso Mucharráz, que tal fue el nombre que le aplicaron al rodar las aguas lustrales por su mollera, de pronto se sintió, con toda su riqueza abajo, que ya traía la vejez encima. Una vejez helada, insípida, dolorosa y seca, sin mujer y sin hijos.

Don Alonso, en tantos años corridos, atraillado por el ansia de las minas, no tuvo manos para pecaminosos devaneos. Mantuvo clausurada las puertas de la lascivia. Hasta entonces no había adquirido ninguna compañera ni en el fácil mostrador del contrabando ni en la rigurosa aduana del matrimonio. Vivió en las moras.

Pensó en una compañera. Aunque viejo, era dueño de esa

irresistible ganzúa que es el oro que abre hasta las puertas de las mejor retrancadas fortalezas. Era su esperanza. Con esta seguridad y propósito en el alma, plantó sus ya cecucientes y empañados ojos en una hermosa y fresca doncella, toda encantos y virtud, doña Luz de la Sierra, hija de un su insolvente deudor.

Don Manuel, que a este nombre respondía el seleccionado suegro, cada día bajaba más a menos. Sus negocios ya no caminaban con sus propios pies, sino con los que le prestaba don Alonso Mucharraz. No que fuera un ablandabrevas, no; pero la casquivana fortuna, después de haberlo traído mucho tiempo paseando por arriba, ahora lo estaba arrastrando por abajo. Los garfios de los reverses, las enfermedades, las deudas, los hurtos, le habían desgarrado su hacienda y para esas muchas y muy grandes roturas se le escapaba su caudal.

A este don Manuel, tan asendereado por los sufrimientos, se personó don Alonso. En vez de persuasivas aldabadas al corazón de la desapercibida pretensa, prefirió otras, no menos o más eficaces en los ánimos del pretense suegro. "Con amor y otras amenazas", según dice Bernal Díaz, refiriéndose al modo como Cortés hizo entrar en razón a los huastecos, don Alonso convenció a Dn. Manuel para que le diera la mano de doña Luz. Uno y otro, como acostumbraban en sus negocios, sin tener en cuenta el parecer de la legítima propietaria de dicha mano, compusieron la boda. Fue así como la doncella se vio, muy a su pesar, convertida en la señora de Mucharraz.

La obediencia contreñida por la necesidad, sacó a doña Luz de la casa paterna. Esa misma obediencia, ya en el altar, le sacó la primera palabra que pronunció ante el envejecido novio, un sí sonámbulo, lacio, desfallecido. La misma dicha obediencia, que no otra cosa, la sacó así mismo del altar para refundirla en su nueva casa y estado, a los que entró como a una cárcel, a un cepo, a una huesa.

Quiso doña Luz ser buena esposa. Y ya que no podía darle

hijos a don Alonso, porque eso no dependía de ella, ni amor, por que no estaba en su ánimo, se propuso darle lo que es de ley en toda buena casada. Trabajó mucho en ello. Fueron meses de atribulado esfuerzo. A lo menos vivía en paz con su conciencia y con su señor esposo. Pero no con sus adentros.

En sus adentros, doña Luz se creía infiel, bribona, fullera. Doña Luz estaba enamorada. Y no de don Alonso. Al voltear la adolescencia, había perdido la llave de su voluntad. Rendida de amores la soltó en las manos de un gallardo mozo que la requebró con tal eficacia que no pudo resistir. Entre ardorosas demostraciones, uno y otro hicieron trueque de sus almas y de sus seres, se juraron imperecedero amor, se dieron por entero, hasta la muerte y más allá.

Eran tan niños entonces, lo hicieron tan a las escondidas, que nadie supo nada, excepto Petrona, fidelísima negra, fámula de la casa de doña Luz y que, por haber sido su nana, adorábala como a su hija. Solo ella que vio aparecer tan escondidos amores, conocía aquél camino de la cruz por el cual arrastraban don Manuel y don Alonso a la recién casada. Petrona era, a la par, cirineo y verónica, aparaba las lágrimas y aligeraba las penas; sólo las dos conocían tamaño pasión. Alvaro de Bracamontes que tal era el ignoto amado y amador de doña Luz, andaba lejos de San Luis. Sus padres lo habían puesto en la Real y Pontificia Universidad de México para que se borlara en un arte liberal. Si dentro, muy dentro estaba en el corazón de la cuitada, lejos, muy lejos se encontraba a la hora de las bodas de ella con don Alonso. El de Bracamontes, sólo esperaba alcanzar los títulos y los años necesarios para volver a esta ciudad a unirse como Dios manda y él quería, con doña Luz.

Don Alonso en el ínter, seguía acrecentando su fortuna. Iba y venía de su casona en La Lagunita, a sus minas en el Cerro de San Pedro. Por encontrarse aquélla en las haldefueras de la ciudad, en sus ausencias la dejaba bien custodiada y con las puertas y ventanas bien cerradas, por amor de su dinero y de su joven esposa, pues nunca faltan truchimanes socaliñeros que se aficionan a hurtar al prójimo ambas sagradas pertenencias.

Volvió entonces Bracamontes, supo el insospechado fin de sus relaciones con doña Luz, y el despecho le aplicó alternativamente inyecciones intravenosas, que le llegaban hasta el corazón, de ira y desprecio, de arrebatadas venganzas y de olvido, de brioso amor y de desdén. Más de una vez cogió el acero para hundírselo a doña Luz en su pérfido corazón o en el del ventajoso de don Alonso, y más de una vez lo volvió a soltar. Pandereado por esos contradictorios sentimientos, se fue a la traidora. Rondó y rondó por el frente de la casona y no vio más que soledad. Se cambió a la calleja de atrás, donde estaba la puerta falsa y allí inquirió por Petrona, la fámula negra, esclava de doña Luz.

A ella, que conocía sus amores desde recién incoados, que trajo y llevó misivas, le echó en cara la felonía de su señora. Trastocaua la razón por la ira, barbotó infinitos pesiatales y votoacristos, prometiendo allí mismo sanguinosa vindicta. La marejada interior cuándo lo ponía a horcajadas sobre descomunal enojo, cuándo lo soterraba en nostálgicas saudades. Petrona, con verba plena de amor recogió poco a poco los hilos de aquel adementado frenesí, sosegó al joven e hizolo columbrar que todavía era él el claverero de la voluntad de doña Luz y le prometió que la haría salir para tal día a tal hora en el mismo lugar, en esa solariega calleja, que no recorría nadie, porque, por un lado, las paredes, por el otro, los cerros de graseros y jales.

No esperó a tanto don Alvaro. Dióse a deambular, paseando y repasando su duda por la calleja trasera. Para no levantar sospechas, se acompañó de otro hidalgüelo, único sabedor de aquella incertidumbre. Este socio, como buen chafalditero, bautizó a aquel rudimento de vía pública con el mote de Callejón de la Duda.

Con fêrvidos santiguos y ahincadas abstinencias, doña Luz había ido atosigando su amor a don Alvaro. Ya casi no se movía. En todos aquellos largos meses de casada, sus lágrimas horadaron el olvido, y en ese hueco iba a sepultar su querer. Ya veía el asa de la llave perdida. Petrona, como inabecedaria, fue el aventador que

reavivó los rescoldos. Y, ya se sabe, el amor que ha sido brasa, fácilmente vuelve a arder. A la nueva de que don Alvaro la procuraba, de que andaba allá atrás buscándola, de que moría de amores, las dichas brasas se volvieron llamaradas que calcinaron todo buen propósito. No cupo más en ella que la vieja pasión y, por las diligentes mediaciones de Petrona, concertó una cita con el mozo.

Viéronse, desde entonces, muchas veces. La negra recurrió a todas las socaliñas para hacer posibles los encuentros. Siempre a deshora, siempre en la ausencia del marido, siempre en esa cuenca muda y apetitosa que es la noche.

No faltó quien viera a un misterioso embozado junto a las recias rejas de mezquite de la casa de don Alonso, ni quien se lo hiciera saber. Desde ese instante, en su corazón senil, una sospecha, a la que daba pie lo chiquito del amor que siempre le profesó su esposa, le empezó a carcomer el sosiego. Por allí se le metió el enojo con su ringla de malas ocurrencias, una de ellas, la venganza, urgiéndole desmanchar su honor.

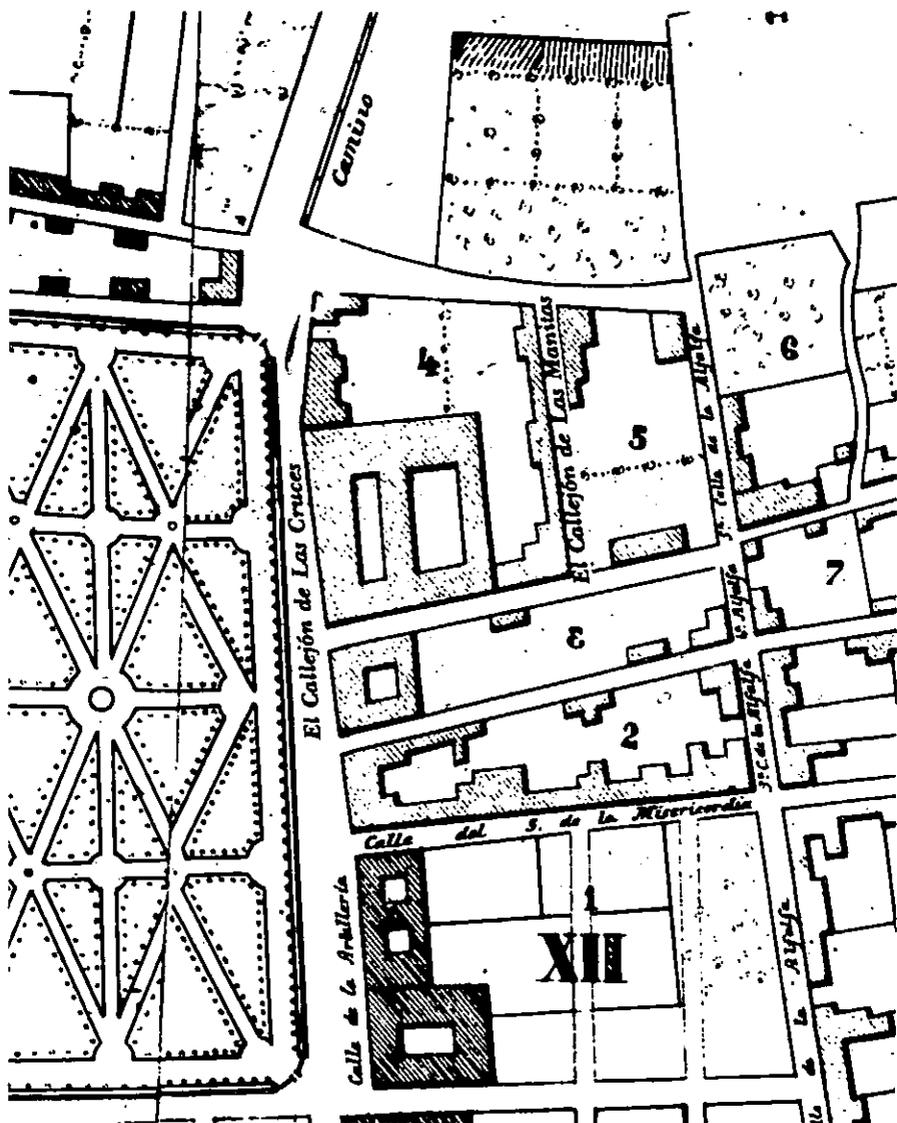
Discreto, taimado, prudente, don Alonso nunca reclamó nada. Dejó pasar, mientras preparaba el lavadero donde iba a quitar lo poluto a su honor. Pretextó, cuando sintió con fuerzas para la dicha ablución, el consueto viaje al Cerro de San Pedro.

Sin urgencias, calmado, melindroso, ordenó ensillar su caballo, se despidió de su mujer y salió de casa por la puerta falsa. No llegó más allá del Potrero de los Carmelitas. Allí esperó. Cuando creyó oportuna, volvió grupas. Que los decires eran ciertos, lo pudo constatar don Alonso con sus propios ojos. Reptando entre los gra-seros, escudándose en lo obscuro, se arrimó hasta la esquina de su casa. Desde allí, a través de las umbras de la noche, alcanzó a divisar al burlador prendido de la ventana, en amoroso diálogo con doña Luz. Determinó acabarlo. El también se arropó con la negrura para no ser visto. Al tiempo que los infieles, enardecidos de pasión, hastaban sus vehemencias con un beso, clavó el cuchillo jifero y picado hasta dar con el corazón de don Alvaro.

Silenciosamente. No hubo blasfemias, ni porvidas, ni de-nuestos. Silenciosamente, se apagó el ardor. Silenciosamente acabó el beso, dejando en los labios de doña Luz el postrer aliento del amor y de la vida de don Alvaro. Silenciosamente, con el acero enclavado en las espaldas, cayó muerto.

No se supo más de don Alonso. Huyó. Doña Luz entró oblata en el Colegio de Niñas Educandas o Beaterio de San Nicolás donde, en los claustros que Chico Sein mandó por tierra y que en mínima parte ocupa el Palacio de Cristal, expidió su mala fortuna y desvío, entregándose a humildísimos menesteres, penitencias y plegarias. A su fallecimiento, que tardó mucho en llegar, le dieron tierra en la capilla del dicho Beaterio de San Nicolás.

Desde aquel entonces, desde cuando la justicia recogió el cadáver de don Alvaro, se le llamó a esa calleja de La Lagunita, el Callejón del Beso, denominación que todavía conservaba no hace mucho. Daifas pintorreadas, calvatruenos libidinosos, truchimanes desafortados la profanaron con sucios tendajones donde sólo se expendía sensualidad. Formó parte de una zona pecaminosa apodada, en general con el sobrenombre de una calle en particular: la Calle Chueca, que así era la de Otahegui. Allí imperaron los once vicios completos. Por 1952 un alcalde levantó una tapia por el lado del jardín, a fin de que las personas de bien, no miraran a esas desvergonzadas mujerzuelas del partido en los aparadores de las puertas exhibiendo su carnal mercancía. Y hasta por 1914, cuando se removió la nomenclatura antigua, lo que el chafaditero aquél llamó Callejón de la Duda, guardó su nombre. Luego fue la primera de Xóchitl, rúa que empezaba en el susodicho Jardín Escontría, antes La Lagunita. Los Callejones del Beso y de La Duda, estaban mancornados, al norte, por la calle de La Loza, al sur por los cene-gales de la mentada Lagunita. Unas placas de ladrillo vidriado memoraban todos estos nombres viejos. En 1976 la picota del progreso bárbaro arrasó calles y casas para levantar en su lugar los modernos edificios de Policía y Tránsito y anexas.



CALLEJON DE LAS MANITAS

Paralelo y al sur del "Callejón de las Cruces", hoy Av. de la Universidad, y a la huerta de los carmelos — actual Alameda —, y al norte del Cuartel de la Artillería, existió el "Callejón de las Manitas". Aun no se prolongaba hacia el oriente la vieja calle de Abasolo.

EL CALLEJON DE LAS MANITAS

Por una occisión nefanda se le impuso tan tierno y cariñoso nombre. No fueron, no, manos caritativas, angelicales, o de inocentes niños, como pudiera colegirse por el diminutivo. Ni de uno solo. Fueron dos pares de manos, toscas, sanguinosas, adementadas, rencorosas, las que allí, en esa preterida y derrubiada casucha del solitario y polvoso callejón anónimo, en los suburbiales del Viejo San Luis, en los confines del desaparecido barrio de La Alfalfa, a puñalada fiera y frenética, arramblaron la vida a un buen, a un pío, a un inocuo sacerdote. . . ¡Y todo por unas cuantas correctivas moniciones y por un triste tahalí que contenía cien miserables pesos! . . .

El presbítero don Antonio Gómez González, clérigo de la Diócesis de Monterrey, vino a San Luis, allá por los conmedios del siglo de ayer, en busca de aires mejores y subsanar viejos achaques. Afable, sencillo, de esmirriada arquitectura, todo dado a los latines, transvenó mucha sabiduría con enorme paciencia, adoctrinando a los mozalbillos indoctos que concurrían a su clase en el Colegio Guadalupano Josefino, con las miras puestas en la clerecía, o en la jurisprudencia, o en cualquier otra arte liberal. Ese era su cotidiano atareo, amén de otros desempeños minutos de su vocación levítica.

El buen presbítero don Antonio Gómez González, como catedrático de latinidad en el nombrado Colegio Guadalupano Josefino, tenía su aposentamiento en el mismo. Habitaba una de las sombrosas celdas de la planta alta de lo que ahora es Universidad y antes fue Colegio de los Jesuitas. Salía poco, prefería emplear el tiempo de fuera de clases o repasando con gran embaimiento los

viejos infolios latinos o deambulando, libro en mano, por los robustos corredores de la planta baja o leyendo su Libro de Horas en la contigua iglesia de La Compañía. Era un hombre bueno, de esos que no saben lo que es hiel y que no han perdido la sal del bautismo.

Vivía con humilde pasar, sin malrotar jamás su modesto salario de profesor ni lo que le acercaba la estola. Tampoco era un tacaño. Socorría cuando venía el caso — y venía frecuentemente— a los colegiales pobres, dándoles generosamente para su sustentamiento y libros, y a uno que otro menesteroso que a él se encomendaba. No obstante estos favores y regalos, con el correr de los años alcanzó a acopiar algunas pecunias, no muchas, que un buen día puso en préstamo sin logro en las manos de un mercader, agobiado por el desmedro de sus negocios, de la Villa de San Nicolás de Tierra Nueva, so promesa de que las restituiría religiosamente al pasar un año.

Pasó el año. Se vinieron, entonces, las llamadas “vacaciones chiquitas”, no hubo clases, y el presbítero Antonio Gómez González aprovechó el huelgo para ir a recoger su párvulo capital y, de paso, conocer mundo, visitar algunas poblaciones del sur y reanudar amistades. Al finar el mes de noviembre de 1850, en compañía de dos muchachos, Manuel Salas y Cruz Castañeda, por nombres, y en calidad de sirvientes, enrumbó sus pasos a San Miguel el Grande. A lo largo de varias jornadas, pasó por el Valle de San Francisco, Jaral, San Felipe Torres Mochas, La Quemada, Trancas, Dolores, y así vino a para a San Miguel Allende, de donde corridos dos o tres días, regresó por otra vía, para detenerse en Tierra Nueva algo más de dos semanas.

Cuando hubo reparado satisfactoriamente los cansancios del largo peregrinar y robustecido con la plácida estadía en esa dicha puebla, determinó su vuelta a San Luis, con tiempo para reiterar su cátedra oportunamente, pero ya con los recuperados frutos de sus ahorros en las faltriqueras. Al cabo de dos días, el 13 de enero de 1851, por más señas, antes de que la noche desplegara sus haldas sobre la ciudad, llegó a ella. No se dirigió a su habitual

domicilio, el Guadalupano Josefino, sino que encaminó directamente —y nunca llegó a saberse por qué— a esa casuchilla derrumbada de ese callejón anónimo, terroso y triste, del Barrio de La Alfalfa, que había tomado en arriendo unos meses antes. Fue la última vez que se le vio con vida.

Sus acompañantes, los fulanos Castañeda y Salas, mientras el sacerdote se tendía a descansar, se dieron a la tarea de desensillar los caballos y de proveerlos de pastura. En seguida salieron al viejo mercado de La Alhóndiga a hacer por sí mismos, cenaron unos buenos jarros de atole con piloncillo, compraron el bastimento para el señor presbítero y volvieron a la casa. Serían las nueve de la noche cuando, despalancados los ojos por el terror, llegaron, pegando gritos dolorosísimos y muchos ayes, válgames y malhayas al contiguo Hospital Militar, con el terrífico aviso de que su amo había sido asesinado. Un golpe de soldados, otro de serenos, enfermeros y algunos curiosos que aprehendieron la nueva, corrieron a la casa paredaña, teatro del sacrílego acaecimiento. A la zaga de los últimos, que nada tenían que hacer allí, llegaron las autoridades. En medio de la sala, a ras del suelo, transido fieramente por el acero que le metieron y sacaron varias veces, con un fuerte golpe en la mejilla derecha, virtiendo sangre aún, estaba el cuerpo yerto, vacío de vida del buen padre Gómez González, sin admitir ya restituirlo a la existencia.

Con una celeridad de acuerdo con tamaña causa, el Alcalde Segundo dio principio a las diligencias. Por primera providencia ordenó que el cadáver fuera trasladado a lugar santo, a la Capilla del Rosario; incontinenti, por sí o por no, mandó encerrar a los mozos, en calidad de presos, en el contiguo hospital; finalmente, se dio, con sus mejores ayudantes, los más capaces y maliciosos, a pescudar pruebas.

Al día siguiente, en la susodicha Capilla del Rosario, un facultativo hizo el acucioso reconocimiento del cadáver. Contó hasta trece heridas, de las cuales tres por fuerza eran más que suficientes para hacer rendir la vida; cuatro, por su esencia, graves; otras

cuatro, tantito menos; y sólo dos de calidad leve. De las antedichas, cinco fueron inferidas por la espalda, traspasando el cuerpo de parte a parte. Con tantas y tamañas heridas encima, el buen presbítero no pudo seguir adelante con tal carga, y fue así como la muerte le atajó los pasos.

Con semejante suceso jamás visto en el Viejo San Luis, estremeciéndose toda entera la ciudad, quebrándose de repente su consueto sosiego. A grito unísono y urgido se pedía justicia. Tan atroz delito despabiló a las autoridades, y todas de consumo, desde el gobernador hasta la gentecilla de escaleras abajo, se dieron a la ardua tarea de extraer los hechos a la luz, para dar con los sacrílegos matantes y arrastrarlos al patíbulo a sufrir una pena proporcional.

El más actuoso fue el Juez Primero de Letras. Acicateado por las órdenes que le impusieron todos los de más arriba, desplegó una insólita actividad y emperero, trabajó de día y de noche, hurgó en toda la casa sin dejar rincón sin explorar, llamó gente, oyó a los facultativos, practicó muy largas y fatigosas diligencias y, con estrechísimos interrogatorios, en los que no dejó cosa por inquirir, cercó a los más sospechosos del crimen. Antes de las dos semanas substanció felizmente la causa: a resultas de lo averiguado, condenó a Manuel Salas y a Cruz Castañeda al último suplicio, como autores que fueron, lo cual quedó satisfactoriamente comprobado, de la sacrílega muerte del buen clérigo; a Pedro Herrera y a Juana Mendoza, a seis años de calabozo, por receptadores; y exoneró de crimen a Justo Lara, cuidador de la casa donde sucedió el hecho, por no aparecer culpable.

De allí a poco, en el mismo mes de enero, se turnó la causa al Supremo Tribunal de Justicia, el cual, habiendo leído y releído con extrema escrupulosidad el expediente, advirtió ciertos yerros de alguna monta, de modo que no podía confirmar la terrible sentencia. Se les llenó el pecho de temores a los estrictos magistrados y muchos escrúpulos les rebullían en la conciencia. Acordó el tribunal, por consiguiente, amplificar las actuaciones, a fin de que el ejercicio de la justicia ni dejara libre a los malhechores ni crimina-

ra a los inocentes, antes bien aplicara condigna pena a los desalmados delincuentes. En menos de cinco días el Supremo Tribunal esclareció, sin dejar campo a ningún dubio, los espeluznantes hechos.

Al renovarse las diligencias, la Excelentísima Sala aguzó su inquisición en las declaraciones de Cruz Castañeda: se le pusieron frente a sus asombrados ojos las manchas de sangre que muy comprometedoramente aparecían en sus calzones y en las puntas del raído jorongo. Aunque éste, en un principio, muy porfiado, dijo que no y que no, que era inocente, y terqueaba en su denegación, y ponía por testigos ciertos y fidedignos a todos los Santos y Beatos del cielo, pero sin dar explicación de las manchas de suso; amonestado — como diría Bernal Díaz del Castillo— “con amor y otras amenazas”, acabó por desencordar la verdad. Y así dijo que su primo Manuel Salas había sido el matador del buen presbítero; y más dijo, que lo habían robado, y tanto los dineros como el belduque los habían enterrado en el linde del camino del Cerro de San Pedro.

Con tan clara y voluntaria explicación, de inmediato los señores justicias, llevándolo bien guarnecido, lo condujeron al lugar de la ocultación. Allí, de fijo, reconoció el sitio, y se descubrió el puñal, todavía encubierto de sangre, y el costalito con el hurto, que era de noventa y ocho pesos. Sólo faltaban dos para completar los cien que se enumeraban en la causa. Fueron los que entrambos gastaron, después del crimen, en las almuercerías de La Alhóndiga.

Esa misma tarde, con tan proficua indagación, los señores jueces menos se daban a partido. Aceleraron las diligencias, esta vez con el mocetón Manuel Salas. De anteluvión le mostraron el acero y el costal, para desalmenarle la terquedad. Cosas tan comprometedoras y expuestas así, de súbito, le trabucaron el juicio. Pero pronto se engestó, y con muchos reniegos y pesiatales, sólo dijo conocer el arma, pero no el morral; y que aquél lo había mandado hacer en Tierra Nueva, con tan mala suerte que lo per-

dió en Santa María. Muy sobre los estribos, muy contradictente, negó haber tomado participio alguno en la nefanda occisión.

Pero, en la mañana del día 30 del propio enero, con impacientes ansias, o por lo oneroso del fardaje que traía en la conciencia, o por la fría, penumbrosa y estrecha mazmorra, o por lo insufrible de las preguntas, repreguntas y pruebas comprometedoras, dio de mano a su fachendosa arrogancia y desatino, y evacuó todo lo que sabía.

Dijo que él y su falaz compañero, y nadie más, habían sido perpetradores del crimen. Confirmó su dicho en el careo que se siguió luego. Frente a frente, los dos de consuno declararon que, desde la tan nombrada villa de Tierra Nueva, mal aconsejados por los resentimientos vindicativos que guardaban al bachiller Gómez González porque les iba a la mano por sus desviados proceder, hicieron pacto y contrato de acortarle la vida y hurtale el dinero; que con tan dañada intención el dicho Salas mandó forjar el cuchillo; que Castañeda anduvo también procurando otra arma, pero que no la hubo; que llegados que fueron a esta ciudad, seguían muy arriscados, entre el crujiente incendio del malquerer; y que pusieron por obra lo que les atronaba en la mente, a poco de la llegada, a las siete y cuarto de la noche, cuando en el polvoso y alejado callejón no había más que soledad, silencio y frío.

A la hora concertada, cuando el desprevenido sacerdote oreaba su cansancio, Salas empuñó el tan traído y llevado puñal, y Castañeda, a más no haber, cogió la tranca. Entrambos a una, le dieron violentamente un mal acabar. Aquél hundió el acero; éste lo tundió en la cara. El padre reaccionó al asalto y a tientas y a palpas se le echó encima al fulano Salas, por lo que el tal le propinó por delante otros fieros golpes, por los que se le fue la vida. Los que le dio después, ya no tenían caso, como que el bachiller ya había caído bien muerto en medio de la sala.

Aquí sucedió una contradicción, y fue en lo único que se manifestaron discordes. Mientras Castañeda porfiaba en que él,

fuera de la contusión con la tranca, no ejecutó más, que después de ella corrió a guarecer la puerta; y que fue Salas el que le asestó las puñaladas al padre cuando ya estaba éste en el suelo; el otro contradecía el dicho, afirmando que fue Castañeda, y no él, el de las postreros y superfluos herimientos.

Contestes en lo siguiente de la confesión, declararon que luego que tuvieron por cierto y verdadero que el sacerdote había fenecido, con los pechos rebutidos de temores, alforrochados hasta las más soterradas telillas del alma, se encaminaron a ocultar el puñal y los dineros; en seguida del enterramiento de ambas cosas, enrumbaron sus pasos a las fondas de La Alhóndiga donde lavaron los sustos con sendos jarros de atole; finalmente, con la esperanza de salir airosos en tan comprometido trance, fueron muy solícitos a procurar la cena que el sacerdote había dispuesto y, con todo el artificio posible, corrieron a poner el accidente en oídos de quien les pareció oportuno, los regentes del Hospital Militar, pidiendo socorro.

Con lo depuesto por los malhechores, convictos y confesos, siguió adelante la causa. La vista fue a los cuatro días; pasaron por los estrados el señor fiscal, los defensores y los reos. La Excelentísima Sala, con fijo y porfiado tesón, para acallar el vocerío, y para mayor escarmiento y ejemplaridad, considerando la gravedad descomunal del delito y las ponderosas circunstancias con que estaba alhajado, concurriendo actos tan feos y vituperables como lo fueron el robo a mano armada, el amigamiento delictuoso, el abuso de confianza, el homicidio calificado con todas sus tres agravantes; alevosía, premeditación y ventaja, la falsía en las primeras declaraciones y el horrendo sacrilegio, tuvo a bien confirmar la sentencia emanada de la primer instancia en lo atañadero a Manuel Salas, o sea, la postrera pena, disponiendo que el cadáver quedara a la expectación pública, como elocuente monición y de tal modo abortaran semejantes acciones, y que luego, separada del cuerpo la mano malhechora, se enclavara en la testera de la casa donde se cometió el crimen, con esta terrorífica leyenda: "Por homicida alevoso y sacrílego".

En cuanto a Cruz Castañeda, la Excelentísima Primera Sala enmendó la sentencia. Y aún cuando este malfamado sujeto se había hecho acreedor a la misma pena que su amigacho, siendo, como era, lo cual quedó bien claro al substanciarse la causa, menor de los diecisiete años, la nominada Sala únicamente le echó encima la pena extraordinaria de diez años de reclusión y el compromiso, por vía de castigo y escarmiento, de presenciar la ejecución de su socio Manuel Salas.

El defensor de los reos, que para eso estaba, apeló al último recurso que tenía en mano: el indulto. Pero, según muy graves consideraciones de los señores magistrados, no era de concederse y no se concedió. Hubo más, de nuevo se advirtieron sutiles irregularidades en la causa del tantas veces nombrado Castañeda, y se acordó pasar dicha causa a la Excelentísima Sala de revista.

Se substanció la tercera instancia con estricto apego a las más rigurosas leyes. Se oyeron los informes del señor Fiscal y los fornicados alegatos del defensor, se sacaron a relucir muchas pragmáticas y ejecutorias; se apeló a la autoridad de autores muy opinados, como Molina, Villanueva y Gómez, se echó mano del Fuero Juzgo, de las Ordenanzas y de las Siete Partidas, porque en éstas la ley 8a. del título 31 de la partida 7a. impone a los jueces la obligación de minorar la última pena con estas sapientes palabras:

E si por ventura, el que oviese errado fuese menor de diez años e medio, non le deben dar ninguna pena. E si fuere mayor de esta edad, e menor de diez y siete años, dévenle menguar la pena que darían a los otros mayores por tal yerro.

Comandamiento que jurisperitos muy afamados apoyan con todos sus bríos y con muy cornutos argumentos.

Pero en la revista, donde todos traían muy atareado el entendimiento, los señores letrados opusieron otras de más peso y vigor, de tal manera que la balumba y calidad de éstas volvió nada aquéllas, y el infeliz de Castañeda perdió del todo lo que tenía ga-

nado. También él quedó incurso en la última pena y con el indulto denegado. Así, perdida la causa en las tres instancias, el fosco juez mandó verificar la ejecución el día 17 de marzo, por lo que de inmediato fueron puestos los reos en capilla.

La plebanía se encontraba tan furente, el gobernador tan decidido a la ejecución de la pena vindicativa y todos los magistrados tan persuadidos de la incommensurable maldad del hecho y de lo bien fincado de la sentencia, que desde mucho antes de que ésta se dictara, el Gobierno resolvió que los asesinos pagaran puntualmente su delito, no en el paredón sino ahorcados por medio del garrote. Con el tiempo, pues, se previno lo necesario para el día de la insólita ejecución: el mortal artificio y el verdugo.

Pronto se dio con lo primero; en cuanto a lo segundo, por más celo que se puso en conseguirlo, no fue posible haber uno, ni siquiera entre la raza rijosa y desviada de la cárcel, con tener tan emporcada el alma; ni siquiera por el dinero que les ofrecía y el indulto que se les concedía. Se precisó importarlo de otras tierras, y él fue un tal Muñoz, y Sixto de nombre, de muy vituperable trayectoria, en perpetuos dares y tomares con la justicia por truhán y mantedante.

Mientras las autoridades civiles se aprestaban a la muerte de los cuerpos, las eclesiásticas hacían otros aprestos para la vida de las almas. Por su nefando homicidio sacrílego, Salas y Castañeda incurrieron en excomunión. Por ende, como ya se daba por muy cierto el ajusticiamiento de ambos, las susodichas autoridades civiles con muy religiosos sentimientos, acudieron al Cura y Juez Eclesiástico de la ciudad Don Antonio Mascorro, a fin de que, aún antes de que pasaran por el garrote, se les levantara la gravísima pena. Como esta gracia no estaba en las manos del buen párroco, hubo de acudirse a la Mitra de Valladolid, la cual, accediendo al pliego petitorio del Gobernador, delegó al nombrado Juez Eclesiástico para que él levantara la pena e hiciese la reconciliación.

Como los trámites no fueron nada ocultados, la novedad se

derramó prestamente por aquí y fuera de aquí. El 28 de febrero, que fue la fecha concertada para la pública reconciliación, un bullente gentío, atraído por morbosa curiosidad, repletaba la polvorienta, yerma y asoleada Plaza de Armas, arracimándose frente al atrio de La Parroquia — hoy Catedral—. Las azoteas y ventanas del Palacio, las de El Parián — en el día Palacio Municipal— todas las azoteas, pretilos y balcones de las casas circunstantes, también estaban rebozantes de curiosos. Frente a la puerta mayor, con pompa procerosa, las religiones y clerecía, también ellas picadas por las ansias de ver caso jamás visto, habían dado con su sitio. Un crepitante incendio de bujías, con un doloroso Cristo en medio, sobre una mesa con los Evangelios y Rituales, sobresalía del entarimado.

Pasadas las ocho serían, cuando llegaron los presos. Atravesaron, orillados por la guardia, con sus caras más buidas, diciendo devotas palabras a somormujo, como sin darse cata de lo que acontecía, de los ojos anhelantes, ora fieros y bravos, ora compasivos, de las hablas de la concurrencia, desgarradas y sonantes unas, absolutorias y bendecidoras otras. Los clérigos rezaron los penitenciales y las otras oraciones del caso mientras los reconciliandos permanecían genuflexos con los pechos embutidos de amargura. El Juez Eclesiástico leyó las letras curiales y, en seguida, las preces de la reducción al gremio de la Santa Iglesia, de la cual noramala se pusieron fuera. Después, todos bajaron y se encaminaron al interior de la iglesia, yéndose tras ellos tanta gente cuanta cupo. Allí concluyó la ceremonia que, con preces, salmodias y todo, duró cerca de tres horas, al cabo de las cuales no quedó nada poluto en las ánimas de aquellos sentenciados.

Dictada la sentencia natural y otorgada la absolución sobrenatural, prosiguió la causa su fragosa vía. Después de haber pasado el voluminoso expediente por las tres instancias, el Gobierno consignó a los reos al Prefecto de la Capital para que éste les diera fin, de acuerdo con las rigurosas disposiciones que, junto con ellos, le entregó, y en las cuales se sumaba dureza a dureza. *In primis*, debía levantar un cadalso, de dos varas de alto, suficientemente

amplio, en el lado poniente de la Plaza de La Lagunita, lugar donde, desde muy antiguo, se hacían las ejecuciones; sobre el dicho caldoso debía enclavar dos robustos maderos, que alcanzaran la precisa elevación de otras cinco varas, sobre las cuales debía atravesarse una buena viga, como que de ella iban a pender los cadáveres a lo largo de tres horas cabales, en espantosa exhibición, para escarmiento y ejemplaridad; corridas las tres horas, y no antes, el verdugo debía cortar a cercén, a golpe de acero, a la vista de todos los mirones y a cortar desde la muñeca, las manos derechas del par de ajusticiados; hecha esta punitiva mutilación, el mismo verdugo debía descolgar los cuerpos y encerrarlos en los arcaces mortuorios; al instante, sin dar campo a ningún velatorio, los fosores debían conducirlos a la hoya en la mansión del reposo; por último, el tan nombrado verdugo, acompañado de guardias, para impedir sanfrancías y aglomeración, habría de llevar las manos matadoras a la casa teatro de la occisión, clavarlas en la pared testera con recias escarpías; dejarlas allí hasta que se volvieran nada, y debajo sendos carteles para sofrenar tales excesos, con la inscripción: "Por asesino sacrílego".

Al divulgarse el anterior comandamiento, el dueño del inmueble puso el grito en el cielo, se agarró a buenas aldabas y presentó al Gobernador un muy exigente pliego, alegando que, por clavarse allí *per saecula* dichas manos, esta horrende, añadida a la mala opinión en que había caído, provocaría miedos y espantos, y nadie en jamás de los jamases la volvería a alquilar. Muy cuerda le pareció al Gobernador esa protesta, pero muy necesario el escarmiento, por lo que no cejó en lo segundo. Y para remediar lo primero, ordenó se comprara la casa y se tapiaran puertas y ventanas. Como de hecho.

El verdugo, en el ínter, levantado el garrote, pavoroso instrumento en forma de corbata, que aplicado a la nuez del reo y comprimido por detrás, por medio de un manubrio, lo ahogaba y le tronchaba las vértebras, lo ensayó muchas veces para poder regirlo con desteza y sin temblor a la hora indicada. La víspera de la ejecución anduvo a caza de los canes vagabundos que pululaban

en el Mercado de la Carne, y una vez que hubo cogido un buen número, condujo la jauría y los pasó a todos por el garrote, sin quedar mal con ninguno.

Quien bien lo supo, porque lo vio asevera que el fulano Muñoz, que todavía después, dos o tres veces ejerció el nefario oficio de verdugo, era tan mal quisto, que pagó su celo en ajusticiar reos sufriendo tupidas pedreas en varias ocasiones y frecuentes palabras desgarradoras e injuriosas por parte de la plebe desaforada.

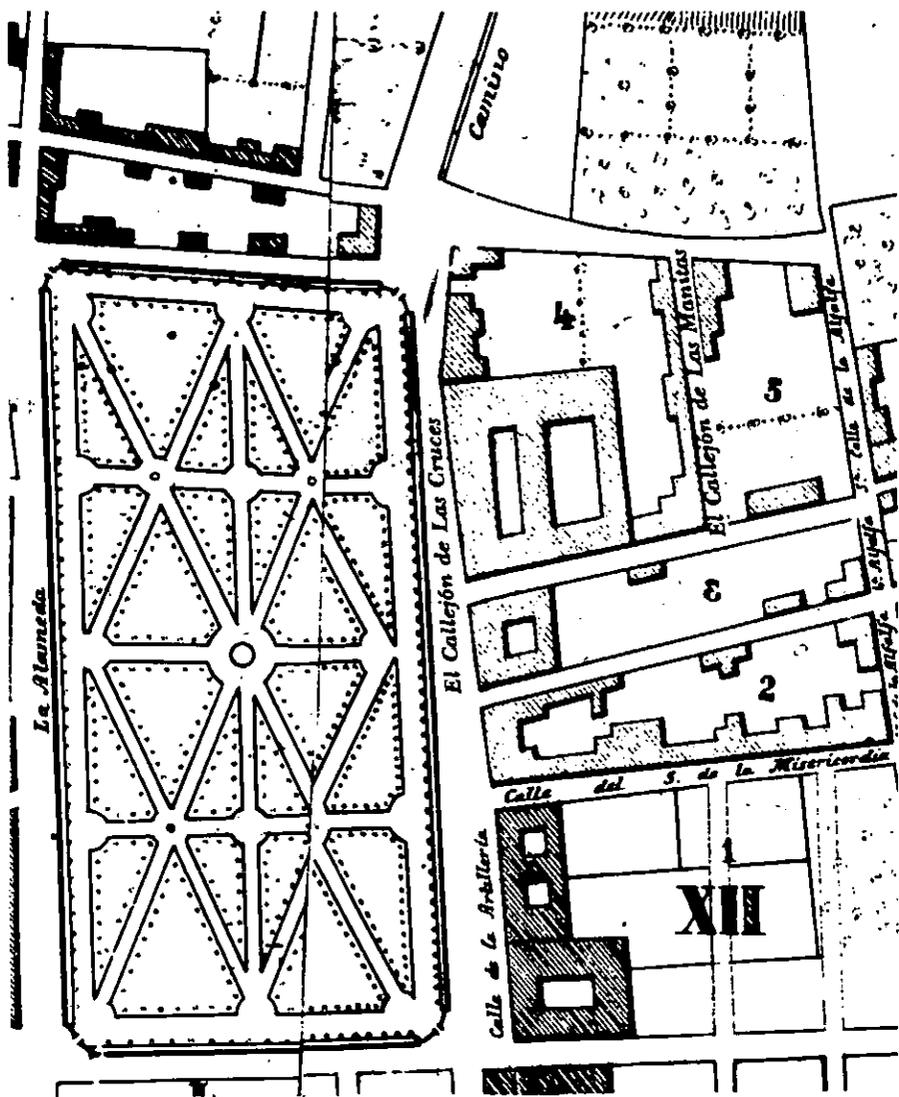
De este espeluznante sucedido da fe una hoja escrita por la pênola del oficial mayor don José María Quesada, con data del 14 de marzo de 1851. Hace igualmente fe el "Libro donde asientan las partidas de entierros de la Parroquia de San Luis Potosí", 1850-1851, en cuya foja ochenta y nueve, vuelta, se dice que, el quince de enero del citado año, el

presbítero don Nemesio Cabanas, teniente de cura dió sepultura eclesiástica en el presbiterio de esta iglesia parroquial — hoy Catedral —, con cruz alta, ciriales, dalmáticas, vigilia y misa cantada de cuerpo presente al cadáver del Br. D. Antonio Gómez González, clérigo presbítero de la Diócesis de Monterrey, Catedrático en el Colegio Guadalupano Josefino de esta Capital. No recibió los Santos Sacramentos, por haber muerto asesinado. . . .

En el mismo libro, hojas adelante, se asienta la sepultura eclesiástica de Cruz Castañeda, de dieciséis años, y de Manuel Salas, de dieciocho.

En la misma cuadra donde se irgue el templo del Señor San José, por la calle de Negrete, al sur de aquél, estuvo el viejo y tenebroso Hospital Militar. A la vuelta de éste se localizaba la casa del crimen. La calle de Negrete, en los tiempos del narrado suceso, se nombraba del Hospital Militar, y si la cuadra donde se encontraba éste no ha cambiado, la de enfrente era larga, muy larga, como que aún no la partía la hoy calle de Abasolo, que apenas llegaba hasta la actual de Constitución. Entre la susodicha calle del Hospital o Negrete y la otra al oriente, linde de la ciudad, intitulada en-

tonces de México y hoy de Prieto, corría el malfamado callejón, llamado "de las Manitas", por haber enclavado allí, según he dicho, para escarmiento y ejemplaridad, las extremidades derechas de los asesinos Cruz Castañeda y Manuel Salas. Muchos años después, no sé por qué, ni me he puesto a averiguarlo, trocó el cariñoso nombre de "Callejón de las Manitas" por el insípido de Calle de López. Con tal denominación figura en el plano de la Ciudad que, en 1914, levantó el ingeniero Segura. Poco más tarde, se alongó la calle de Abasolo hasta la barda del ferrocarril, y ésta nueva rúa se comió a aquél, con lo que desapareció el mentado "Callejón de las Manitas" o de "López", como también se le llamó en más cercanos tiempos, y todo se convirtió en una sola calle, desde la de Vallejo hasta la de Guillermo Prieto.



EL CALLEJON DE LAS CRUCES

Por el lado norte lo limitaba la monda cerca de la huerta carmelitana y por el sur las casas de Camacho y de De la Viña. Hoy, Avenida de la Universidad, le dan forma, por un lado, la Alameda, y por el otro, las manzanas donde se yerguen el Santuario de San José y el Centro de Difusión Cultural del IPBA.

EL CALLEJON DE LAS CRUCES O LA CRUZ DE CAMACHO Y LA CRUZ COLORADA

Estos de El Montecillo defendían sus tierras como la vida. No porque fueran, no, tierras labrantías, fáciles, de fecunda besana. Al contrario, tierras pobres, de poca miga, en las que no era dable hendir mucho la reja porque topaba con el duro tepetatal. Pero, aun así, las defendían con ceñudo encono. A diario andaban en bregas y enojos con todos los vecinos que los circundaban, mayormente con los Carmelitas.

Estos tenían parte de sus fundos canales adentro y colindaban con El Montecillo por los vientos norte y oriente de su huerta — hoy Alameda—. Pero también tenían otros más allá, el llamado Potrero de los Carmelitas, que corría a su placer desde Los Ranchos o Soledad hasta los ejidos de San Francisco de los Pozos; otros anchos fundos más de estos opulentos Descalzos se hallaban tierra adentro, tales como Peyotillos y el Pozo. Y dicen que una por aquí y otra más allá, las propiedades llegaban hasta el mar.

Con tantas y tamañas extensiones como tenían estos frailes, ora porque por una nonadilla sentían menoscabados sus derechos, y eso no lo podían sufrir, ora porque menoscababan el de los otros, siempre andaban metidos en acres quejas y acriminaciones ante todas las justicias. Aquí y en el Armadillo y en San Nicolás y más allá, dondequiera los veían con ojo sesgo sus vecinos, particularmente aquellos que pasaban, por el desmedro de sus tierras, entre estrechas necesidades y menguas y se les había ido todo o casi todo su fomento en las tercas e inacabables litispendencies. Ya se sabe, por que lo enseña un dicho decidero y lo confirma la experiencia: “Tontos y porfiados, en la lite se quedan sin blanca, mas hacen ricos a los letrados”.

Mientras no llegaron los memorados Padres Carmelitas, los naturales de El Montecillo labraban sus pellas de tierra con humilde pasar, pero en paz. Las aguas que se venían rodando, broncas y embravucadas, desde las sierras de San Miguelito, ataban sus fogosos ímpetus al hacer pie en lo llano. De allí para acá procedían con paso gravadoso ora por la calle de La Alfalfa ora por la de El Arenal y la de El Sol para volverse a dar la mano donde actualmente es la Alameda y luego desvalagarse por toda la jurisdicción de El Montecillo regando y abonando tierras.

Pero llegaron los Carmelos. En menos de nada adquirieron casas y solares, formaron su huerta, echáronle barda, y las aguas perdieron sus cauces. Por esto y por los solares, empezaron las contiendas. De ello dan fe los vetustos cartularios del General de la Nación, en los que los Carmelitas y sus contrapartes sacaron a orear largas alegaciones henchidas de la más conceptuosa y fornida dialéctica.

Al alzar su barda los Descalzos para así defender su huerta de las acechanzas de los montecillenses, el renchido encarceló dos cruces preexistentes desde mucho tiempo ha: una, se encontraba a la altura del templo del Patriarca San José; otra, a cincuenta pasos mal medidos y más allá. A estas pétreas representaciones del Santo leño se refiere mi historia.

En los albores del Viejo San Luis, cuando apenas estaba en ciernes nuestra Muy Noble y Leal Ciudad, cuando el bramo del oro —que dice Fray Basalenque— voló la fama y acudió copia incontable de gente de las demás ciudades y reales, entre los llegados vinieron unos, que son los que importan: dos hidalgüelos de poco más o menos, Thomé Camacho y Jerónimo de la Viña, primos cormanos ellos.

Camacho y De la Viña, salidos de un apacible y desmedrado aldeorrio castellano, procedían de otros reales. Tercos y esperanzados, anduvieron por muchos descubrimientos buscando prosperidades. Cuanto más tupidos les sobrevenían los descalabros, más les

arreciaban las ansias de riquezas. Por dondequiera pasaron estrecheces mil sutilizando en vano su ingenio en pos de una buena cata que los encumbrara, como luego se dice, sobre la espuma y nata de la inagotable opulencia. Pero la loquesca fortuna jamás les hacía cara, los traía en pos de sí dando rotas por las asperezas de la vida. Cuando llegaron aquí, llegaron, como siempre, con las bragas hechas trizas y pelándoselas de hambre y de miseria.

El perenne disfavor los unía más y más. En su terroso y triste pueblo castellano cuando, apenas embarbecidos, salieron de la obediencia de sus padres, éstos les hicieron jurar que en jamás de los jamases ni romperían ni harían nada que menoscabara el buen entendimiento, la tan bien añudada amistad y el muy finítimo parentesco y entroncamiento que había entre ellos; que siempre se valdrían el uno al otro; que en las dichas y en los desmedros y que lo mismo de mozos o ya muy alcanzados de años, el sello del afecto y de la bienquerencia cuartelaría sus vidas y sus obras.

Así, desde que iniciaron ese incesante viajar, nada les enfriaba el afecto. Para el norte que señalaba el uno, allá enrum-baba el otro; el maravedí que gananciaba éste, lo compartía con aquél; la ilusión que recalentaba a Thomé cobijaba también a Jerónimo; y los recios sufrimientos debajo de los cuales los malos quererres de la fortuna hacían pasar al segundo, los pasaba igualmente el primero. Siempre los dos conllevando fraternal y amorosamente la misma idéntica existencia.

Al llegar a San Luis atraillados por esa ansia inalcanzable, por primera providencia subieron al Cerro a registrar minas revolviéndose entre el enjambre de los ambiciosos buscones que triscaban todo aquello. Camacho registró una; paredaña a ésta, De la Viña registró la otra. Después bajaron a solicitar de don Juan de Oñate sendos solares para casa y para haciendas de beneficiar metales. A fin de poder seguir juntos, al filo de la palabra dada a sus progenitores, escogieron los memorados solares donde estaban entonces las canales de la población, donde luce sus exóticas galas ahora el templo del Patriarca San José. Del lado de acá, Thomé; del lado de allá, Jerónimo.

Ahora sí, finalmente, la veleidosa fortuna los llenó de sus favores y les destornilló los grillos de la pobreza. Las catas resultaron ubérrimas. Donde hincaban el pico, allí saltaban las palmas de plata virgen o de oro. En menos de nada repletaron sus arcas. Empezaron a vivir a lo gran señor y a preponerse muy fachendosos el "Don": "Don" Thomé de Camacho y "Don" Jerónimo de la Viña; y a andar bien lucidos y entrajados, muy graves y repompeados; y a ser espléndidos con sus castigados bandullos por tantas hambres trasañejas con buenas comidas a grandes manteles; y a levantar enfrente de los solares que más tarde los Mezas pasarían a los Carmelitas, sus anchurosos caserones a la usanza de entonces, de adobe y tejamanil, con ferrados portones y fornidas rejas ventaneras de macizo mezquite y un farolillo dormilón prendido del alfíz.

Navegando como navegaban con las velas henchidas por el buen querer de la fortuna y con el recuerdo de los procelosos tiempos idos que los marearon, fraguaba mejor el lacre del parentesco y de la amistad que siempre los mantuvo coyundados. Ora en la mansión del uno, ora en la del otro, en compañía de gente ociosa y corrillera, yantaban hasta el hartazgo y bebían hasta la ebriedad; o bien, ya la noche encima, cuando cerraban la jornada, ya sea que hubiesen ido a ver sus minas o que se hubiesen quedado a beneficiar sus metales, o en la casa del uno o en la del otro, en compañía de capigorriones que nunca faltan y servidos por los actuosos criados y esclavos, se daban a juegos de truco y de baraja o a destullir los cuerpos con el baile de la pavana, del polvillo, del alocado bullicuzcuz, del pie del gibao o de la gallarda, o a entonar coplas amatorias al trinado son de las violas y vihuelas y a cantar jácaras y cantinelas alegres en las que se mentaban finezas y desvíos, desamores y abandonos, sin faltar las endechas salerosas y las trovas provocativas.

Con todo, la soledad de continuo los ataraceaba con sus garfios filosos. Las bien abastadas mansiones les parecían hoscas y frías, y deficiente y vana la solícita atención de sirvientes y esclavos estando como estaban sus hogares sin una ama y señora de casa que

los rigiera con destreza y les diera vida con su amor y su presencia. Decidieron tomar estado.

Para llegar al altar, no quisieron mozas de la tierra. Mandaron misivas a sus padres para que allá, en la aldehuela nativa, ellos concertaran los desposorios con las que mejor les conviniera, con damas de alto nacimiento ya que Thomé y Jerónimo, por acá, habían alcanzado mucho fuste y calidad. Mandaron los poderes y, junto con ellas, unos arcaces con pendientes, sortijas de esmeraldas, pinos de oro para el cabello, rosarios de amatistas, perendengues y porción de joyas, más buena cuenta de doblones para añadir a los presentes y para solventar la travesía de las futuras esposas.

Los padres, poderes y presentes en mano, porque donde hay dinero hay calidad, seleccionaron entre las más alcorniadas familias del villorrio a las mujeres para sus hijos. Sobraban aspirantes entre la aristocracia lugareña. Casaron a las elegidas, a distancia y por poder, y las embarcaron para América. Ellas eran doña Melchora, la de Camacho, y doña María, la que tocó a De la Viña.

Las impacientes ansias de los nuevos esposos no los dejaron estar quedos. El uno diputó conveniente y necesario ir hasta el puerto de la Vera Cruz a recibir a la cónyuge, y el otro, sin más, como estaban acostumbrados a no desear sino el mismo querer y a no escoger sino la misma intención, opinó lo mismo. Hasta la Veracruz las fueron a esperar.

Allí empezaron los enojos y las querellas. Verse, conocerse, descubrir los hondísimos y finítimos afectos que con muy consistente urdimbre ataban a los hombres entre sí y efluir como impetuosa lava los quemantes celos en el corazón de las mujeres, todo fue uno. A doña Melchora, la de Camacho, le cogió para sí una furente animadversión en contra de De la Viña; igualmente a doña María, la de De la Viña, en contra de Camacho. Las dos mujeres, cada cual por su lado, a solapo de los demás, hicieron para sí el robusto e indesviable propósito de no cejar en la vida hasta no separar, aun con el infranqueable abismo de los odios, entre sí, a los primos corma-

nos sus cónyuges. Y empezaron por separarse ellas: se arrebazaron en una fiera malquerencia que no dejaba al descubierto ningún sentimiento bueno de la una a la otra. Los celos les habían metido sus lanzas hasta los regatones.

Se esfumó el sosiego. Por cualquier nonadilla Melchora le buscaba el pelo al huevo, como luego se dice, en contra de De la Viña; y doña María en contra de Camacho. En las noches, y aún en los días, a espalda de los otros, las mujeres hacían agrias reclamaciones a sus hombres por el mucho afecto que se guardaban. Otra cosa no sabían mentar. Cuando se reunían para el yantar o para proseguir el viaje, no les era dable a los maridos ni concertar las cosas atañaderas al camino porque incontinenti ellas se emboscaban en un acedo aire irrespirable atufadas de ira. Nada las bajaba de su encono.

Con los corazones encizañados llegaron a San Luis. Por fuerza don Thomé y don Jerónimo, para no embravecer más a sus respectivas cónyuges, hubieron de tratarse menos. De nada sirvió que las casas fuesen paredañas. Esto no era sino echar lumbre a la hoguera. Además de deshacer algunos tratos entre ellos, ya no retornaron aquellas fiestas, aquellos banquetes, aquellas veladas de antaño.

Como las mujeres no pudieron clavar la malquerencia entre sus hombres, apuraron todos sus ingenios, llegada la hora en que fueron madres, en clavarla entre sus hijos. La fueron suministrando con la leche. Los primeros pucheros, las primeras palabras, las primeras amenazas, tanto doña Melchora como doña María, empujaban a sus hijos para que encaminaran eso en contra de las criaturas de al lado. Y cuando éstas ya estuvieron en condiciones de mostrarse dueñas de sus movimientos y de recorrer mundo, la primera salida era siempre para provocar a los vecinos con dichos y con hechos.

Mientras los demás niños del rumbo buscaban solaces en ingenuas travesuras, en conversaciones inocentes o en diversiones de

la edad jugando a la guzpatarra, a la coxcojuela o la pata coja, que es lo mismo, o a la chita y al empújote el haba, los Camacho y De las Viñas, tanto los del uno como los del otro sexo andaban a coz y bocado sempiternos. Estas eran sus consuetas y diarias placenterías: tratarse de bellacos y de mientes, gritarse a voz en cuello despechos y escarnios, canjear acres burletas, decirse frases chocarreas y vilipendiosas, primero; después, ya encrudecidos los ánimos, brincaban a los atronadores mamporros, a los reverses mañosos y a los choques con furia y ardimiento. De niños, se empezaban a dar batalla en rifirrafes de nada; pero conforme iban embarneciendo, embarnecían también las grescas, hasta dejarse hechos una pura alheña.

Lo que iniciaron doña Melchora y doña María y, no pudiéndole evitar, conllevaron muy resignadamente don Thomé y don Jerónimo, se hizo ley entre ambas familias. Sentada la ejecutoria, se convirtió en una triste historia lastimera. La femenil animadversión engendró una mortal enemiga entre los retoños de las dos señoras. El costal de inquina pasó muy religiosa y puntualmente de los hijos de éstas a los otros hijos y de generación en generación. Cuando la contumeliosa tarea andaba ya entre los rebisnietos, nadie conocía el por qué. Sólo se sabía que era un compromiso muy viejo, en el que iba la honor. Simplemente recibían esta herencia rijosa que legaron las rebisabuelas, la ejercitaban con celo melindroso y traspasaban, sin mermarle un punto, a los que venían detrás. A pesar de los muchos años no empalidecía la roja llamara-da de la recíproca inquina.

En eso entraron a la luz y contingencias de este mundo, y dio la casualidad que en el mismo momento y horas, un Camacho y una De la Viña, que de allí a dos días, cuando los sacaron de la pila bautismal, se habrían de llamar Sebastián, aquél, y Tomasa, ésta. Fueron los últimos retoños de las rijosas familias. Habían empleado ellas por más de un siglo todos sus mejores bríos en esos atareos animosos, y como que las mujeres ya no tenían alientos para más. Con estos dos nuevos retoños y uno que ya tenían los De la Viña, quedaron sólo tres para alongar entre los tiempos la onerosa comisión de la mutua enemiga.

Sebastiancico y Tomasina, aunque el sexo dispar, eran del mismo tonelaje. Al iniciar sus gateos, de consumo decidieron empezar cuanto antes a cumplir con el tácito y ancestral compromiso. Con una precocidad muy por encima de sus meses, que no de sus años, echaron a vuelo y a distancia, dengues afrontosos y manoteos de amenaza; de allí a poco cambiaron a los arañazos, a los empujones desdorosos y a las palabras vilipendiosas; luego, cuando ya se tenían de pie y la lengua disponía de más soltura, se mofaban con agudezas cónicas y con groseras galanías y armaban los primeros reencuentros sanguinosos.

En tan áspera escuela fueron creciendo Sebastiancico y Tomasina. De vez en vez, para desentumecer su genio fosfórico, intervenía el otro De la Viña, Pedro, más grandulón.

Pero como las cosas de este mundo no tienen permanencia, y como no solo los bienes y la vida sino aun los males es notorio que al fin llegan a su fin, un día, después de una de tantas rechispeantes zacapelas y de que Tomasina casi le descuajó y de una mordida el dedo gordal a Sebastiancico y le anubló un ojo de un manotazo y le fendió el labio de feroz mamporro, la niña, al ver al mozalbillo con el rostro rojeado en su sangre, y al consentirse ella misma desgredada, con la faz tumefacta y tambaleante por las innúmeras contusiones, sintió que sus adentros cambiaban súbitamente de norte: se esfumaba aquel odio tan desconcertado y la ocupaba de lleno un otro sentimiento que le empujaba su voluntad hacia el macebillo; el cual, a su vez, la veía tiernamente con largos mirares amorosos. En ese mutuo embebescimiento, recogidas las almas, sin soltar parola, discurrieron un rato, mirándose, pero con nuevos ojos. Al cabo, en son de afectuoso requiebro, él le tendió las manos y ella recogió la recuesta. Entonces la Tomasina comenzóle a acariciar. . .

Vinieron luego días de extraño desosiego para el par de mancebos. Cesaron del todo las escarapelas. No hacían otra cosa que buscarse a hurto de los inquisos padres, mirarse, intercambiarse mil autos de enamorados y retraerse a sus caserones. Más

tarde, asentadas las cosas y puesto en claro entre ellos que los había despulsado el amor, tornaron a las andadas. Desde entonces así procedían: entre coloquios y confesiones de enamorados y bravuconerías y fieros de enemistados. Se juraban amores, en seguida se mostraban desviados y desamorosos, y acababan hablando rotamente y con lengua provocativa. Intermediaban el requiebro amoroso con las caídas en pleitos y enojos.

Pedro, el hermano de Tomasina, cató estos altibajos, y el esperado descubrimiento le acedó más el humor. Para entonces Sebastián y Tomasina hacían ya ostentación de la bizarría de mancebos, de modo que cuando el primero, muy soberbio y figurero, fue a moverle guerra al segundo, pelearon a lo hombre, y también la tercera hizo lo suyo. Lo que no ablandan razones, a duro golpe se negocia. Y por los golpes de entreambos, de Sebastián y de Tomasa, Pedro envainó sus iras, más solo para ir corriendo a echarles a sus padres, como luego dicen, la pulga detrás de la oreja.

Los Camacho y los De la Viña grandes, aunque ya alcanzados de años, retomaron lo que habían dejado en manos de los mozos, el pleito. Los De la Viña fueron a dar batería a los Camacho, como en los buenos tiempos. Las remotas rebisabuelas difuntas, iniciadoras de estas inacabables sanfrancias, les transvenaban la pertinaz malquerencia. El señor y la señora De la Viña la emprendieron a dicterios y braverías en contra del señor y la señora Camacho, cada quien con su cada cual; y éstos respondieron por las mismas consonancias. Entre la gente chica, Pedro arremetió sobre Sebastián, y Tomasa le daba favor ora al uno ora al otro, con parejo y alternador encono. Y esto se repitió muchas veces; al igual que las imprecaciones, amenazas, maldiciones y mojicones sobre uno y otro enamorado con sus respectivos hogares.

Sebastián y Tomasa, ya muy hechos y derechos, después de sesudos considerandos tupidos de macizas razones y mutuas ofensas y recriminaciones, decidieron darle cabal fin a esa situación, no sólo a hurto sino aun en contra del querer de sus padres, tomando la única vereda que les era dable tomar; hacerse marido y mujer sin

los trámites del matrimonio. Tomasina perdió su flor. Pedro lo advirtió. Los dejó hacer. Y en una de tantas, cuando, en las haldas de la noche, los dos amantes concurrían a la cita, parándoseles enfrente, hecho un moro de enojo, les cortó los pasos armado de filoso puñal, de esos que llaman “de misericordia”.

—“¡Guarte, guarte, burlador! No digas que no te aviso. . .”.

Sebastián, la mano puesta en la guarnición de la espada y haciendo arrastrar a lo bravo la rodejilla, le respondió con aire fiero:

—“Oxte con el bellaco!”

—“¡Mueral”, replicó Pedro. “¡Voto a Cristo con el fullero!”

—“Mueral”, contestó Sebastián, desenvainando a su vez, y repitiendo: “¡Mueral” se arrojó sobre su rival.

Fulguraba en los ojos de los contendientes el odio antañón ciendoblado por el traspaso de generación en generación; saltaban chispas de los aceros; atronaban las bravas razones. Tomasa, no pudiendo separar a los rijosos, llamó con gritos adementados a la una y a la otra familia. Los mozos, con furiosos y certeros metisacas, hasta los gavilanes, quedaron al último boquear. Solo así sosegaron, sin que ya nada ni nadie pudieran restituirlos a la vida. Uno aquí, el otro allá, frente a sus respectivas casonas.

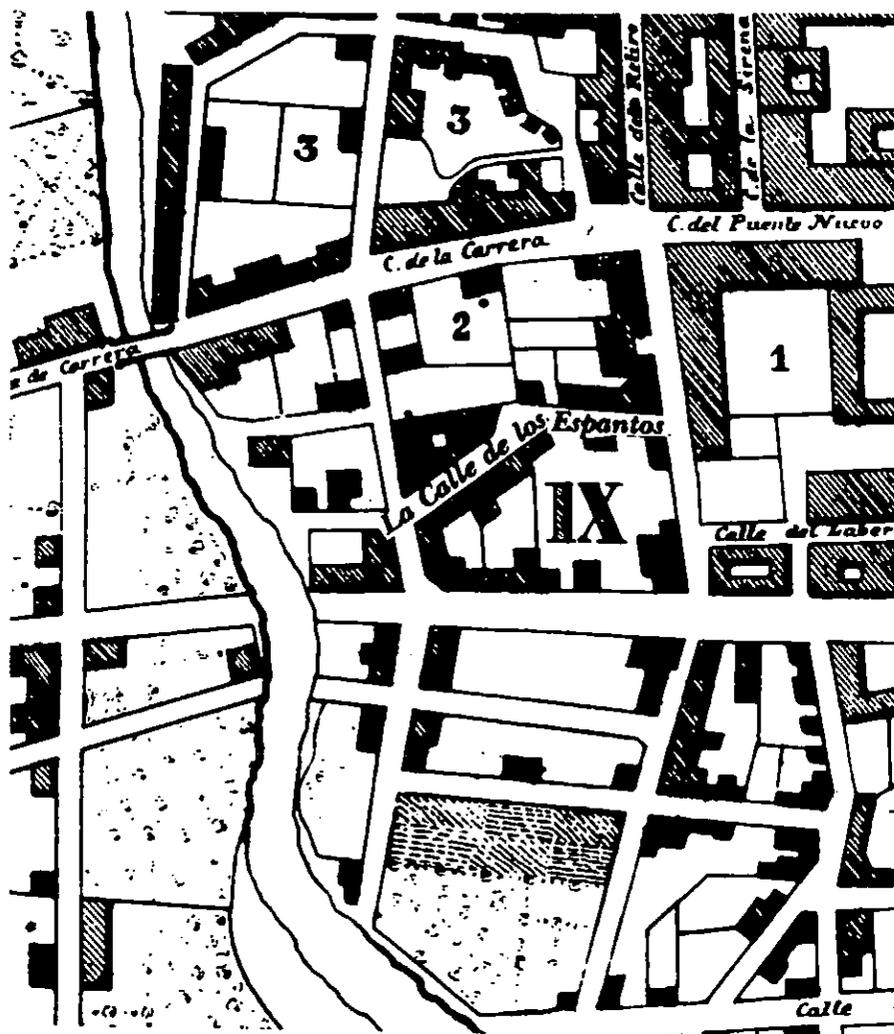
Fue donde los padres de ambos, cada quien a su propio hijo, levantaron las cruces de piedra por mí arriba memoradas. La una, de cantera gris, la otra, de cantera rosa. A ésta el vulgo la llamó “La Cruz Colorada”; a aquélla, “La Cruz de Camacho”.

Estuvieron en pie por años y años. Los viandantes, al pasar al par de ellas, se santiguaban con medror y devoción, rezaban un Padre Nuestro a las ánimas de sus dueños y depositaban una piedra más cabe la peña. Al tender su barda los Descalzos, las encerraron

en sendos nichos. Por el 70 del siglo pasado, al requisar la huerta de los Carmelos para convertirla en paseo público, junto con la barda tiraron las cruces. Para entonces ya las Hermanas de la Caridad, cuando tuvieron a su cargo el Hospital Civil, antes Hospital de San Juan de Dios, sito a la sazón al lado sur de la iglesia de San José, habían empezado la construcción de una capilla provisional en donde hoy se irgue el mentado templo. Ellas recogieron de entre las ruinas "La Cruz de Camacho". El tiempo andando, cuando don Cástulo del mismo apelativo se echó a cuestras, con piadoso y terco afán, la tarea de la fábrica de dicha iglesia, incrustó en la fachada de ella, sobre la puerta principal, la sobredicha cruz, labrada en memoria de la mala muerte de un su remoto antecesor y en memoria del mismo puesta a salvo y a las laudes de la devoción.

Por ésta y por "La Cruz Colorada", a esa calleja que durante tantos años adornaron, la llamó el vulgo "La Calle de las Cruces". Y es fama que Tomasa, que pasó a la historia como Tomasa la Biña, día tras día, hasta fenecer ya muy cargada de años, en el mismo punto y hora en que tuvieron tan trágico acabar su hermano y su amador, les rezaba trisagios y misereres, salidos de muy adentro, a cada uno, al pie de cada cruz.

Esto ha de haber sido al empezar el siglo de antier, que es lo que yo me colijo. De punto, no se sabe, o al menos yo no lo sé. Lo que sí es verdad probada es que, en octubre de 1755, cuando por obra de las contradicciones entre los Descalzos y los de El Montecillo, fue preciso hacer nuevas medidas y deslindes, en las actas levantadas por los pendolistas se mientan claramente "La Cruz que llaman de Camacho", "La Cruz Colorada" y la heredad de "Tomasa la Biña", única supérsite en ese lejano entonces de las pleiteantes familias.



CALLE DE LOS ESPANTOS

Hoy de Zarzosa. Por allí se tendían las vetustas haciendas de beneficio. Laurent lo dibujó con mucha geometría, pero no era así precisamente.

LA CALLE DE LOS ESPANTOS

Para la anhelante de doña María de Ayala tomar estado y meterse por la fragosa vía de la amargura, fue todo uno. El casorio, para ella, fue todo al revés de lo que esperaba. Y esperó mucho. Durante años fue amontonando, con inacabable paciencia y terca laboriosidad, ilusiones y más ilusiones; primero, como adolescente ensoñadora, en seguida, como vehemente moza casadera y, por fin, como hembra madura finítima a la desesperanza. Tardaron mucho en cuajar las ilusiones, tanto que, cuando ya veía como segura, llena de pávido asombro, e ineludible, el quedarse a vestir santos, apareció, asomándose a la claraboya de su expectante corazón, el recio y curtido milite don Abel Correa, capitán segundo de milicias.

Cargada de mil ansias, y por si era el último, no se detuvo a considerar la de Ayala las bondades o maldades del futuro consorte. A la embestida inicial, respondió con una provocativa y feble resistencia, para rendirse luego, con armas y bagajes. Las ardorosas palabras de su amador, los fornidos juramentos, las copiosas muestras de ternura, ciendoblaron sus bríos para llegar a donde ansiaba, el altar, del que bajó convertida en mujer legítima de su hombre. Y fue cuando el amor cogió por una vereda insospechada.

El corazón aquel, todo arrobos y ternuras antes, resultó aposentamiento de un alma pavorosa y rebufante, a la que carcomían los celos. La que esperaba ser reina en una mansión llena de atuendos, paró en reclusa. Ni a la ventana permitía el milite que se asomara la mujer. Y, además de reclusa, en esclava. El tálamo, sólo lo ocupaba en ratos, porque su colchón ordinario era el vivo suelo. Por cualquier nonadilla, la tundía a puntapiés; de caricias,

únicamente probó la doliente doña María, continuos atronadores y feroces mamporros.

El alacranado mlite aisló a la mujer de todo y de todos. Ni a la iglesia, siquiera en la cuaresma, la dejaba ir; menos al mercado. Bastimentos, ropa, enseres, todo le acarreaba el esposo y carcelero. Y, para quitarle de cuajo la ocurrencia de una evasión, con descomunal candado el Correa estuchaba las puerta de su hogar. Con tamaño calvario, a la de Ayala se le secó el vientre, y no dio hijos. Hasta de ese legítimo y natural consuelo se vio desposeída.

Pero, como las cosas de esta vida no tienen permanencia y como es bien sabido que no hay mal que cien años dure ni enfermo que los aguante, todo se trastocó en la sufrida mujer. El amor de un principio, se le huyó del corazón y se avecindó en él, entonces, un extraño y sutil odio llevado con mucha manderecha; dio de través a los lamentos y desecó sus ojos; de ahí para adelante, ni una lágrima ni una queja, una actuosa sumisión y mansedumbre.

En su corazón ayermado, empezó a urdir la venganza. Aprovechando que el marido, muy de mañana, con los luceros, se iba al cuartel — que entonces era el de La Estacada — se dio a vagar por las azoteas, en busca de una casa vacía por dónde ganar las calles. Fue cosa de días y días. Aunque siempre lo mismo, todas con gente, no cayó en desánimo. El que persevera alcanza, asienta — y asienta muy bien — un dicho.

Habiendo dado con lo que precisaba, lo demás fue cosa fácil. Muy cerca de su casa habitación, en la ombrosa calle de La Co-comelca o Del Testerazo, como también la nominaban — hoy 2 de Abril — vivía una mujer maleficia, llena de habilidades increíbles, que ejercía el arte cisorio, una de esas que se dedican a la nigromancia, a la sortería y a las cerradas artes divinatorias, y que predecía futuros, cortaba males, desleía ojos y enderezaba entuer-tos con sus astrologías, sus geomancias y sus cábalas. Se hizo diligente discípula de ésta y se inició en el tenebroso arte de la brujería. En menos de nada, compelida por las dinámicas ansias

vindicativas, aprendió a manejar polvos mefíticos, pociones, toda clase de mezclas, pestilentes brebajes, tisanas, elixires conformativos, muñecos de trapo, sortilegios, ensalmos, filtros afrodisíacos, narcóticos y simpáticos, triacas, amuletos, talismanes, conjuros, emplastos, mejunjes, varas de virtud, exorcismos, invocaciones, sahumeros, encantamientos, pactos de sangre, hechizos, unciones mágicas y todos los menesteres, ritos y útiles necesarios para el cabal ejercicio de la diabólica magia negra.

Adoctrinada por su preceptora, doña María alcanzó a llegar hasta lo más intrínseco de la brujería. Aprendió, lo primero, y de cuerito a cuerito, *El libro infernal* de Jonás Sufurino, que es como la cartina de la geomancia; *El libro de San Cipriano o el tesoro del hechicero*, un voluminoso manual, indispensable en la librería de cualquier brujo que se respete; *Los admirables secretos de Alberto el Grande y Escuela de Sortilegios*, de Grimorio, que son los *vade-mecum* de todo encantador y perito de exconjuros e invocaciones; *La suma de la sortería*, de Simón Mago, obeso mamotreto, riquísimo en toda clase de recetas negras y otros libracos de este jaez.

Aprendió, también, la rigurosa jerarquía y trato con los espíritus infernales que todo nigromante debe tener a su disposición mediante el pacto: Lucifer, emperador, Belzebuth, príncipe, Astorotch, granduque; y los espíritus superiores subordinados a éstos: Lucifugo, primer ministro, Satanaquia, gran general, Agaliereth, comandante, Fleurety, teniente general, Sargatanás, brigadier, Nebiros, mariscal de campo; y los otros inferiores, que son como cornetas de los anteriores: Mirion, Belial y Anagatón, y sus subordinados Beal, Marbas, Barbatos, Gusataán, Balafar, Ayperos, etc., y todas las precisas y concretas funciones que competen a cada uno y el modo de atraerlos.

Y todas las mañas: distinguir, en medio del opaco plenilunio, la mandrágora del licopodio, el cincoenrama del beleño, el estramonio de la belladona, la hierba doncella del muérdago de encina y el heliotropo de la lengua de perro; y a recolectar dichas

hierbas sin que amenguara un punto su virtud benéfica o maléfica, a según; y a cazar cuervos machos, víboras de siete cascabeles, chuparrosas, sapos, muerciélagos, mirlos, a la misma enlanguecida luz, y a destriparlos ya para utilizar la sangre o los sesos o las entrañas, ya para disecar los cuerpos o para aprovechar los cueros, plumas, garras, picos, ojos, lenguas, dientes y huesos; a exhumar cadáveres de mujeres a las que se les huyó la vida cuando estaban encinta y de niños muertos antes de que las aguas del bautismo les lustraran la mollera; a hervir en el caldero, colgado de un trípode hecho con ramas de pirul verde, hasta alcanzar el punto requerido, los zumos de las raíces y de todo el herbolario brujeril, majadas en una calota de puerco espín; a usar con todo el tino y eficacia la piedra imán, el agua de sol, la llave de los pactos, el anillo de Salomón, la rueda de Agamenón, la aguja de Cleopatra, la muela de Santa Apolonia, la nuez de San Blas, la vara de Moisés, el ojo de Maimón, la clavícula del Rey Salomón, la medalla del gran Nakir; y a ejecutar complicadas operaciones matemáticas, hasta dar con el número cabalístico más apeliado; a ensartar debidamente palabras, ora devotas ora malsonantes, para acompañar los sortilegios, invocaciones, ensalmos, conjuros, sahumeros y exorcismos; y a armar monos de trapo, rellenarlos de pelos, cenizas, polvos, hierbas y practicar en ellos la acupuntura con espinas de nopal tapón, de mala mujer, de samandoca, de sávila y de otras plantas punzantes ya para meter una mala dolencia ya para sacarla.

Con esta larga cauda de conocimientos nigrománticos, doña María enderezó todas sus terribles baterías en contra de su malhumorado cónyuge para desbravarle los ímpetus y satisfacer su ansia ardiente, maciza y trasañeja de vindicta. Ni qué decir que volcó en él, ya en efigie ya en persona, todas sus habilidades. Los indómitos bríos, el fosfórico temperamento, lo insufrible, se fue emollecendo poco a poco, hasta quedar nada. Dejó de ser el de antes. Ya no volvió a masticar oscuras palabras a somormujo o a grito abierto. Olvidó el candado, francas dejó todas las puertas, no volvió a ponerle las manos encima a su mujer, ni a gritarle cosas. Paró en todo miel, comedimientos sin fin y amabilidades exquisitas.

Y doña María volvió al sol. De triguito de Dolores que parecía, recobró las chapas, embarneció. Muy saludadora y parlera, se dio a conocer a las vecinas, y con sus buenos modos les robó la voluntad. Muy bien quista por sus amables procederés, entraba y salía de todas las casas del vecindario, no dejando detrás de sí más que muy honrosos comentarios. Atesoraba simpatías. Era como el gorrón sobre el cual giraba la vida entera de la pava comunidad del Callejón de Zarzosa, apellidado así desde muy antiguo.

El marido, mientras tanto, por las satánicas hechicerías de su mujer, proseguía adentrándose en una indefinida insanidad, cual si se le estuviera zafando la razón. Ya no tenía nada de aquella pretérita impetuosidad y dureza. Todo mansedumbre, no hacía más que escagularse en el patio de la casa a chupar sol.

De pronto, el Callejón de Zarzosa, tan lleno de quietud, tan vacío de estrépitos, tan colmado de amicísimos afectos, se inundó de sobresaltos y temores. En las noches, y más en las noches umbrosas de menguante o en las argentadas de plenilunio, se cernían sobre toda la calleja emanaciones pestíferas, insoportables, ruidos de resquebrajar los tímpanos, de cadenas, de tambores, de fogonazos, roncós unos, chillones otros; ayes despavoridos de arrugar el corazón y clangores de partir el alma; humos negros, morados, rojos; sombras en vuelo; carreras por las azoteas como de todo un tropel desbocado arrastrando cadenas; retumbares so tierra, de tambalearse las casas.

Los vecinos, convertido el silente y recoleto callejón en saturnal o aquelarre del Averno, se vieron forzados a poner las cosas en oídos de la autoridad. El alcalde mandó al jefe de los serenos a observar los extraños acontecimientos. Y en la misma noche, al apretar la oscuridad, unas bolas ígneas, como de una vara de diámetro, empezaron a rodar por las azoteas. Salían pegando brinquitos, de las casas del capitán Correa y, después de rondar por los demás pretils, volvían a ella; las arreaban unos silbos fortísimos revueltos con palabras malsonantes de la peor calidad. De cuando en vez aparecían pestíferas tufaradas e informes lenguas de humo,

que borraaban las bolas y se quedaban remeciéndose en los aires, al par que unos gritos destemplados, que no parecían salidos de ningún pecho humano, atronaban los aires. A éstos se sumaron los llantos de los niños, las exclamaciones de las mujeres y los denuetos de los hombres, que todos se apiñaron en el medio del callejón para desvanecer sustos e infundir ánimos, mientras los cuerpos se empapaban de sobrecogidos humores, y los labios espantados barbotaban Magníficas y oraciones a la Sombra del Señor San Pedro, al Alma Sola, a la Espada Flamífera de San Miguel, al Cayado de San Cristóbal, a las Benditas Animas y a Todos los Santos.

Cuando se hubo desvanecido aquello, les fue volviendo el alma a los cuerpos. Todos se sintieron entonces, cargados de osadía, muy finchados, muy ternes, y como vieran que de la casa del Capitán Correa salían las causas del espanto y de allí no se asomó nadie, decidieron violarla.

Con recias aldabas llamaron muchas veces a la puerta; la zarandearon con furiosa impaciencia; sacudieron las ventanas. Ninguna señal vino en respuesta. Ya no les cupo duda. Juntaron más y más enojo. Se llenó el Callejón de curiosos dispuestos al asalto. Como no les abrieran, se derramaron por las casas vecinas para ganar las azoteas y meterse en la de los Correa, descendiendo de ellas.

Un enjambre de valientes comandados por el sereno se aprestaron al abordaje, y cuando buscaban el modo de bajar al patio, un deslumbrante fognazo los bañó de luz, quitándoles la facultad de ver; una forma negra, con una larga estela de chispazos, saltó hacia los aires; y una carcajada violenta, temblorante, larguísima, cerró el tranquilizo. A los valientes violadores se les fue todo ejercicio, de la voz, del movimiento, del respiro. Los volvió a sobrecoger el miedo. Algunos se fueron de aguas y los más quedaron agarrotados.

El puntillo de la honra los volvió en sí, les aflojó la lengua y el cuerpo, les despercudió el seso y, como eran muchos, pronto enderezaron sus ánimos para dar cabal fin al abordaje.

Con sogas y escaleras alcanzaron el patio, donde se arracimaron todos para reparar miedos. Un espantoso silencio emanaba de las piezas con las puertas destrancadas y oscuras, oscurísimas. Las recorrieron, sin encontrar persona alguna. Y fue en la última, en la del corral donde a la mortecina luz de lámparas de sebo, encontraron la oficina de la Correa, bien abastada de cuanto es menester para el ejercicio de la magia negra; y en el suelo, sobre una cruz de tierra, con las extremidades fuertemente amarradas con cuero crudo a sendas estacas, al infeliz consorte, con el cuerpo transido por largas y afiladas espinas, vomitando líquidos malolientes y espumosos y los desorbitados ojos clavados en inalcanzables lejanías. Como no encontraron a la mujer, los maliciosos concluyeron que, cuando ellos estaban para bajar al patio, la bruja huyó montada en una escoba. Y por eso el fogonazo.

Con tamañas muestras de criminalidad a la mano, las autoridades entraron de lleno en el asunto. Al Capitán lo condujeron al hospital, por esa noche cerraron y sellaron la casa; y, al llegar la claridad, cuando de nuevo, con notario que diera fe y testigos, entraron en la desolada mansión, encontraron a la bruja, tirada en la puerta de taller, inundada de sudores y carente de sentido. Bajo fuerte custodia la llevaron a Las Recogidas, donde, en el más seguro calabozo, la cargaron de grillos y cadenas.

Largos meses corrieron mientras se le sustanciaba la causa a la bruja. Esta se refugió en un consistente mutismo que no rompió ni la aplicación del potro y el garrote. Al adementado milite, no hubo manera de sacarlo de su insania. Unos parientes radicados en el Nuevo Reino de León, lo recogieron, y no se supo más de él. La nigromántica mujer, al poco tiempo, se convirtió en una vieja carcamal, espantable y repelente, que solo sabía derramar miedos entre las reclusas. Jamás dijo palabra. Selló su boca para siempre. Y sólo se abrió para que se le huyera el alma. El Callejón de Zarzosa, se vació. Ni los perros osaban transitar por él, durante mucho tiempo, mientras siguieron los ruidos y las diabólicas apariciones, que cesaron del todo al morir la malfamada y malaventurada doña María de Ayala. Y, por eso, las gentes del Viejo San Luis apellidaron a esa parva y recóndita rúa: *La Calle de los Espantos*.

EL CALLEJON DE EL PERICO

La formación del mal llamado Eje Vial trastocó toda esa zona. Desde los albores del Viejo San Luis se le llamó La Lagunita, el Barrio de La Lagunita. Por 1592, o desde antes, las aguas broncas de los entonces frecuentes y gruesos aguaceros que se abatían sobre la ciudad, en parte paraban por ahí y formaban una perenne charca o ciénega. La cual se nutría, además, con los tercós escurrideros de los muchos manantiales que había cerca de la Plaza de Armas: Los Ojos de Agua del Rey, Los Ojos de Agua de las Magdalenas, Los Ojos de Don Pascual y otros más. La tal ciénega a veces, sin ningún pudor, se metía de rondón en la Plazuela de San Juan de Dios.

Por obra de esa Lagunita, la mancha urbana durante siglos no pudo crecer en sus alrededores. Cuando más, se establecieron anchas haciendas de beneficiar metales, que desvalagaban sus escorias por todo el contorno. De modo que, de fijo, ahí quedó atorado el límite de la ciudad con la villa de El Montecillo. Todavía antes de que llegara el ferrocarril, por 1888, ahí concluía San Luis por el viento del noroeste.

Servía como de mojonera una casa llamada “De la Escoleta”. Aunque ya para entonces, conmedios del siglo pasado, algunas de esas haciendas de beneficiar metales habían desaparecido, tasajeadas por muchos callejones informes, estrechos, desaliñados: Del Beso, De los Afligidos, De las Animas, De la Duda, De la Loza, Del Perico. Todos ellos fueron apareciendo entre la huerta de los Carmelos — hoy Alameda — y el Barrio del Venadito.

El Callejón de El Perico, al parecer, vino a la vida cuando se

formó en los amplios corrales de una de dichas haciendas el algare-ro Mesón de las Animas, en el que se aposentaban los arrieros y viandantes que llegaban al Viejo San Luis por los caminos del oriente.

El tal callejón, por un lado, moría en la esquina del suso-dicho mesón; por el otro, topaba con el callejón De los Afligidos. Inicialmente, como todas esas callejas, nació sin nombre, en espera de que el vulgo parlero y decidor le impusiera uno, preciso, emotivo, original, por obra de algún suceso memorable.

Como digo, por allí estaba "La Escoleta". En ella abrió el buen párroco de la ciudad una "Amiga", o sea, una modesta escuela para los marginados párvulos de ese rumbo. Rudimentaria escuela en la que se enseñaba a leer, escribir, contar y, por supuesto, el catecismo. La encomendó a Jesusita, dulce y abnegada anciana, profesora empírica, que había enriquecido su existencia in-doctrinando chiquillos bróncos y analfabetos.

Por allí, en las primeras casuchas mal alzadas en el neonato callejón sin nombre, abrió también su desbaratada oficina un tala-bartero, renegado y blasfemo, decidor y maldiciente, a quien apodaron El Renco, por su modo de caminar.

Pronto se vio que, distando apenas algo más de un tiro de piedra mal tirada, la mentada talabartería y La Amiga no podían hacer buena yunta. Mientras Jesusita, repleta de piadosos sentimientos, imbuía en sus alumnos santos procederes, temor y amor a Dios y al prójimo, hablares decorosos henchidos de respeto, El Renco barbotaba en su taller, de oírse hasta más allá de la banqueta de enfrente, inmundos pesiatales, blasfemias de romper los tímpanos, palabrotas indecibles, sin ton ni son, por el más chico motivo. Analfabeto indómito, así como no podía estar sin proferir a boca llena obscenidades, tampoco podía sufrir la vista de los párvulos que, pizarra bajo el brazo y el *Silabario de San Miguel*, se encaminaban o tornaban de La Amiga, y los bañaba con asquerosos dicte-rios irrepetibles. Peor las cosas cuando algún chiquillo, inspirado

por el diablo — que otra cosa no podía ser —, brincando miedo y cordura, le contestaba con las mismas consonantes o con el sugestivo “Tú lo serás. . .” o con el indiferente “Alzo pata. . .”, en son de mofa y escarnio, haciendo perversa alusión a la entumida de El Renco.

Por chunga y diversión, el talabartero se liaba en briosos tiroteos con los arrieros que a diario entraban o salían del Mesón de Las Animas. Con ellos no podía, siempre le iban un paso adelante. Doctores en el mal decir, graduados en las eficaces aulas de los corrillos de sus congéneres y en paraderos y garitas, con larga y fructífera práctica en el recio arreo de las recuas, siempre traían alguna blasfemia, algún decir, algún ajo nuevo; sonoro, macizo y preñado de sentido, con su respectivo ademán o chiflido que lo tornaba más agresivo.

Entre estos arrieros, maestros y doctores en el mal decir, un buen día cayó uno, superior a los otros en estas infernales artes. Su gracia, original, sorprendente e insólita, esta en que, como si practicara la ventriloquía, no hablaba él sino el perico que siempre y por dondequiera lo acompañaba. Un perico parlero, de donosa estampa, inquieto, de esos de copete amarillo, que fácilmente se encrespaba por cualquier nonadilla y soltaba el pico.

El susodicho arriero descubrió al perico allá por las zonas costeras. Según decían, por el puerto de Alvarado. El pájaro, implume todavía, yacía a media vereda atontado por la caída del nido. El arriero lo recogió y nutrió. Desde entonces se convirtieron en indivisibles compañeros. El perico convirtió la cabeza de la silla en percha. Y cuando alcanzó la edad suficiente para volar, de brinco en brinco andaba por sobre todas las bestias de la recua.

Al mismo tiempo, el mentado perico aprendió con una diligencia y aprovechamiento dignos de mejor causa, todo el atronador vocabulario arrieril. Y los retumbantes y expresivos chiflidos. Los emitía estridentes, rotundos, incitantes, con una destreza incomparable. El arriero ya no necesitó ni el látigo, ni de vara, ni de

improperios. Los gritos y silbidos del pajarraco, oportunos, contundentes, acertados, y más en la oreja de la bestia remisa, resultaron superiores a cualquier intervención humana.

El encuentro inicial del perico y El Renco estrujó a la plebanía. Precisamente cuando aquél, encaramado en lo más alto de la carga de una mula, paraba por el frente del taller de éste, el maldiciente talabartero increpaba ardorosamente a los párvulos de La Amiga. A los agresivos desnuestos contestó el perico haciendo gala de lo mucho que sabía. Irrefrenable, barbotó blasfemias, insultos y obscenidades salpimentadas donosamente con chiflidos provocativos y denigrantes. Luego, con un sonoro "Ooooh" arrastrado y tajante, a lo arriero, el perico detuvo la recua, erizó el plumaje y brincó sobre la cabeza de la mula más alta. Allí, desde ese púlpito, en su impetuosa animalidad irracional, con la cuerda de los reflejos condicionados, inició un largo intercambio de procacidades con el desfachatado Renco.

El estruendo de tamaña alharaca alborotó al cotorro. El ruín callejón, de suyo tan intransitado, se llenó de curiosos. El Mesón de Las Animas se vació. Las pulquerías y tendajillos del rumbo se quedaron solos. Se formó un amplio cerco de mirones. Pura gente de trueno, que azuzaba más y más al perico y le aplaudía con regocijado frenesí sus descocadas interpelaciones. Por fin, el pajarraco, recordando sus deberes, le espetó al talabartero un estruendoso y ofensivo saludo a la madre, acompañado de un sonoro chiflido y otros más a las bestias, para retomar el paso, y encaminó la recua hacia el Mesón de Las Animas.

Las inusuales gracias del perico, el grosor de los dicterios y el recio aplomo para dispararlos, cautivaron a El Renco. Ya no quiso otra cosa que hacerlo suyo. Abordó al dueño. Le pidió, le rogó, le ofreció el oro y el moro. Por último, al cabo de tercios regateos, a cambio de una silla de montar primorosamente bordada y de unas chaparreras, se adueñó del malhablado perico.

Ya suyo, lo acomodó en una percha pendiente del dintel de

la talabartería y formó un tornavoz de cuero para agrandar la resonancia. El animal se convirtió en solicitado y aplaudido actor de un singular espectáculo. No había transeúnte al que, simplemente por nada, tan sólo por verlo pasar, no le soltara alusiones atroces, mayormente a las mujeres. Mientras los pelafustanes y léperos se regocijaban azuzando al cotorro, las personas de bien rehuían el encuentro y las señoras preferían rodear por los otros callejones. Cuando no tenía enfrente a quien ofender, el perico volteaba hacia El Renco y la emprendía contra él.

Jesusita, la recoleta y pía directora de La Amiga, no podía sufrir tamaño escándalo, máxime cuando los más pícaros de sus párvulos se allegaban a provocar al animalejo. Afligida y tímida, caviló mucho en sus adentros en busca de alguna compostura. Se encomendó muy de veras a San Ramón Nonato, el santo mercedario cautivo a quien los impíos moros horadaron los labios y por los agujeros le introdujeron un candado y así clausuraron su boca para que no predicara más de Cristo. Apeló con ahincados rezos a toda la corte celestial para que le inspirara el remedio. Terqueó con encendidas rogativas. Por fin, después de tanto y tanto sufrir y cavilar, dio con la solución.

Por fuerza tuvo que hacerse amiga del perico. Echó mano de toda su fortaleza para aguantar, con el ceño más amistoso, los saludos y despedidas, que no eran sino cántaros rebozantes de pro-cacidades. Con robusta paciencia y comedimiento, poco a poco se ganó la afición; lo atrajo cada día más y más. Le pedía la pata, y el pajarraco se paraba muy donoso y decididor en el huesoso dedo. Jesusita lo envolvía en afectuosos mimos y palabras amables, a las que, en su agradecida irresponsabilidad, el perico amorosamente correspondía con alusiones del más grueso calibre. Era su manera de corresponder.

A mañana y tarde, a la hora de la entrada y salida de La Amiga, el perico aguardaba con impacientes ansias el encuentro con Jesusita. En la espera descargaba su frenéticos prontos con tupidas andanadas de execraciones; al verla, armaba una ruinosa

algarabía con aleteos y estridentes abominaciones, que alcanzaban su más alta altura al posar la pata sobre el dedo de Jesusita.

Para la anciana y pudorosa maestra fueron, no días, semanas y semanas de muy recios trabajos. Cuando consideró que ya estaba muy bien anudada la amistad, todavía lo aficionó más dándole de comer granitos de nixtamal, tortillas bañadas de agua de sal, masa remolida y otras suculencias de este jaez. Así las cosas, llegó el día en que el perico engullaba cuanto le presentaba Jesusita. La ración que le ofrecía su amo El Renco, en cambio, la rechazaba con las más fuertes palabrotas de su vocabulario. Y todavía más, con la venia del talabartero, la anciana colgó de la percha una cazuela con bastimento suficiente, a fin de que el perico no pasara hambres.

Fue cuando Jesusita consideró que había llegado la hora. Entonces le dio a probar la tuna. El placer que regustó el perico, lo manifestó con retumbantes procacidades. Las que se multiplicaron cuando recibió más tunas. Para calmarlo, únicamente le dejaba unos pedazos en la cazuela.

Jesusita manejó a conciencia la situación. Ora una tuna amarilla, grande, jugosa; ora una tapona, de menores dimensiones, pero de incitante sabor; ora una cardona, que dejaba al cotorro relamiéndose el pico. Cuando lo vio aquerenciado a la tuna, lo mantuvo por días a media ración, con lo que excitaba el hambre y las maldiciones del perico, Jesusita, afable, amorosa, día a día, con sus descarnados dedos atesaba el plumaje del animal. Así sopeaba el desmedro. Ya se tentaban mejor los huesos. La media ración manifestaba los estragos.

Había llegado la hora. Una tarde la anciana, al encaminarse a La Amiga, repletó una cazuela de tuna tapona y todavía llenó la que colgaba de la percha. Había escogido celosamente las que podían tener las semillas más grandes. La decreciente ración de los días anteriores tenía al pajarraco más famélico que nunca. Afable y zalamera, a escondidas de El Renco, le presentó la cazuela, y el

pájaro, atosigado por el hambre, se echó sobre las tunas. Comió y comió, con endiablada voracidad hasta llenarse. Jesusita, con terca ternura, lo alentaba a no dejar nada, y con el dedo le retacaba el pico. Cuando ya no le cupo más, lo devolvió a la percha.

Con la digestión, una extraña y desbocada locuacidad dio cuerda al perico. Extraído el jugo carnoso, las semillas mondas en las tripas del animal empezaron a obrar el maleficio. Y si este accidente en los cristianos es pernicioso, en los pericos es peor. A su tiempo, recios e indomeñables retortijones zarandeaban al perico. La oclusión lo constreñía a vomitar las peores atrocidades. No se dejaba ni tocar. Menos, explorar. Encrespado el plumaje, bien enhiesto el copete amarillo, aventaba a cuantos se le acercaban picotazos tan filosos como las blasfemias que barbotaba.

Al otro día arreciaron los sufrimientos y las blasfemias del perico. El Renco, desconcertado y apesadumbrado, no podía hacer nada por el animal, que le lanzaba pavorosas injurias y cortantes picotazos cuantas veces se acercaba a tocarlo.

El perico, tambaleante, lacio el plumaje por sudores de muerte, barbotó una estruendosa maldición, dio un paso sobre la percha y cayó redondo al suelo. El Renco lo levantó, acunándolo en sus manos. Otra nueva maldición, al par que expelía estrepitosamente el tapón que formaron las semillas, y cerró el pico para siempre.

Este malaventurado perico fue el que le dio nombre y renombre al callejón.

INDICE

Soportal	7
El Callejón del Cariño	13
El Callejón del Santo Entierro	23
La Calle de Maltos	42
El Callejón del Muerto	52
La Calle de La Estacada	59
El Callejón del Diablo	71
EL Callejón del Cobre	85
El Callejón del Beso	100
El Callejón de Las Manitas	109
El Callejón de Las Cruces	123
La Calle de los Espantos	135
El Callejón de El Perico	143

EL SEÑOR ING. JAIME VALLE MÉNDEZ,
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE SAN LUIS POTOSÍ, ORDENÓ LA IMPRE-
SIÓN DE ESTE LIBRO A LA EDITORIAL UNI-
VERSITARIA POTOSINA. LA EDICIÓN ES-
TUVO AL CUIDADO DE SU AUTOR Y DEL
C.P. JOSÉ DE JESÚS RIVERA ESPINOSA.
FUE CONCLUIDA EL 15 DE AGOSTO DE 1997
Y CONSTA DE 1000 EJEMPLARES.



*Editorial
Universitaria
Potosina*